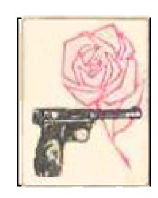


Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Los espías viajan en ataúd, vol.1 y 2

Brigitte tiene que lidiar en esta aventura con un espía ruso colocado en Estados Unidos desde niño, y que ha llegado a ser agente de acción de la CIA.

Se están desarrollando las Conferencias de Desarme y Estados Unidos todavía tiene un par de proyectiles nucleares en Turquía que quiere retirar, y la agente Baby es la encargada de hacerlo. Los rusos, por supuesto, quieren encontrar los proyectiles para poner en apuros a Estados Unidos.



Lou Carrigan

Los espías viajan en ataúd, vol. 1 y 2

Brigitte en acción - 72

Brigitte en acción - 73

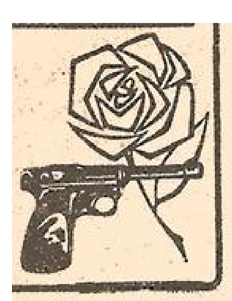
ePub r1.0

Titivillus 27.06.2017

Lou Carrigan, 1968
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Capítulo Primero

—¿Taxi, *madame*?

Brigitte Montfort, alias Baby, la más hermosa mujer del mundo y al mismo tiempo la más fabulosa espía de todos los tiempos, alzó la cabeza, un tanto sobresaltada, olvidando instantáneamente el trabajo que estaba realizando en la máquina de escribir.

—¡Frankie! —exclamó—. ¡Eres tú!

Frank Minello, jefe de la Sección Deportiva del *Morning News* neoyorquino, acabó de entrar en el despacho de cristal y persianas graduables, «sancta sanctorum» de la periodista B. Montfort. Estaba muy bronceado, gesto alegre, impecable con su traje color castaño oscuro.

—He debido decir «mademoiselle» —corrigió—. Eso, en cuanto a la realidad y a mis conocimientos de francés. Pero, como soy solamente un simple mortal enamorado de la reina del mundo, diré ahora: ¡No es posible vivir lejos de ti! He dicho.

Brigitte se había levantado, y tendió ambas manos a Minello, que se apresuró a tomarlas y se dedicó con feroz entusiasmo a besarlas, hasta que ella las retiró, riendo.

—Frankie, Frankie, siempre tan impulsivo… ¿Cómo te ha ido por Méjico?

—Fatal.

—¿Es malo el clima?

—Es formidable, en general, aunque algunos atletas han dicho que no les beneficia demasiado a la hora de rendir su máximo esfuerzo. Pero, hablando de mí mismo, diré que… Oh, ya lo he dicho, ¿verdad?

—¿Lo de que no puedes vivir lejos de mí? ¡Sí, lo has dicho!

—Pues es la pura verdad.

—¡Te creo! —Volvió a reír Baby—. Siéntate y cuéntame cómo está Méjico… ¿Cómo han ido esas pruebas Preolímpicas?

—Al demonio… —masculló Minello—. ¿Por qué siempre que hay un acontecimiento deportivo de importancia, tengo que ser yo quien tome el avión? ¿Por qué?

—La respuesta es facilísima, querido: porque eres el periodista deportivo más eminente de todo el país… Y, por tanto, claro está, del *Morning News*. A veces, Frankie, me pregunto qué haría el viejo ogro si no fuese por ti y por mí. ¿Cómo se las arreglaría…?

—Hablando del viejo ogro, vida mía: quiere verte.

—Oh…

—Sí, sí, sí… He llegado a su pestilente despacho, sonriendo, para presentarme a él y decirle que ya había regresado de Méjico, donde ha terminado ya esa maldita Semana Preolímpica. Lo he saludado cortésmente, le he dicho que estaba a disposición del periódico nuevamente de un modo directo, y… ¿Sabes qué me ha contestado?

—Mmm… Supongo que te ha dado la bienvenida.

—No, señorita, no. Me ha dicho: «Muy bien, muy bien, Frank… Muy buenos sus artículos deportivos. Vuelva a su Sección. Ah… Y ya que pasará por delante del despacho privado de Brigitte…, ¿quiere hacer el favor de decirle que venga cuanto antes?».

—¿Eso ha sido todo?

—Todo. ¡Si será…!

—Sssst. No debes decir palabrotas, Frankie —rio otra vez la divina—. Luego hablaremos. Ahora, será cuestión de ir a ver qué quiere Miky Grogan, el famoso Furibundo.

—Sabía que irías enseguida para allá. Y por eso repito mi oferta: «¿Taxi, *mademoiselle*?»

—No me digas que has conseguido aparcar tu auto dentro del periódico —exclamó jubilosamente la espía más bella del mundo.

—No, no… Es un taxi oriental. Yo «sel» un chinito, un pequeño y «selvicial» «coolie». Yo «lleva señolita» en «homblos» a despacho de jefe mala «cala». ¿«Señolita estal» contenta?

Brigitte Montfort no pudo expresar verbalmente su conformidad; de tanto reír. Y mientras reía ella, Frank Minello cogió una gran hoja de cartulina azul, la enrolló en forma de cono, y se la puso en la cabeza, inclinándose repetidas veces ante la espía, que casi perdía la respiración de tanto y tanto reír.

—Chinito «selvicial». Chinito «tlabajal» «pol» poco «dinelo».

Nada de «dinelo»: chinito «tlabajal» «pol» solamente un beso de «señolita» guapa…

Todavía riendo, Brigitte hizo otro cucurucho de cartulina, y se lo puso también en la cabeza. El espectáculo de los dos era realmente cómico y simpático, intentando parecer chinos por el solo hecho de llevar unos mal hechos sombreros cónicos, que ni siquiera eran de paja.

La espía se inclinó repetidas veces, con las manos juntas ante el pecho.

—«Señolita» «aceptal» taxi humano. «Señolita» «pagalá» «plecio» de simpático «coolie».

—¡«Blavo»!

Minello abrió la puerta, cogió en brazos a Brigitte y salió del despacho, directo hacia el de Miky Grogan, director del periódico en el cual los dos prestaban sus servicios.

—¡Hey, Frank! —gritó alguien—. ¡Eres un granuja!

—¡Quién fuera granuja! —gritó otro periodista.

La risa se extendió por toda la gran sala frontal al despacho de Miky Grogan.

—¡Brigitte! —gritó otro periodista, dejando da teclear—. ¡El próximo viaje cuenta conmigo!

Así que, cuando Minello abrió la puerta de Miky Grogan con un pie, lo primero que entró en el despacho fue la carcajada general del personal de aquella planta del *Morning News*. Y Miky Grogan, que había alzado la cabeza, fruncido el ceño, se quedó mirando incrédulamente, atónito, a la riente pareja. De pronto, como era habitual en él, se sonrojó rabiosamente.

—¡¿Ya están con sus estupideces?! —rugió. Minello dejó a Brigitte en el suelo, sonriendo.

—Chinito «sel» un simpático «coolie» que…

—¡Fuera! —aulló Grogan—. ¡Fuera de aquí, mamarracho!

Frank Minello frunció el ceño y señaló amenazadoramente a Grogan, advirtiendo:

—Chinito «hacel» «toltula» a «homble» blanco de «mala» «cala»… Sí… Chinito, «cualquiel» día, «hacel»…

—¡Hacer narices! ¡Largo de aquí! —Se congestionó Miky Grogan —. ¡Y quiero cerrada esa puerta!

Frank Minello se inclinó sobre Brigitte, tomó el besito que esta le

ofrecía con los ojos cerrados…, y salió del despacho, tambaleándose. Afuera se oyó un vitoreo general en honor del simpático Frankie, que, una vez más, besaba los labios de la inalcanzable Brigitte.

Fue esta misma quien cerró la puerta, sonrió, y se acercó a Grogan con pasitos menudos, inclinada la cabeza, las manos de nuevo ante el pecho. Se detuvo delante de la mesa, y musitó, sumisa:

—¿Me ha llamado el «honolable» «señol»?

Grogan abrió y cerró la boca varias veces, todavía congestionado. De pronto, pareció optar por la más absoluta calma, mucho más beneficiosa para sus digestiones y su presión arterial. Señaló el teléfono, y gruñó:

—Llamó hace diez minutos el señor Pitzer. Precisa inmediato contacto con usted.

—¿Y me lo dice ahora?

—¡Yo no estoy aquí al servicio de la CIA, sino…!

—¡Sssst! Calma… Calma, Miky… ¿Por qué no me puso la comunicación a mi despacho? Se habría ahorrado la tortura de verme, ¿no?

—Estaba muy ocupado. Llame a ese sujeto y acabemos… ¿Cómo está ese artículo de la recepción en la embajada de…?

—Terminado y en máquinas. ¿Qué le pasa? ¿No está contento con mi trabajo?

Sin esperar respuesta, descolgó el auricular del teléfono exterior, y marcó un número; mientras esperaba, movió hacia arriba la clavija del *speakear-phone*, de modo que Grogan también oyó la llamada, y, enseguida, la respuesta al otro lado.

—Floristería Pitzer. ¿Diga?

—¿Es usted, señor Pitzer? —sonrió Brigitte, dejando el auricular sobre la mesa y dedicándose a encender un cigarrillo del paquete de Grogan—. Soy la señorita Montfort, del *Morning News*… Entiendo que usted me ha llamado hace unos minutos.

—Oh, sí, señorita Montfort —resonó claramente la voz de Charles Pitzer en el despacho—. Es respecto a una reunión que espero será de su agrado.

Brigitte expulsó graciosamente el humo, intentando tocarlo luego con un dedito.

—¿Una reunión? ¿Con qué objeto?

—Bueno… Sé muy bien que a usted le gustan mucho las flores, especialmente las rosas rojas. Sucede que va a haber esta tarde una filmación muy interesante sobre ellas, y he pensado que le gustaría asistir. Está… cordialmente invitada, por supuesto.

—Muy agradecida. Acudiré, desde luego. ¿Dónde se efectuará esa filmación?

—En la… Central de Floricultura. ¿Recuerda el lugar?

—¡Naturalmente, querido señor Pitzer! ¿A qué hora?

—Oh, tiene tiempo de sobra… Hacia las cinco de la tarde.

—Entiendo. ¿Cómo me traslado allí?

—¡Estimada señorita Montfort…! Por supuesto, en un taxi, o en uno de sus coches… No creo necesaria la presencia de un helicóptero en el Aeropuerto Kennedy.

—Envidio su buen humor, señor Pitzer. De acuerdo en todo. ¿Lo veré allí, en la Central?

—No creo. Es a usted a quien le interesa acudir, no a mí… Yo ya sé mucho sobre rosas rojas y otras flores.

—Es verdad… Bien, señor Pitzer, muchas gracias por su aviso. Saludos al simpático Simón.

—De su parte. Buenos días, señorita Montfort.

—*Au revoire!*

Colgó, y se quedó mirando a Miky Grogan, un tanto pensativa.

—Ustedes, los espías y sus absurdas claves… —masculló Grogan —. Ya empiezo a cansarme de que esto sea una sucursal de la CIA. ¿Qué demonios es todo eso de las flores, los coches, el helicóptero…?

—¿De qué se queja? —Sonrió Brigitte, apagando el cigarrillo en el cenicero—. Gracias a la CIA, el *Morning News* dispone, por mi mediación, de noticias que ningún otro periódico soñaría jamás. —Miró su relojito de pulsera—. O-oh… Tengo muy poco tiempo. Adiós, querido.

—¡¿Adónde va?!

Brigitte lo miró casi conmiserativamente, ya en la puerta.

—¡Pero si es muy fácil, amor…! A tomar un helicóptero en el aeropuerto de John F. Kennedy, naturalmente.

—¡Pero usted ha dicho que tomaría un taxi…!

Brigitte pareció anonadada.

—Oh, vamos, Miky… Despierte ya, querido.

—Emmm… Yo… ¡De acuerdo, de acuerdo, tomará un helicóptero! Pero… ¿adónde piensa ir con él?

La espía alzó los ojos, definitivamente derrotada.

—También eso se ha dicho, Miky: a una filmación de flores en la Central de Floricultura. Hasta la vista.

Capítulo II

Los dos hombres estaban encerrados, solos, en una gran habitación, en cuyas paredes se veían mapas aceptablemente aumentados de todas las partes del mundo. Había ficheros, dos mesas de despacho, sillas, sillones, dos sofás, alfombras, libros, un bien surtido bar en un rincón, y, entre dos de los grandes mapas una pantalla blanca, de tres pies de ancho y dos de alto.

En mangas de camisa ambos, sentados en un sofá, los dos hombres iban examinando atentamente todos y cada uno de los papeles que el de más edad iba pasando, aprobando cada vez que el más joven daba la respuesta correcta tras un solo y rapidísimo vistazo.

El hombre mayor de los dos debía de tener unos cincuenta años, era flaco, huesudo, de estatura mediana; llevaba lentes de montura al aire y, tras ellos, sus perspicaces ojos parecían taladrar continuamente al joven.

Este medía seis pies y una pulgada, era rubio, tenía algunas pecas, ojos azules, boca fina y grande, mentón férreo; sus hombros poseían una anchura fuera por completo de lo corriente, su cintura era estrechísima, sus manos grandes y nervudas, muy bellas y fuertes a la vez. Le caían algunas greñas sobre la amplia frente, y cuando sonreía, muy de tarde en tarde y muy levemente, parecía que su rostro se iluminaba con una sonrisa de muchacho simpático e inocente. En resumen, era un formidable ejemplar humano, de aspecto simpático e inteligente. Debía resultar no poco difícil no experimentar hacía él una inmediata simpatía, casi afecto, y, desde luego, admiración.

—Hasta aquí, todo bien, Somervelle —dijo el otro—. Observo que, en efecto, su memoria es también excepcional.

—Muchas gracias, señor.

—Pasemos ahora de lleno al asunto. En pocas palabras le diré

cuál va a ser, específicamente, su misión en Turquía. Luego, ultimaremos los detalles: usted irá, inicialmente, a Istanbul, desde donde partirán todas sus operaciones de rescate de tres proyectiles dirigidos norteamericanos.

Richard Somervelle alzó vivamente las cejas, como sobresaltado.

—¿Perdón, señor…?

—Cree no haber entendido bien, ¿no es cierto? —sonrió secamente el otro.

—En efecto, señor.

—Pues ha oído perfectamente: todavía quedan en Turquía tres proyectiles dirigidos, de los que, hace años, apuntaban directamente, desde la costa turca, a Moscú.

—Pero se dijo que habían sido retirados todos…

—No fue así. El hecho cierto es que esos tres cohetes están todavía en Turquía. ¿Proseguimos?

—Sí, señor.

—Bien… El plan es… laborioso, y no poco peligroso. No hay que esforzarse mucho para imaginarse qué dirían los rusos si supieran que todavía tenemos ahí tres proyectiles. Quizá lo sospechen, igual que nosotros sospechamos que ellos también dejaron algunos en Cuba, pero de la sospecha a la certidumbre hay mucha diferencia. Esa certidumbre es la que queremos evitar a toda costa. Por tanto, antes de que en la Conferencia de Desarme se pueda ni tan siquiera sugerir que Estados Unidos conserva proyectiles en Turquía, nosotros vamos a retirarlos.

—Entiendo eso, señor. Pero retirar tres artefactos semejantes no va a ser nada fácil.

—Ya le he dicho que será una laboriosa y peligrosa misión, que usted dirigirá. El sistema que hemos considerado más apropiado para rescatar esos proyectiles, es el de desguace. Usted se encargará de ello. Dirigirá las operaciones de desguace, y, cuando todo haya terminado, se le notificará el medio a utilizar para sacar las piezas de Turquía… Me parece que está bien claro, Somervelle.

—Sí… Sí, desde luego señor. Supongo que no podrían ser retirados de otro modo.

—Sería excesivamente… comprometido. No podemos enviar nuestra escuadra al mar Negro, a los mismos pies de Rusia, y dedicarse a la carga de tres enormes cohetes. No… Eso es imposible.

Por tanto, tendrán que ser desguazados y sacados en piezas lo más pequeñas posible.

—Es un buen plan —admitió Somervelle, pensativo—. Bien, ¿dónde están esos cohetes?

—La información a ese respecto le será facilitada en su momento oportuno. Bajo circunstancias a elegir, un especialísimo agente de la CIA se pondrá en contacto con usted cuando lo considere conveniente… A partir de ese momento, usted dejará en las manos de ese agente el control de toda la operación.

—¿Cómo reconoceré a ese agente?

—Le dará una contraseña especial, en ruso: «Los espías americanos estamos locos». No lo olvide. Y tenga presente que se lo dirá en ruso. Complementariamente, podrá darle datos de la CIA, que usted deberá admitir como ciertos, de modo irrefutable.

—¿Me conocerá a mí ese agente? Quiero decir, de modo físico.

—Desde luego. Se le mostrarán fotografías diversas de usted, en colores, y se le pondrá al corriente de ciertas características físicas, tales como la cicatriz en su abdomen, señal de la apendicetomía que sufrió usted hace años.

Richard Somervelle sonrió simpáticamente.

—Espero que no me obligue a bajarme los pantalones en la calle, señor.

—Espero que no —sonrió también el otro—. ¿Un trago, Somervelle?

Este lo miró casi asustado.

—¿Ahora? Desde luego que no, señor.

—Magnífico —aprobó con satisfacción el instructor—. Hay que aprender a distinguir los momentos. Unas veces se puede beber hasta reventar; otras, la cabeza debe estar del todo despejada. Bien… Aparte de ese agente especialísimo que se le unirá en el momento oportuno en Istanbul, allá le está esperando otro agente. Véalo.

Se adelantó hacia la mesita que había ante el sofá, abrió un sobre y sacó una diapositiva, que encajó en la ranura de un proyector. Dio el encendido, y en la pantalla blanca de la pared apareció un rostro de hombre. Muy atezado, ojos negros y astutos, pequeña barbita, *fez* en la cabeza, del cual sobresalían algunos rizos, boca un tanto llena, gran bigote… Junto al ojo derecho, una

pequeña cicatriz, que se desviaba hacia el pómulo.

—Este es Maulana Al-Din, turco. Hasta la fecha, ha sido un activo y efectivo agente nuestro. La CIA lleva varios años pagándole espléndidamente para que se dedique a espiar en beneficio nuestro, especialmente, en el mar Negro, y paso de flotas rusas por el canal del Bósforo. Un espionaje… rutinario, digamos. Maulana Al-Din recibirá por el conducto habitual instrucciones para ponerse a las órdenes de usted, y, cuando llegue el momento, le facilitará personal para la labor de desguace de esos proyectiles.

—¿Debo confiar absolutamente en Maulana Al-Din?

El otro le miró con el ceño fruncido.

—Somervelle, lo primero que debe aprender un espía es a no confiar ni en su madre. No obstante, hasta ahora Al-Din ha sido un hombre leal, y no veo por qué habría de dejar de serlo… —El hombre vaciló visiblemente—. ¿Está seguro de hallarse preparado para una misión de esta envergadura, Somerville?

—¡Desde luego que sí! ¿Por qué pregunta eso, señor?

—Bueno… Lleva usted solamente tres meses de instrucción en la CIA, cuenta tan solo veintiocho años, y… a esa edad lo espías suelen estar muy verdes aún, salvo casos excepcionales.

—Oh, vamos, señor… Usted sabe muy bien cuáles han sido mis calificaciones en todas las materias que…

—Lo sé, lo sé. Por eso, y por ser una cara nueva en el espionaje internacional, hemos pensado utilizarle en esta operación que requiere la más absoluta cautela. Bien… Si de veras cree estar preparado para esto, sigamos. Una vez en contacto con Al-Din, usted se dedicará a esperar, mientras él comienza a reclutar hombres para el trabajo manual del desguace de los proyectiles. Mientras tanto, usted paseará por Istanbul tranquilamente. Se alojará en el hotel Bajá, donde ya tiene reservada una *suite*, a nombre… —cogió un pasaporte de la mesita y lo tiró a sus manos— a nombre de Mijail Posinof, ciudadano ruso ucraniano, periodista. El motivo de su estancia en Istanbul será el de escribir varios artículos referentes a la mezcla de religiones en esa ciudad: judíos, ortodoxos, protestantes católicos romanos, católicos de rito armenio, gregorianos, mahometanos, que parece ser el grupo más numeroso… En fin, todo eso.

—¿Ese es el motivo de que los dos últimos días me hayan

obligado a estudiar «Las Religiones»? —sonrió Somervelle.

—Exactamente.

—Claro… ¿Esto es todo?

—Pues… sí. Saldrá esta misma noche, hacia Roma. Estará allí un día solamente. De Roma, a Istanbul, de manera que la llegada no sea en avión procedente de vuelos intercontinentales.

—Entiendo, señor. Confíen en mí: yo conseguiré sacar esos proyectiles de Turquía. Mmm… ¿No puedo saber ahora dónde están?

—Es mejor para usted que no. No sea impaciente… Cuando nuestro agente se ponga en contacto con usted, todo empezará a funcionar de prisa… Siempre ocurre así. Llega ese agente, y todo empieza a funcionar de modo vertiginoso. No olvide la contraseña.

—«Los espías americanos estamos locos» —sonrió Somervelle.

—Lo cual parece cierto, ¿no es así? —intentó sonreír el otro—. Bien, será mejor que se lleve estos papeles y los estudie durante un par de horas hasta su salida de aquí, de la Central. Quisiera decirle todavía otra cosa, Somervelle.

—¿Sí, señor?

—Los rusos no son unos idiotas.

—Oh, lo sé… Y le entiendo a usted, desde luego.

—No se confíe en exceso en su propia inteligencia, Somerville. Ni en sus fuerzas físicas. Nada de dar la cara, de acudir al choque: hay que escurrir el bulto en todo momento. Y por si le interesa, le diré que tenemos noticias fidedignas de que hace varias semanas que agentes de la MVD están merodeando por Istanbul más de la cuenta, y que, al parecer, tienen ciertas sospechas de la existencia de esos cohetes, o algo parecido. Usted es nuevo completamente en el espionaje: no se complique la vida. Evite que sospechen de usted, porque, de otro modo, aparecerá muy pronto flotando en las aguas del Cuerno de Oro.

Richard Somervelle se pasó la lengua por los labios.

—Sí, señor.

—Y otra cosa. Si ve que…

* * *

Míster Cavanagh apretó uno de los botones del mando a distancia,

y, mientras en la pequeña pantalla del televisor continuaban viéndose los dos hombres, su voz se apagó, llegó el murmullo apenas audible. Se volvió un poco hacia la derecha.

—Bien —musitó—, ¿qué opina?

Brigitte Montfort expelió lentamente el humo de su cigarrillo, y luego sonrió, encogiendo los hombros.

—Es un muchacho encantador, parece inteligente y fuerte… Pero me pregunto si realmente está preparado para eso, señor. En mi opinión, la operación es de una envergadura tal que excede las posibilidades de ese muchacho.

Cavanagh, jefe directo de Baby en la Central… de «Floricultura», asintió con la cabeza. Fue hacia uno de los armaritos metálicos, lentamente, preguntando:

—¿Cómo ha ido el viaje en helicóptero?

—Oh, muy bien… ¡Perfecto! —rio—. Usted siempre me envía muchachos muy de mi agrado. El Simón del helicóptero era delicioso…, y tuve que darle su premio.

Cavanagh se volvió, con un *dossier* en las manos.

—Si por ahí se enteran de que anda usted besando a sus compañeros, todos los hombres del país querrán ingresar en la CIA.

—¡Oh! —Se sorprendió Baby—. Parece que está usted de un humor excelente, señor.

—Así es. La jugada que estamos preparando es tan sensacional, que bien merece que yo sonría. Esperemos que todo salga como ha sido planeado.

—Si se refiere a ese muchacho, yo insisto en que no creo…

Cavanagh alzó una mano, pidiendo silencio, y se sentó de nuevo junto a Brigitte. Echó un vistazo al *dossier*, lo cerró, y quedó pensativo unos segundos.

—Ese muchacho se llama Richard D. Somervelle, exactamente. Es hijo de un diplomático norteamericano que estuvo hace muchos años en Istanbul, o Constantinopla, cuando esta era todavía la capital de Turquía. Falleció hace nada menos que veintiún años, en un accidente de automóvil. En Istanbul, precisamente. Con él, falleció su esposa, Norma Somervelle, de soltera Norma Davidson. Tras ese trágico accidente, el muchacho, a sus siete años, quedó solo en Turquía. Hubo contactos de uno de los sirvientes turcos de confianza con la familia del padre, consultando respecto a la

decisión a tomar. El tío del chico contestó que más adelante se encargaría del asunto, puesto que, por aquellas fechas, su esposa estaba muy delicada, y estaban convencidos de que no podrían hacerse cargo del niño. No obstante, estuvo enviando dinero en cantidad conveniente para que el pequeño Richard no careciese absolutamente de nada… Parece ser que la enfermedad de la esposa persistió; tenían ya tres hijos, y las cosas se ponían difíciles en cuanto a recuperar al muchacho… Fue un caso… raro en nuestro sistema de recuperación de ciudadanos americanos. Raro, pero cierto. Así fueron verdaderamente y exactamente las cosas.

Encendió un cigarrillo, y quedó pensativo. Brigitte estaba muy atenta a su explicación, pero mirando la pantalla del televisor, donde todavía se veía a Somervelle y a su instructor de misión especial.

—¿Qué más? —musitó, en vista del silencio de Cavanagh.

—Bien… Cuando el chico tuvo dieciocho años, se hartó de Turquía. Y un día, se presentó en Estados Unidos, por su cuenta y riesgo, en el hogar de sus tíos.

—Un muchacho decidido.

—Bastante. Parece ser que fue bien acogido. La señora continuaba muy delicada, pero, claro, un muchacho de dieciocho años ya no es lo mismo que un niño de siete, de modo que se quedó con su familia. Asistió a la Escuela Superior, pasó a la Universidad, y luego consiguió el título de Ingeniero Aeronáutico…

—¡Vaya! —exclamó Brigitte—. Ahora comprendo que haya sido elegido para este trabajo. Desguazar unos cohetes requiere ciertos conocimientos.

—Que ese muchacho tiene sobradamente. Sigamos con su trayectoria: consigue el título de Ingeniería Aeronáutica, y consigue un formidable empleo en una firma no demasiado prestigiosa ni conocida: Maxwell Aircraft Corporation. Tiene entonces veintiocho años. Así quedan las cosas, hasta que, hace tres meses y pico, contestó a uno de nuestros anuncios

—¿A cuál? —sonrió Brigitte.

—Usted ya sabe que, en ocasiones, ofrecemos, en ciertas revistas y periódicos, «empleos excelentes, interesantes, con posibilidades de una vida intensa y aventurera, etcétera, etcétera, etcétera…».

—¿Y él escribió al apartado que se indicaba?

—Así es.

—¿No le gustaba su empleo?

—De un modo… normal. Lo investigamos, nos gustó, y nos pusimos en contacto con él. Su historial era formidable, y estaba bien claro que si algo en la vida le gustaba realmente, era una vida… aventurera, inquieta. De modo que, tras ciertos tanteos, pasó a nuestra academia especial, con otros ocho seleccionados de los muchos que contestaron a los anuncios

—¿Ha sido un buen alumno?

—El mejor. Está… casi a su altura, Baby. Por lo menos, en cuanto a control de la personalidad, inteligencia, reflejos, aprovechamiento de las oportunidades… Ni que decir tiene que sus conocimientos de aeronáutica lo convierten en un fuera de serie en cuanto a conocimientos de pequeña electrónica. Además de eso, es un deportista excelente, de una resistencia fabulosa. Ha superado pruebas de fatiga que han asombrado a sus instructores. Su coeficiente mental es igualmente asombroso. Es aerotécnico. Conoce el judo, el karate, la capoeira brasileña, el boxeo… Sabe disparar con una firmeza escalofriante. Habla inglés, por supuesto, y ruso, turco, griego e italiano. No se altera jamás. Solo sonríe, tanto si las cosas van bien como si van mal…

—Pero ¡ese muchacho es un diamante en bruto…! —exclamó Brigitte.

—Sí… Solo tiene un defecto.

—¿Un defecto? ¿Cuál?

—Que es un traidor.

Brigitte consiguió no alterarse.

Solamente apretó un poco los labios, y volvió la mirada nuevamente hacia la pantalla, donde Richard Somervelle asentía a las palabras de su instructor. Apuesto, hermoso, simpático, capacitado para ser un excelente espía…

—¿Está seguro? —musitó.

—Por completo. Cuando llegó a Estados Unidos, hace diez años, era ya un muchachote formidable, que sus tíos no pudieron relacionar con el pequeño Dick que partió con sus padres hacia Turquía a la edad de tres años. Era naturalísimo que hubiera cambiado, ¿no?

—Desde luego. Es lógico que lo aceptaran sin reservas.

—Sí… Eso debía de estar calculado…

—¿Por quién?

—Bueno… ¿quién sino los rusos? Tenemos la certidumbre de que el verdadero Richard Somervelle, hijo de un diplomático americano, fue… retirado de la circulación y sustituido por otro muchacho. El servidor turco que se quedó con él era, probablemente, un espía soviético en el domicilio del padre del muchacho, un diplomático norteamericano… ¿Se da cuenta de la gran jugada? Estuvieron criando y preparando a aquel chico, al nuevo, durante once años. Luego, lo enviaron a Estados Unidos… Universidad, empleo en una compañía constructora de aviones…, y, de pronto, la oportunidad de ingresar nada menos que en la CIA. —Señaló hacia la pantalla—. Y ahí le tenemos.

La expresión de la agente Baby era ahora fría, congelada.

—¿Por qué le dejaron entrar, si sabían todo eso?

—Lo supimos demasiado tarde. Su historia era perfecta. Pero, por haber permanecido tanto tiempo en Turquía, creímos conveniente asegurarnos un poco más, posteriormente. A partir de la muerte de sus padres, sus familiares en Estados Unidos no recibieron ni una sola fotografía del muchacho. Imposible identificarlo ahora con un hombre de veintiocho años. Sin embargo, sus rasgos faciales, ciertas características craneanas, etcétera, fueron… meticulosamente comprobados. Al mismo tiempo, y puesto que ya sabíamos que había sido operado de apendicitis a los cinco años, nos dedicamos a buscar al médico que lo hizo. El doctor Stephen McPherson cuenta ahora sesenta y dos años, está… casi retirado. Efectivamente, estuvo en Turquía, en Istanbul, en aquellas fechas, agregado a los diplomáticos americanos. Operó al muchacho, lo recordaba vagamente… No al muchacho, sino al hecho en sí: una noche de urgencia, porque el chico estaba muy mal. Lo recordaba… Richard Somervelle, ese que ve ahí —lo señaló en la pantalla—, también está intervenido de apendicetomía. Por supuesto, todos esos detalles que usted sabe que han sido fotografiados por nuestros servicios de identificación, para completar de modo inconfundible la ficha del nuevo agente, por si algún día hay que identificar su cadáver en condiciones de… escasas posibilidades de reconocimiento. Ya me entiende.

—Le entiendo.

—Bien… Mostramos la fotografía de la cicatriz al doctor Stephen McPherson. Y dijo que no.

Brigitte alzó las cejas.

—No… ¿qué? —inquirió.

—Que aquella no era una de sus intervenciones de veintiocho años atrás. Naturalmente, insistimos. Le hicimos ver que un niño de cinco años, a los veintiocho ha dado un enorme y… lógico estirón, que la cicatriz puede… desviarse, o experimentar cualquier otra variación. Le sugerimos docenas de posibilidades. Al final, tras escucharnos muy cortésmente, dijo «No». Aquella no era su técnica de veintitantos años atrás. La cicatriz era más pequeña y más vertical. Nos dibujó algunos esquemas de las diversas técnicas de corte y cosido, casi desde que inició su carrera de cirujano, e, incluso, de sus primeras intervenciones en prácticas, como estudiante de Medicina adelantado, en un hospital de Nueva York. Alarmados, pasamos aviso a nuestro agente de auténtica confianza en Istanbul, pidiéndole que se dedicase a investigaciones en ese sentido. La respuesta tardó quince días en llegar: todo lo que había podido averiguar era que Selim Sunay, el fiel criado que estuvo con el muchacho hasta que este partió hacia Estados Unidos, había desaparecido al mismo tiempo. Ni el menor rastro de él. Desaparecido completamente… ¿Es esto lógico?

—Supongo que no.

—Y lo de la cicatriz. Y los conocimientos de ese muchacho, su habilidad, su aplomo de auténtico espía… Tenemos en la CIA a uno de esos niños-robot-espía preparados por la MVD. Solo que ya, ni es un niño, ni es un robot.

—Es un hombre capaz de muchas cosas… —musitó Brigitte—. ¿Están seguros de no equivocarse?

—Segurísimos completamente. Es un agente soviético.

—Bien… ¿Debo encargarme de él?

—¿Matarlo? No, no… Todavía no. La traición está a la orden del día, y, en el espionaje, hay que saber sacarle partido… ¿Ha oído el nombre del enlace de Istanbul que se le ha proporcionado a Richard Somervelle?

—Maulana Al-Din… ¿No? Cavanagh sonrió fríamente.

—Sospechamos que es otro traidor. Espero que se haya fijado bien en su rostro, cuando mi compañero de dirección lo ha

proyectado en la pantalla de ese cuarto donde están ellos.

—Reconocería en cualquier momento ese rostro.

—Magnífico. Ahora, vea este otro, también de un turco. —Alzó el mando a distancia, oprimió uno de los botones, y solicitó proyección del Canal 13. El rostro de otro turco apareció en la pantalla, en sustitución de la imagen anterior—. Ahí lo tiene. Este sí es uno de nuestros agentes más leales: Yunuz Rumi. Por completo adicto a la CIA, comprobado ya en una docena de ocasiones, un par de ellas tan importantes o más que esa retirada de cohetes dirigidos.

—Es consolador saber que hay todavía personas leales.

—¿Recordará también este rostro? Brigitte cerró los ojos, y musitó:

—Yunuz Rumi, como cincuenta años, cabellos entrecanos, ojos negros y grandes, frondoso bigote casi blanco, gran cabellera muy larga, y rizada… Parece un poco gitano. Orejas grandes, boca gruesa e irónica, mentón…

—Ya basta —sonrió Cavanagh—. Muy bien, ese es el hombre leal en Istanbul. El otro, Maulana Al-Din, sospechamos que es un traidor. En cuanto a Richard Somervelle, o Mijail Posinof, nombre con que le enviamos a Istanbul, es, positivamente, un traidor… Un feo cuadro, ¿verdad?

—Bastante. Supongo que a esa gente no se les va a confiar el lugar exacto donde están escondidos esos tres proyectiles. Y más si tenemos en cuenta que, al parecer, los rusos van olfateando algo por Istanbul.

—Pues… Me temo que a su debido tiempo vamos a decirles a esa gente dónde tenemos los proyectiles.

—¿Qué significa a su debido tiempo?

—Significa que los rusos sabrán dónde están esos proyectiles cuando nos convenga a nosotros que lo sepan. Es más: se los ofreceremos poco menos que en bandeja.

—¿Les entregaremos los proyectiles? —Respingó Brigitte—. Eso sí que no lo comprendo, señor… Si los rusos consiguen esos proyectiles, los exhibirán a todo escándalo, nos acusarán de falsarios, puesto que cuando ellos retiraron los de Cuba nosotros nos comprometimos a hacer lo mismo en Turquía, y…

—Siga —sonrió Cavanagh.

—Bien… Con esa Conferencia de Desarme recién realizada, las

firmas que se han estampado, las promesas… Nos harán papilla dialécticamente, nos acusarán, nos insultarán ante todo el mundo, y con todo derecho. Aparte, eso les dará un indiscutible pretexto para volver a montar sus bases en Cuba… ¡El desastre, señor!

—Efectivamente: sería un desastre si ellos consiguiesen capturar esos tres proyectiles en Turquía.

—Pero ¿no dice usted que se los vamos a entregar…?

—Teóricamente.

—Mmm… ¿Teóricamente?

Cavanagh adoptó una expresión astutísima.

—¿Usted ha pensado en lo que significaría sacar de Turquía las piezas desguazadas de esos tres proyectiles? Es… poco menos que imposible de todo punto.

—Yo podría intentarlo…

—Y quizá con éxito, porque de usted ya nada nos sorprende. Pero nos preguntamos: ¿por qué complicarnos la vida? ¿Por qué trabajar cuando otros pueden hacernos el trabajo? ¿No sería realmente… absurdo y estúpido por nuestra parte?

Brigitte quedó boquiabierta unos segundos. La cerró de pronto, achicó los ojos, y musitó:

—Es un plan arriesgadísimo… Lo más audaz… Quedaría escrito en la historia del espionaje como algo… inconcebible, increíble.

—Lo ha comprendido —dijo Cavanagh, satisfecho—. No esperaba menos de usted. ¿Cree que es realizable? Sinceramente, Brigitte.

—Pues… En realidad, es tan difícil y peligroso, tan… fuera de todo cálculo y antecedentes… No sé. ¿Quién dirigiría la operación global? ¿El señor «Europa[1]»?

—Eso sería complicar mucho las cosas. Digamos que «Europa» podría estar… a la expectativa silenciosa, por si algo falla. Pero la verdad es que tenemos una fe ciega en que el agente que mandará esta operación no fallará. Jamás ha fallado…, hasta ahora.

—¿La agente Baby? —sonrió Brigitte.

—Exacto. ¿Acepta? Si es así, y yo espero que sí, permanecerá dos días en la Central, elaborando todo el plan hasta el último detalle: contactos, salidas de escape, armamento, vehículos, personal… Si esta jugada nos sale bien, el espionaje ruso enrojecerá de vergüenza. Ellos mismos nos sacarán esos proyectiles de Turquía.

Después…, la agente Baby tiene la palabra.

Brigitte accionó los mandos del televisor hasta recuperar la imagen en la que se veía a Richard Somervelle. Le estuvo estudiando, en silencio, durante casi dos minutos.

El nuevo espía de la CIA, traidor a todas luces, conversaba animadamente con su instructor de misión, sonriendo. Ahora estaba fumando, y ya había aceptado un *whisky*. La conversación parecía haber perdido la tensión de la información respecto a la misión, y se deslizaba en plan más personal, más tranquilo.

Un hermoso ejemplar masculino. Alto, apuesto, inteligente, simpático, cultísimo… Sí. Todo eso. Y, además, traidor. ¿O no?

—¿No hay error posible respecto a él?

—Ninguno.

—¿Podré hacer las cosas a mi manera?

Cavanagh suspiró, como desalentado.

—Ya hemos desistido de darle órdenes, Baby. Nosotros le damos los datos y los medios materiales de trabajar sin límite alguno de gastos o de cualquier otra cosa. Nada de órdenes a Baby. Nosotros damos datos… y queremos resultados. Eso es todo. ¿Para qué pedirle más?

Brigitte asintió con la cabeza. Apagó el televisor y se volvió hacia Cavanagh.

—Empezaremos a trabajar cuando usted quiera, señor.

—¿Le parece bien ahora?

—Ningún momento mejor.

Capítulo III

La extranjera blanca estaba detenida delante del escaparate sucio de unos de los bazares del barrio antiguo de Istanbul, contemplando las alfombras, otomanes, cafeteras, vasijas diversas…

Una extranjera de grandes ojos azules, cuerpo escultural, pero quizás un tanto delgado para el gusto de los turcos que cruzaban ante el viejo bazar. A los turcos, según parece cierto, les gustan las mujeres con muchas libras de carne, especialmente en determinados lugares anatómicos. Y aquella extranjera, si se comparaba con la «hermosa» mujer turca de doscientas libras de peso, resultaba despreciable.

Se oía incesantemente el rumor de la gente pasando ante el bazar, a espaldas de la mujer de los ojos azules.

Algunas palabras turcas, miradas ardientes, humo de cigarrillos rubios suavísimos…

Del interior del bazar salió un hombre de unos cincuenta años, cabellos entrecanos, frondoso bigote casi blanco, ojos negrísimos, larguísima cabellera. Parecía un gitano. Un gitano amable, sonriente, y tan cortés que esperó a que la extranjera le mirase, para sugerir:

—Tengo de todo, *efendim*… De todo. Si honras mi bazar, te serviré todo cuanto esté en tus deseos, *efendim*[2].

La hermosa extranjera de ojos azules y cabellos negrísimos se quedó mirando al turco, sonriendo con displicencia. Pareció que iba a caminar, pero un par de gatos se cruzó ante sus pies. Todo… todo el barrio de los bazares estaba lleno de gatos. Era como si toda Istanbul, toda Turquía, rebosase gatos por todas partes.

—¿Podrías adivinar mis deseos? —preguntó la extranjera, en un inglés mucho más perfecto que el del turco.

—No. No podría… Pero sí sé que tus deseos son órdenes para mí, *efendim*.

Ella sonrió. De un modo total, dulce, simpático… Ver aquella sonrisa era como estar un poco en el camino que lleva a los paraísos prometidos por Mahoma.

—¿Órdenes? —musitó.

—Órdenes severas. Pero, por favor, *efendim*, entra… Honra mi humilde tienda con tu presencia.

El turco se apartó, cediendo el paso a la hermosa mujer. Dentro del bazar todo estaba abigarrado, mostrando un cegador, casi enloquecedor colorido: pipas, esteras, vasijas, alfombras, juegos de café… De todo. Absolutamente de todo.

—¿Estamos solos? —preguntó ella.

—Así es, *efendim*.

—Bien… Entonces, quizá podrías decirme quién soy yo.

El turco con aspecto de simpático gitano granuja sonrió ampliamente, mostrando unos dientes blanquísimos.

—Espero que mi entendimiento no haya sido burlado, *efendim*… ¿Tengo el placer de estar conversando con la agente Baby?

—Tienes ese placer, Yunuz Rumi —rio Brigitte.

—Ah… Es maravilloso… ¡Maravilloso! Llevo ya algunos años oyendo ese nombre en el mundillo del espionaje —su inglés había mejorado notablemente—. ¿Puedo ofrecerte café?

—Quedaré muy agradecida. ¿Estamos seguros aquí, Yunuz?

—Oh, sí… Muy seguros. Pero, además, pasaremos a la parte de atrás. Esperaba tu llegada hoy y a esta hora, de modo que mi esposa y mis nueve hijos han sido… convenientemente evacuados.

—¿Tienes nueve hijos? —sonrió Brigitte.

—Y, pronto, diez. Mi mujer está ya… muy gorda. Gordísima… Hay que estar a bien con todos. En Turquía, una cosa buena, que ayuda mucho a un hombre, es tener muchos hijos. Diferente a Estados Unidos, ¿no es cierto?

—Sí… Diferente.

Yunuz Rumi había apartado una cortina del fondo de la tienda, dejando paso a Brigitte, que miró hacia el oscuro pasillo, y luego de reojo, al sonriente y amable turco.

—No hay peligro. Ni soy traidor, agente Baby. Yunuz siempre ha sabido reconocer la amistad americana. Por favor, sigue adelante. Y a la izquierda enseguida.

Brigitte obedeció.

Entró en el pasillo, vio luego a la izquierda otra cortina, la apartó, y se encontró en una pequeña estancia llena de otomanas, oliendo intensamente a tabaco y café. Una mesita baja, un libro sobre ella, una bombilla en el techo.

—Aquí recibo a mis amigos, y fumamos y tomamos café. Considérate como una buena amiga mía. Traeré café ahora mismo.

Cuando Yunuz Rumi llegó con el café, Brigitte estaba fumando pensativamente uno de los cigarros turcos que había encontrado sobre la mesita, y contemplando al peludo y lustroso gato de Ankara que se enroscaba en una de las otomanas.

Yunuz sirvió café, se sentó ante ella, cruzó las piernas y encendió también un cigarrillo.

—¿El viaje ha ido bien? —preguntó cortésmente.

—Muy bien, Yunuz. Gracias. ¿Qué sabemos de nuestro traidor?

El turco bebió un sorbito del casi hirviente café.

—¿De cuál de ellos? ¿Al-Din?

—No… Ese es un traidor… pequeño, de los corrientes. No hay que darle demasiada importancia. Estoy hablando del americano que ha llegado aquí con el nombre ruso de Mijail Posinof.

—Ah, ese muchacho… Ya se entrevistó con Maulana Al-Din. No sé lo que hablaron, pero, puesto que los dos son traidores, podemos imaginarnos su conversación. La cosa está muy movida, agente Baby. Tengo casi la seguridad de que los rusos están buscando con mucho afán esos proyectiles americanos. Algo han sabido… Supongo que por medio de Maulana Al-Din. En cuanto al falso americano que ha llegado aquí con el pasaporte ruso a nombre de Mijail Posinof, pues… está muy tranquilo, y cumple su cometido. Se entrevistó con Maulana Al-Din, le pidió hombres para el desguace de los proyectiles, y mientras Al-Din los está reclutando, él se dedica a pasear.

—Espero que Al-Din continúe ignorando que tú trabajas para la CIA, Yunuz.

—Lo ignora, lo ignora. Desde luego que sí.

—¿Lo has vigilado bien?

—No demasiado, esta es la verdad. Tampoco me pidas que te dé pruebas exactas de que es un traidor. Yo digo que lo es, y eso debe bastarte.

—De acuerdo. ¿Qué hace Mijail Posinof, nuestro gran traidor?

—Nada. Pasea por Istanbul.

—¿No ha efectuado contactos con nadie más que con Maulana AlDin?

—De momento, no. A menos que lo haya hecho dentro del mismo hotel donde se hospeda, el hotel Bajá.

—Todo es posible, desde luego. ¿Sabes cuántos hombres ha reclutado ya Maulana Al-Din para retirar las piezas de los cohetes?

—Seis o siete. No muchos. Va despacio, está ganando tiempo… Supongo que espera tu visita, o sea, la visita del agente especial que les dirá dónde están los tres cohetes, para que Mijail Posinof empiece a estudiar el desguace. Es de temer que en cuanto Maulana Al-Din conozca el lugar donde están los cohetes, intervengan los agentes soviéticos. Su objetivo lógico será apoderarse de esos proyectiles dirigidos.

—Así lo esperamos. ¿Cómo se portan los rusos estos días, aquí, en Istanbul?

—Como siempre. Istanbul es una ciudad… privilegiada en cuanto a abundancia de espías. Hay de todo. Desde luego, se observa una… tensión especial en los agentes de la MVD, pero se están conteniendo lo mejor que pueden. Desde luego algo los tiene impacientes.

—Los cohetes americanos —sonrió Brigitte—. Ellos los quieren.

—No los conseguirán.

—Por el contrario, Yunuz —sonrió de nuevo Brigitte—. El plan es que los consigan. Pero a su debido tiempo. De momento, creo que la CIA debe obrar con cierta… naturalidad. Maulana Al-Din se ha portado bastante mal últimamente. En consecuencia, lo lógico es que la CIA le otorgue… un castigo.

—¿La muerte?

—En efecto. No merece otra cosa. Y hay que hacerlo. De lo contrario, los rusos sospecharían que estamos intentando una jugada especial. Es norma matar a los traidores. Por tanto, Al-Din será… ejecutado.

—¿Debo hacerlo yo mismo? —preguntó Yunuz.

—¿Acaso tendrías alguna dificultad en hacerlo?

—Temo que sí. Maulana Al-Din se ha convertido en un personaje más bien importante. Está muy introducido en los círculos políticos, diplomáticos. No es corriente verlo en momentos vulgares de la

vida, como paseando, comprando algo, a la salida de un café… Lleva una vida retirada. Digamos mejor que se mueve en un pequeño círculo cerrado al que es difícil llegar. Por otra parte, los rusos han llegado a considerarlo muy valioso, de tal modo que hay siempre cerca de él una vigilancia… severa.

—¿No podrías llegar hasta ese traidor?

—Podría. Pero tendría que ser de un modo declarado, poniéndome en evidencia. No obstante, si hay que matarlo, lo haré.

—No —musitó Brigitte—. No, no, Yunuz… Hay que reducir los riesgos al mínimo. ¿Sabes el lugar donde se están reuniendo los hombres reclutados por Maulana Al-Din?

—En un café, cerca del mar, a la derecha del Cuerno de Oro, en la vieja Istanbul.

—¿Son todos fieles a la CIA?

—No lo sé. Pero es de suponer que no, ya que Al-Din se habrá asegurado una ayuda para el caso de que algo no le salga bien.

—Mal asunto. Habrá que seleccionar esos hombres… Pero eso ya se hará cuando llegue el momento. Ahora, lo interesante es liquidar a Maulana Al-Din, lo más pronto posible… Tenemos que dar a los rusos la sensación de que estamos eliminando traidores para iniciar una operación de envergadura.

—Es una buena idea. Además, si eliminamos a Al-Din, ellos se verán obligados a cargar todo el peso del trabajo en Mijail Posinof, ese hermoso muchacho que está pretendiendo engañar a la CIA. Por cierto: ¿qué haremos con él?

—Utilizarlo… —sonrió fríamente Brigitte—. Solamente utilizarlo Yunuz, hasta que ya nos resulte… inútil. ¿Dónde puedo encontrar lo más pronto posible a Maulana Al-Din?

—¿Te encargarás tú de matarlo? ¿Podrás?

—Soy una experta, Yunuz. Jamás fallo. Dime dónde está, y antes de medianoche ese traidor de segunda categoría estará muerto.

—Bueno… —sonrió el turco—. Eso es algo que me gustaría ver. Precisamente, esta noche Maulana Al-Din estará… lejos de nuestro alcance.

—¿Por qué?

—Ha acudido a una fiesta en la embajada de Irán, en el barrio de Gálata. Su… privilegiada posición diplomática consiente que esté muy bien escoltado. Aparte, están los hombres de la MVD, que

velan por él y lo vigilan, lo custodian en la sombra.

—Entiendo. ¿Podemos llegar de algún modo a esa embajada?

—Llegar, sí. Entrar, ya será mucho más difícil. Mi opinión es que, para matar hoy mismo a Al-Din, habría que hacerlo de un modo… fanático.

—¿Fanático?

—Sí… Un loco fanático que estuviese disconforme con algo sobre su persona o ideas políticas o administrativas. Entonces, necesitamos un loco que esté dispuesto a matar a Al-Din… y a dejarse matar.

—Oh, vamos, Yunuz, eso es una tontería. Tú dime dónde está ese cerdo, y yo lo degollaré.

—¿Lo degollarás? —Brillaron los ojos del turco—. Ah… Por Mahoma, *efendim*… ¡sería maravilloso para mí saber que ese cerdo condenado ha sido degollado! Pero no podrá ser hoy, a menos que tú misma consientas en ser la fanática dispuesta a sacrificar tu vida con tal de matar al traidor.

—Jamás sacrificaría mi vida por una tontería semejante… ¿Hay mujeres en esa fiesta de la embajada persa?

—¡Desde luego! Turquía está a la altura de cualquier país occidental, *efendim*. Ya no hay mujeres con velo ocultando el rostro, ni se las obliga a permanecer encerradas en casa… Van libremente por todo el país, trabajan, ríen… ¡y casi miran sonriendo a los hombres!

—Eso es un escándalo —sonrió Brigitte—. Un verdadero escándalo, Yunuz. ¿Tienes algún automóvil cerrado?

—Una camioneta.

—¡Espléndido! ¿A qué hora es esa fiesta en la embajada?

—A las diez.

—Tenemos tiempo de sobra. ¿Conoces esa embajada? ¿Podrías dibujarme sus jardines, sus puertas visibles desde la calle…?

—Puedo hacerlo con los ojos cerrados.

—Pues hazlo…, pero con los ojos muy abiertos.

Yunuz Rumi salió del aposento, regresó con papel y bolígrafo, y, delante de Brigitte se dedicó a hacer el plano, añadiendo detalles a medida que ella se los iba pidiendo.

Por fin, la espía asintió satisfecha.

—Perfecto, Yunuz.

—Puedes quedarte el plano, si quieres.

—Quémalo. Ya no lo necesito. En cambio, sí te necesitaré a ti y a tu camioneta.

—Yo estoy a tus órdenes, *efendim*.

—Regresa a tu tienda. A las nueve, saldremos los dos aquí. Eso es todo. Hasta las nueve, Yunuz.

—Sí, *efendim*.

El turco salió del aposento, y Brigitte permaneció pensativa no menos de cinco minutos, hasta que oyó voces afuera, en turco. Al parecer, Yunuz Rumi tenía un cliente. Sonrió, y abrió su maletín rojo con adornos de florecillas de diversos colores.

De una bolsita de plástico no mayor que un estuche de tres pares da medias, sacó un tejido negro, que, una vez desplegado, quedó convertido en un liviano vestido de noche inarrugable, finísimo sin llegar a la transparencia. Al suelo cayeron dos pequeñas piezas íntimas, también negras.

La espía lo dejó todo sobre una de las otomanas, y se desvistió rápidamente, completamente.

Estaba poniéndose la pieza inferior de las dos más pequeñas cuando Yunuz Rumi apareció en la puerta, con la boca abierta, dispuesto a decir algo…

Pero quedó así, con la boca abierta, inmóvil, contemplando la maravillosa desnudez de la espía.

—¿Y bien? —sonrió amablemente Brigitte.

—Nada… Nada.

—Algo querías, supongo.

—Bueno… Iba a hacer un comentario sobre mi venta —hizo saltar unas monedas en su mano—. Pero he sido muy inoportuno.

Brigitte encogió los hombros, y se puso la pieza superior.

—¿Cuál era el comentario?

—Respecto a la venta… Me pregunto qué sería de mí y de mis hijos si no tuviese esa… subvención de la CIA. Solo era eso.

—Es un buen comentario. Y no lo olvides, Yunuz: la CIA te permite mantener un montón de hijos.

—Sí… ¿Tienes armas? Si necesitas…

—Tengo de todo. Ahora, dormiré hasta las nueve menos cuarto. A esa hora, llámame. Y ten preparada la camioneta. Haremos una visita a esa embajada.

Yunuz vaciló visiblemente.

—Es demasiado arriesgado. No deberías exponerte personalmente, agente Baby. Si fracasas en este trabajo secundario, nadie podrá ya dirigir el asunto de esos cohetes dirigidos.

—Nada me ocurrirá. Además, Yunuz, yo parto de cierto refrán o proverbio que dice: «Si quieres las cosas bien hechas, hazlas tú mismo». Llámame a las nueve menos cuarto.

—Sí, *efendim*.

* * *

A las diez y media de la noche, tras haber dado un par de discretísimas vueltas en torno a la embajada, una camioneta pasó, por tercera vez, muy cerca de las verjas de los jardines. Y de la camioneta en marcha saltó una sombra negra, que corrió hacia las verjas, las escaló rápidamente y saltó al otro lado, todo ello en menos de diez segundos.

Al fondo, las luces de la embajada, rumor de música, alguna risa… Todo como acolchado, lejano.

Dos minutos más tarde aquella sombra negra aparecía a la luz, convertida en la agente Baby, magnífica en su sencillo vestido de noche negro, sin joyas de ninguna clase, sin afeites o maquillaje, sin adornos… Simplemente, una hermosa mujer ataviada con un sencillo, ligero y elegantísimo vestido de noche…, y llevando en las pequeñas manos un bolsito de lamé negro.

En un instante, tras cruzar el umbral de la puerta-ventana que daba al jardín, la bella espía estuvo en el salón principal, donde no menos de cien invitados departían sonrientes, tranquilos, cada uno dedicado a la exposición de sus propias ideas.

En un punto del salón, Maulana Al-Din, impecable en su esmoquin, sonriente conversando con tres hombres, de los cuales, uno pelirrojo, altísimo, parecía llevar la voz cantante, se excitaba, apoyaba con mucho aparato de gesto sus palabras. Gentes de varias razas y aún más nacionalidades departían sosegadamente. Un ambiente muy tranquilizador…, si bajo él no estuviese siempre latiendo la guerra fría.

Durante no menos de diez minutos, Maulana Al-Din estuvo escuchando cortésmente a su interlocutor, sosteniendo con cierta

impaciencia una copa en su diestra. Luego, dijo algo, sonriendo, y se dirigió hacia el aparador donde se servían las bebidas. Por supuesto, ni siquiera se acercó a las que contenían alcohol, ya que esto está terminantemente prohibido a los creyentes mahometanos. Se dice que un mahometano quizá vulnere en su intimidad esa disposición religiosa, pero que jamás lo hará en público.

Al menos, era cierto en cuanto a Maulana AlDin, que pidió:

—*Scherbet*. De rosas.

Bebida de zumo de frutas y de bayas. Eso sí está permitido a los mahometanos. El *Scherbet* de rosas es, quizás, el más estimado de todos, por su fragante aroma, su excelente sabor.

Y justo cuando el camarero servía el *Scherbet* a Maulana Al-Din, este oyó la voz femenina, junto a él:

—No me mire, Al-Din. No declaradamente, al menos. Pero dentro de dos minutos salga al jardín, y camine hacia la izquierda. Lo estaré esperando junto a los granados.

—¿Quién es usted’?

—Yo no importo. La CIA sí importa. Lo espero dentro de dos minutos.

Maulana Al-Din bebió un sorbito de *Scherbet*, volviéndose ligeramente, a tiempo de ver a la mujer ataviada con el elegante y sencillo vestido negro camino de la salida al jardín. Frunció el ceño, bebió otro sorbito, y se volvió hacia dos hombres que lo miraban a él, pero que, al parecer, no se habían percatado del acercamiento de la mujer, de su contacto verbal con Al-Din.

Los dos hombres captaron la mirada, y uno de ellos asintió con un levísimo parpadeo cuando Maulana empezó a caminar hacia la salida del salón.

Una vez afuera, se desvió hacia la izquierda, encontró los granados inmediatamente, y, cuando parecía desconcertado, la mujer apareció ante él.

—¿Quién es usted? —insistió Al-Din.

—Agente Baby, de la CIA. Se me ha notificado que debía ponerme en contacto con usted para interesarme por la seguridad del hombre que aquí se hace llamar Mijail Posinof… ¿Él está bien, AlDin?

—Mire, señora, yo creo que usted no sabe lo que dice. No sé…

—¿Quizá me entenderá mejor si le digo que estoy aquí por el

asunto de los tres proyectiles dirigidos?

—¿De qué habla?

—De la retirada de esos proyectiles. Y sé muy bien todo cuanto concierne a la operación, ya que se me ha confiado la jefatura de toda la acción.

—¿Sabe usted dónde están esos proyectiles?

—Por supuesto. Soy la única persona que lo sabe en Turquía.

—¿Dónde? —achicó los ojos Maulana Al-Din.

—Cerca de Punta Sakarya, unas cinco millas a la derecha. Exactamente, a cincuenta kilómetros…, a unas treinta millas de Istanbul, seis de Kandira. Y exacta y precisamente en un punto bajo el río.

—¿Bajo el río Sakarya?

—Exactamente. A menos de cien yardas de su desembocadura en el mar Negro. ¿Satisfecha su curiosidad, Al-Din?

—No es curiosidad personal. Usted debe saber que estoy reclutando hombres para… ¿Qué está haciendo? ¿Qué es eso?

—Una pequeña cámara fotográfica, derivada de la Polaroid. Es tan eficaz como esta para obtener fotografías al segundo, solo que mucho más pequeña, más manejable.

—Bien, pero… ¿qué piensa hacer con ella ahora?

—Tomarle una foto.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Mire, Al-Din, usted ha satisfecho su curiosidad. O su ansiedad. Por fin, imagino que después de mucho tiempo de ir tras ello, ha conseguido saber dónde están exactamente esos tres cohetes USA. Espero que comprenda que no se lo he dicho a tontas y a locas, sino por un motivo determinado muy razonable.

—¿Cuál motivo?

—Su muerte.

—¿Mi…? ¡Oig…!

La mano derecha de la espía se movió velozmente, con algo muy brillante en ella. Se oyó un golpe sordo, un siniestro rasgar de carne, un estertor… Maulana Al-Din fue lanzado por el golpe contra el granado que tenía a su espalda. Las flexibles y fuertes ramas delgadas se movieron, pareció que Al-Din fuese a rebotar allí, y, finalmente, dio la impresión de que las ramas lo sujetaban. Quedó echado hacia atrás, en suspensión, brazos y piernas abiertos,

meciéndose sobre las floridas ramas del granado; su cabeza se venció hacia atrás, mostrando sus abiertos, desorbitados ojos, a la luna. Y también el profundo y mortal tajo en su garganta, limpiamente seccionada.

Con una frialdad escalofriante, la agente Baby se acercó un poco más al todavía palpitante cadáver, y le tomó una fotografía con la pequeña máquina. La guardó en el bolsito, limpió el pequeño puñal en la blanca chaqueta del esmoquin de Al-Din, y lo guardó también. Movió la cabeza en gesto de desaprobación, mirando el cadáver.

—La traición siempre tiene este precio. Al-Din *efendi*[3].

Oyó un ruidito tras ella, y se apresuró a desaparecer entre los granados, a tiempo todavía de ver a los dos hombres sobresaltarse al darse poco menos que de bruces con el cadáver de Maulana Al-Din.

Inmediatamente, sacaron sendas pistolas, mirando a todos lados. Uno de ellos dijo algo en ruso, señalando en dirección a Brigitte, si bien esta comprendió que aún no la habían visto. Aprovechando esta circunstancia y la escasa ventaja que les llevaba, echó a correr silenciosamente hacia la verja, rozando apenas los arbustos de flores… Mas no tan silenciosamente como habría querido, ya que oyó de nuevo la voz de uno de los hombres, en ruso, advirtiendo a su compañero, con voz ahogada, que ella se dirigía hacia las verjas.

Y por entre rosales y granados, se produjo una corta persecución silenciosa, tenaz. Se oía apenas el suave movimiento del ramaje, el deslizarse de un pie sobre la tierra blanda, una inspiración mal contenida…

La espía llegó con holgada ventaja a las verjas, pero oyendo con absoluta claridad el acercamiento de los dos hombres. Tras un cálculo en el que se ponía en juego la vida o la muerte, se aferró a las verjas, las escaló y saltó al otro lado; apenas había tenido tiempo de tocar el suelo cuando los dos hombres aparecieron entre los rosales, pistola en mano, y la vieron encogerse tras el salto, como pegándose al suelo.

Echaron a correr los dos, pero de la mano derecha de la espía brotó un diminuto fogonazo, se oyó un suave «plop», y el hombre más adelantado pareció chocar de frente con un muro insalvable. Fue como si rebotase, y sus pies saltaron hacia arriba mientras caía de espaldas, con un diminuto pero mortal agujero negruzco en el

centro de la frente.

El otro también disparó, pero la mujer pareció convertirse en humo, desaparecer como por arte de magia. En la calle se oyó el veloz taconeo de unos pequeños y ligeros zapatos femeninos, quizá durante tres o cuatro segundos. Y el hombre saltó hacia la verja, dispuesto a no dejar escapar aquella peligrosa presa.

Fue un error.

Un gravísimo error, de esos que se comprenden demasiado tarde. La mujer no había escapado, sino que, tras taconear como si así lo estuviese haciendo, se había quedado inmóvil al pie de la verja, acuclillada, con la pistola en alto. El hombre la vio, quiso mover la mano armada, su rostro se crispó…

Plop.

La pequeña bala entró matemáticamente en su corazón. El hombre soltó la pistola, se abalanzó hacia delante, hacia el exterior, y cuando parecía que iría a estrellarse en la calle, quedó colgado de una de las puntas de lanza de la verja, como un espantapájaros trágico, abiertos los ojos, forzado su esmoquin hacia arriba de tal modo que, de no estar muerto, habría fallecido entonces estrangulado.

Una camioneta apareció entonces muy cerca de allí, y la espía echó a correr hacia ella, alzando un brazo. La camioneta no se detuvo, sino que fue la espía quien saltó a ella, sujetándose al hueco de la ventanilla abierta. Luego, como una gatita bien entrenada, se coló por aquel mismo hueco, hasta quedar sentada en el asiento, suspirando.

—¿Lo ha conseguido? —preguntó Yunuz Rumi, tensa la voz.

Ella abrió su bolsito, sacó la pequeña cámara de fotografías al segundo, y de un suave tirón arrancó la obtenida en el jardín… Las luces del barrio de Gálata entraban a veloces intervalos dentro de la camioneta, y con ellas el turco pudo ver a Maulana Al-Din degollado, tendido de espaldas, en media suspensión, sobre un granado.

—Es una hermosa fotografía —comentó alegremente.

Capítulo IV

Mijail Posinof, el hombre que se hallaba inscrito en la CIA con el nombre de Richard D. Somervelle, hacía muy bien su papel de ruso. Ya pasadas las once de la noche, se aburría en silencio, solitario, con elegancia.

Un cigarrillo en una mano, un vaso de vodka ante él, en el mostrador, y la mirada perdida en el transparente líquido, como si dentro del vaso pudiera encontrar el secreto de todo. De la vida y de la muerte, el bien y el mal, la diversión y el aburrimiento. Allá, quizá flotando en el vodka, podía estar el secreto de todo, del mundo, del universo entero.

En el bar del hotel Bajá el ambiente estaba muy animado. Un par de matrimonios europeos, al parecer italianos; tres turcos discutiendo acaloradamente, pero sin alzar demasiado la voz; no llevaban *fez*, lo cual podía desilusionar un poco. Kemal Ataturk, el gran renovador de la vieja Turquía, había prohibido a su pueblo llevar *fez*, y también había prohibido que las mujeres llevasen velo ocultando su rostro. De eso hacía ya muchos años. Y aunque el gran revolucionario turco no lo había conseguido todo de un modo pleno, era cierto que se veían muy pocos hombres con *fez*, y poco menos que ninguna mujer con velo. Quizás en algunas aldeas, o pueblos pequeños… Mas no en Istanbul, la representación más evidente de la moderna Turquía…

Bien…

Las once y media de la noche no era hora adecuada para prolongar más el aburrimiento. Los italianos estaban bebiendo «cuba-libres», y los turcos acalorados bebían café. Mijaíl Posinof dejó de mirar su vodka, optando por beberlo, lo cual era mucho más adecuado. Dejó el vaso sobre el mostrador, se despidió con silencioso gesto del camarero y se dirigió hacia la salida del bar, muy pequeño, adornado a estilo turco, con colores brillantes,

bonitas alfombras, algún tapiz. La idea de que el camarero estaba deseando cerrar el bar para echarse al coleto un buen trago de *whisky*, ron o vodka, casi hizo sonreír a Posinof mientras cruzaba el umbral del bar, frente al cual estaba el vestíbulo del hotel, con su mostrador el fondo, y con…

Fue un encontronazo considerable. Mijail Posinof lo resistió bien, firme como una roca, impávido con sus seis pies y una pulgada de estatura bien provista de músculos. La muchacha salió peor librada. Los papeles y el portafolios que llevaba en las manos salieron por el aire, y ella retrocedió cuatro o cinco pasos, a trompicones, antes de conseguir evitar la caída, y quedar en pie, vacilante, mirando con los ojos muy abiertos a Posinof.

—Lo lamento —musitó Posinof, en turco—. Lo lamento de veras. Le ayudaré a recoger todo esto.

Se inclinó a recoger los papeles esparcidos por el suelo, pero como viera que la muchacha no se movía, alzó la cabeza, para mirarla. Lo cual debió haber hecho con más atención desde el principio, puesto que bien merecía la pena. En toda su vida, Mijail Posinof no había visto una mujer tan hermosa como aquella, con tales ojos azules enormes y brillantes. El prieto cuerpo de dulces pero firmes y rotundas líneas estaba, mórbido y elástico, en la estrecha falda azul pálido, en el jersey negro, con mangas, pero con un terrible escote en punta.

Los dos se quedaron mirándose unos segundos. Muy pocos, apenas el tiempo que las demás personas que había en el vestíbulo y las del bar necesitaron para comprender que aquello había sido un incidente sin importancia.

Sin saber por qué, Posinof relacionó a la muchacha con los dos matrimonios italianos.

—Imagino que no habla usted turco —dijo en italiano.

—No… —suspiró la muchacha—. Pero sí italiano.

Se acuclilló cerca de Posinof, dedicándose también a recoger los papeles y el portafolios.

—Antes le he dicho en turco que lo lamento. Supongo que iba distraído, pero lo cierto es que no la vi hasta que…

Se pusieron los dos en pie, ella guardando los papeles y mirando hacia el bar, desconcertada.

—Soy yo quien iba distraída. Vine aquí a toda prisa, quería

entregarle los papeles al señor Chelebi… Pero no está.

—¿El señor Chelebi es turco, supongo?

—Oh, sí.

—Hay tres turcos ahí dentro, en el bar. Quizá sea uno de ellos.

—No… Ya los he visto. No está ahí dentro. No sé qué hacer ahora con esto…

—Puede dejarlos en la conserjería —sugirió sensatamente Mijail Posinof.

—Allí no me entienden. Pero he creído comprender que el señor Chelebi no está en este hotel. Y el caso es que él me dijo que estaría esperándome aquí… ¡No sé qué hacer! Quizás ha salido, y el conserje no me entiende, o no sabe darme el recado, o… ¡Oh! ¡Sería terrible!

—¿El qué? —sonrió Posinof, como fascinado.

—Que yo no hubiese entendido bien el nombre del hotel. ¡Quizá me está esperando en otro!

—Todo es posible en la vida. ¿Quiere que pregunte yo en conserjería? Hablo turco, y me entenderé bien con el conserje.

—¡Se lo agradecería mucho!

—No tiene importancia. He estado hace poco en Italia, y allá me han tratado muy bien. Lo menos que puedo hacer por una italiana…

—No, no… Yo no soy italiana, señor. Soy americana… Norteamericana. Me llamo Natalie Hobson.

El ceño de Posinof se frunció brevísimamente.

—Temo que no nos entenderíamos demasiado en su idioma, señorita Hobson —continuó hablando en italiano—. Yo soy ruso. Mijail Posinof, a sus pies.

—¡Oh! —exclamó ella, muy abiertos los ojos. Posinof sonrió como divertido.

—Iré a preguntar por el señor Chelebi. Permítame…

Se fue al mostrador, y estuvo hablando casi un minuto con el conserje, en turco. Cuando regresó junto a la muchacha, parecía no tener buenas noticias.

Y así era.

—No saben absolutamente nada de ese señor Chelebi, en efecto. Ni ha llamado, ni tiene habitación reservada, ni hay recado alguno. Lo siento. Si puedo ayudarla en algo…

—Pues… No sé. ¡No sé!

Posinof la miraba atentamente, con una viril mueca amable en su gran boca simpática.

—¿Está en algún apuro, quizá?

—Pues… Bueno, son tonterías mías, señor Provinov…

—Posinof.

—Oh, perdone…

—¿Puedo hacer algo por usted?

—La… la verdad es que… Bueno, yo creo que… El caso es que no me he quedado nunca sola en la barcaza, y…

—¿En la barcaza? No comprendo.

—El señor Chelebi tiene una flota de barcazas de transporte en el Cuerno de Oro, bajo el puente de Gálata. Yo… yo trabajo para el señor Chelebi en una de ellas…

—¿Sin hablar turco? —sonrió Posinof.

—El señor Chelebi habla inglés. Él y yo nos entendemos en ese idioma, y yo llevo su correspondencia en inglés, francés e italiano… ¡Quizás ha salido para Italia, o Francia…! ¡No sería la primera vez que tiene que hacerlo de pronto!

—Entiendo. De todos modos, si no le gusta quedarse en la barcaza sola, puede quedarse en este mismo hotel.

—¡Imposible! ¡El señor Chelebi se enfadaría muchísimo!

—Quizás haya alguien más en la barcaza, o algún tripulante de las otras…

—Están todas en el mar Negro. Excepto la nuestra, que está siempre en el puente, y son las oficinas y… y mi alojamiento.

—Bien… No se me ocurre qué puedo hacer por usted, señorita Hobson. Porque supongo que la idea de pasar la noche a su lado no debe de ser de su… agrado.

Ella le miró fijamente. De pronto, bajó la vista, y musitó:

—Con usted no tendría miedo…

—¿Es… una invitación? —musitó Posinof.

—¿La aceptaría? —exclamó ella impulsivamente—. ¡Estaríamos los dos solos, y…!

Se calló de pronto y enrojeció un poco, inclinando de nuevo la cabeza. Cuando la alzó, ya no pudo ver el duro destello en los ojos de Mijail Posinof, y sí, en cambio, la amable sonrisa varonil, ya más a tono con la clara perspectiva que ella ofrecía.

—¿Le parece bien que tomemos un taxi? —propuso él.

* * *

El taxi se detuvo casi en el centro del puente de Gálata, sobre el gran estuario llamado Cuerno de Oro, que separa la vieja Istanbul de los barrios más elegantes de Pera y Gálata, donde están las embajadas y consulados. El Cuerno de Oro, con sus siete millas de profundidad tierra adentro y sus quinientas yardas de anchura, permite fácilmente la navegación, y en sus orillas están los más importantes muelles de Istanbul, a los pies del estrecho del Bósforo, el cual une los mares Negro y Mármara.

Detrás quedaban, destacando en las luces de la ciudad, el Palacio Nuevo, algunas mezquitas, los minaretes altísimos. Abajo, a ambos lados del puente, las quietas aguas oscuras, con sus barcazas, los remolcadores, los grandes paquebotes de transporte de personas, los pesqueros con intenso olor…

Se apearon los dos, y la muchacha señaló la acera del interior del estuario.

Llegaron a uno de los tramos que permite el descenso a la segunda plataforma del puente, bajo el cual había instaladas oficinas, factorías, y se utilizaba para carga y descarga. Por encima trepidaban algunos coches, muy pocos ya. Pero lo que más ruido hacía eran los tranvías. Cuando estaban descendiendo aquel tramo de escalones, el tranvía número diecinueve pasó a buena marcha, ruidoso, casi vacío…

—La… la barcaza se llama *Bósforo* —musitó la muchacha.

—Un nombre corriente.

—Por aquí.

Le cogió de una mano, tras mirarle brevemente y sonreír con deliciosa timidez.

Apenas recorrieron treinta pasos antes de que ella se detuviera, y señalase la barcaza. Era grande, pero muy vieja. Tenía una gran cabina, con la torrecilla de madera y cristal para el timonel.

—Por dentro está muy bien. Cuando el señor Chelebi comprendió que no podría navegar, tuvo la idea de utilizarla como oficina de su negocio.

—¿Y usted vive ahí?

—Lo he arreglado bastante bien, señor Po…

—Posinof. Quizá le resulte más fácil llamarme Mijail.

—Oh, sí… ¡Sí! Venga… No tenga cuidado, todo está en buenas condiciones…, mientras no nos hagamos a la mar.

Ella tiraba de la mano de él, cruzando la pasarela amplia y sólida. Había barcazas a ambos lados de la *Bósforo*, pero no se veía a nadie en ellas. A lo lejos se oyó el sonido de una sirena, y el aire llevó allí, nítidamente, la voz de un hombre, gritando algo en turco. La luna se veía en el cielo despejado. Tenía un color entre naranja, blanco y azul. Se notaba con fuerza creciente el olor a pescado, pero el del mar, al mezclarse, lo convertía en un extraño aroma agridulce, en absoluto desagradable, y sí un tanto enervante.

Ella abrió la puerta que llevaba al interior de la gran barcaza, colocada a un lado de la gran cabina de mandos, que sostenía encima la pequeña garita encristalada del timonel. Dio la luz, y Mijail comprendió inmediatamente que, efectivamente, allá se trabajaba a diario en cuestiones de papeleo. Era una especie de despacho bastante grande y un poco destartalado. Al fondo había una puerta, que ella señaló tímidamente. Al lado había otra, entreabierta, de modo que Mijail Posinof pudo ver los servicios sanitarios de las oficinas. Un corto pasillo, una cortina de grueso otomán, de brillantes colores. Ella la apartó, abrió la puerta que había detrás, y encendió otra luz.

Todo cambió entonces. Una estancia bastante amplia, con un bonito lecho atestado de cojines. Dos sillones, un sofá, un armario… Alfombras, mejor iluminación, algún cuadro… Todo en muy buen estado, cuidado, limpio, brillante. En un rincón, casi debajo mismo de una de las circulares ventanas, un pequeño buró; encima había un jarrito de cristal, con flores.

El ambiente era tan grato, tan íntimo y sugerente, que Mijail Posinof se encontró sinceramente sorprendido.

—Aquí vivo yo —musitó la hermosa Natalie Hobson.

—Es un hermoso lugar… ¿Sola?

Ella parpadeó, como vacilante.

—Generalmente, sí.

—¿Generalmente? Bien… Como ha dicho que nunca quiere quedarse sola en la barcaza, y no he visto ningún otro aposento…

—Quien se queda para acompañarme suele dormir afuera,

Mijail. Hay dos camas plegables.

—Oh. Bueno, no he querido decir…

Ella había dejado la cartera y se había acercado a él. Alzó lentamente los brazos, hasta el cuello del hombre, mientras los azules ojos brillaban intensamente en su fija mirada.

—No es necesario que tú uses ninguna de esas camas —musitó.

Mijail Posinof rodeó la fina cintura con sus brazos, y se inclinó, para besar a la mujer. Casi enseguida empezó a notar el zumbido en las sienes, el sordo golpear de toda su sangre en todo su cuerpo… Si había algo indiscutiblemente cierto en aquella situación, era que la norteamericana Natalie sabía besar… Pero tuvo que ser ella quien rompiera el beso, lentamente, deslizando sus labios por la barbilla de Mijail, suspirando.

—¿Quieres… quieres…?

—Sí.

Ella le miró, sonriendo. Parecía feliz de pronto, como la niña perdida que encuentra el camino de vuelta a casa.

—Te iba a preguntar si querías… beber algo.

—Ah… Sí, está bien.

—¿Tienes… prisa?

—Ninguna.

Ella le besó en la boca, despacio, aplastando tiernamente sus labios en los de Mijail.

—Pero no tengo vodka…

—¿Qué tienes?

—Creo… que debe quedarme un poco de *whisky*…

—Beberé *whisky*… si me acompañas.

—Está afuera, escondido. Al señor Chelebi no le gusta que yo tenga bebida de alcohol aquí.

—Es natural.

—Enseguida vuelvo…

Le volvió a besar, siempre lentamente, profundamente. Mijail Posinof empezaba a encontrarse en una situación realmente difícil. Ella se apartó, de pronto, y fue hacia el armario, lo abrió… Estaba vuelta de espaldas a Mijail, de modo que no vio el gesto de este llevando la mano bajo la chaqueta. Cuando se volvió, llevando la ropa en las manos, el agente traidor a la CIA simuló colocarse bien la corbata, y eso fue todo.

—Volveré enseguida —susurró ella, brillantes los ojos.

Salió de la cámara, y Posinof fue inmediatamente hacia el pequeño buró. Oía el taconeo de ella, alejándose hacia la proa de la barcaza, por el pasillo.

Lo oía con toda claridad. Y aquella ropa que había sacado del armario… Mijail Posinof comprendía muy bien el juego de la mujer, de modo que supo que tenía tiempo para echar un vistazo al buró. Bajó la tapa, y se quedó mirando los escasos papeles que había allí: cartas recibidas, alguna factura de compras hechas en Istanbul, un par de bolígrafos, cuartillas en blanco…

Había una carta empezada, con letra menuda, graciosa:

> *«Querida Susan: llevo ya siete meses en este país, pero no consigo aprender el turco. Creo que me siento desanimada, muy sola, y es posible que decida…».*

Aquí se cortaba.

Posinof abrió los cajones, removiendo papeles, muy escasos. No había nada de interés. Alguna novela, editada en inglés. Un libro de orientación para correspondencia en francés. Una banderita americana, de plástico. Paquetes de cigarrillos turcos…

Mijail Posinof se quedó mirando uno de los cajones, con el ceño fruncido. Allí estaba el pasaporte norteamericano, a nombre de Natalie Hobson: nacida en Nueva York, en 1940…

Pero lo que había llamado su atención era el grueso de la tabla vertical que formaba el fondo del cajoncito. Era casi doble que las tablas de fondo de los otros cajones. Examinada más atentamente, vio que no era una sola tabla, sino dos, muy apretadas. Intentó meter la uña, pero fue inútil… Tomó el abrecartas, apretó con la punta en la apenas visible ranura…, y las dos tablas se separaron.

Parecían tener un muelle que las mantenía unidas fuertemente, formando una sola tabla. Colocó transversalmente el abrecartas, manteniéndolas separadas, e introdujo los dedos, con mucho cuidado. Tocó papel, hundió cuanto pudo los dos dedos, y utilizándolos como pinzas estiró muy despacio de lo que había sujetado. Una especie de libreta…, en cuya tapa frontal se veían las letras CCCP.

Quitó el abrecartas, lo dejó en su sitio, cerró los cajones, lo dejó

todo tal como estaba, y abrió el pasaporte. Allí estaba también la fotografía de la muchacha. Solo que allí no se llamaba Natalie Hobson, sino Nadezda Sverekova, nacida en Minsk, Rusia Blanca. Edad: veinticinco años. Soltera…

El taconeo llegó como un timbrazo de alarma hasta la grata alcoba de Natalie Hobson… ¿O Nadezda Sverekova? Posinof se guardó rápidamente el pasaporte ruso y se dejó caer en una de las butaquitas.

Apenas cinco segundos después, la muchacha aparecía.

Se había quitado la falda y el jersey, y en su lugar llevaba aquella ropa que había sacado del armario: un breve camisoncito rojo, no poco transparente. Se había sujetado la negra mata de cabello en la nuca; sus ojos brillaban intensamente.

—¿He tardado mucho? —musitó.

Posinof se puso lentamente en pie.

—No… Nada —negó con voz ronca.

—Traigo… traigo el *whisky*…

Llevaba en una mano la botella, y en la otra dos vasos. Alzó ambos brazos, mostrándolo todo. Posinof se acercó, la abrazó por la cintura y la apretó suavemente contra su pecho. Ella cerró los ojos, ofreciendo los labios, un poco temblorosos. Y Mijail Posinof los tomó…

—Te… te serviré el *whisky*… Pero no tengo hielo.

—Nunca tomo estas cosas con hielo. A los rusos nos gusta la bebida fuerte.

Se sentó en el sofá. Ella escanció *whisky* en los dos vasos, fue hacia él y se sentó en sus rodillas, sonriendo todavía algo tímidamente.

Producía la impresión de que aquella era su primera gran aventura.

—¿Y cómo… cómo te gustan las… las mujeres?

—También que sean rusas —sonrió Posinof.

—Oh… ¡Oh!

—Bebe —continuó sonriendo él—. No te pongas triste ahora.

Ella bebió, y solo entonces lo hizo Posinof. Un sorbito corto, cauto, desconfiado.

—¿No… no te gustan las norteamericanas? —musitó ella.

—Me gustan. Pero prefiero las rusas. Puedo mostrarte la

fotografía de una de ellas… La más hermosa mujer que jamás he visto en mi vida.

—No… no estás siendo muy amable conmigo, Mijail…

—Por el contrario. Mira: esta es la mujer a que me refiero.

Sacó el pasaporte ruso, tras dejar el vaso en un brazo del sofá. Lo abrió por la fotografía y lo colocó ante los ojos de ella, que se mordió los labios al ver su propio retrato en aquel pasaporte ruso.

—¿Has encontrado…?

Enmudeció bruscamente al ver la gran automática que Mijail Posinof apoyó de pronto en la punta de su seno izquierdo, mal velado por el breve camisoncito.

—Así es: lo he encontrado, Nadezda Sverekova.

—Bien… Mala suerte. ¿Sigo en tus rodillas o me levanto?

—La situación… personal es agradable. Sigue aquí… ¿Cómo me habéis localizado?

—¿Quiénes?

—Nadezda Sverekova, no perdamos el tiempo. Sabes muy bien que soy un espía americano, y has querido atraparme. Imagino que esta noche me habrías drogado, o asesinado… No importa ya todo eso. Solo quiero saber cómo me has localizado. ¿Quién te ha hablado de mí?

—Maulana Al-Din.

Los inteligentes ojos de Mijail Posinof se entornaron, quizá para ocultar el destello de sorpresa.

—¿Al-Din? ¿Es un traidor a la CIA?

—Sí.

—Maldito cerdo… ¿Os dijo algo del motivo de mi estancia en Istanbul?

—Desde luego. Es evidente que la MVD está al corriente de la intentona americana de retirar unos cuantos proyectiles que no fueron retirados de Turquía. Solo nos falta saber dónde están esos proyectiles.

—Oh… ¿Solo eso? —preguntó Posinof, sarcástico—. Bien, no es gran cosa, ¿verdad? ¿Quizás esperabas conseguir de mí la explicación del lugar donde están?

—Exactamente.

—Pues has perdido el tiempo, Nadezda Sverekova. No solo por el hecho de que yo domino la situación ahora, sino porque todavía

no lo sé. De modo que ni drogándome y llevándome a un lugar donde pudierais torturarme a vuestro gusto, os habríais enterado de esa posición de los cohetes. Has tenido mala suerte.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Ahorrarte el bochorno de explicar a la MVD que un agente de la CIA ha sido más listo que tú.

—¿Vas a matarme?

—En efecto.

—Podríamos…

Mijail Posinof se puso en pie, casi derribando a la muchacha. La sujetó por un brazo y la empujó hacia la cama grande y mullida. Ella quedó erguida allí, mirándole fijamente, entornados sus ojos azules, brillante en ellos una chispa de astucia.

—¿De frente o de espaldas, Nadezda?

—De frente.

—Como quieras. Si tienes algo que decir…

Apuntó la pistola al pecho femenino. Y ella supo que aquel hombre iba a disparar. Lo iba a hacer, sin duda de ninguna clase. Iba a disparar, iba a matarla sin compasión ni vacilaciones.

—Sí… Tengo algo que decir, ahora que tendré que emprender mi último viaje en un ataúd… En realidad, los espías siempre… viajamos en ataúd, Mijail. Estemos donde estemos, es como si nos halláramos en un enorme, escalofriante ataúd: el baño, un coche, un avión, nuestro propio lecho… Estemos donde estemos, nuestro ataúd está ya preparado, viajamos siempre en él, como dispuestos a morir en cualquier momento…

—No tengo tiempo para escuchar más tonterías. ¿Algo más?

—Sí: los espías americanos estamos locos.

Capítulo V

Y lo dijo en ruso. Aquella mujer cuyo pasaporte estaba a nombre de la ciudadana rusa Nadezda Sverekova, habló por primera vez en ruso, nítidamente, dando la contraseña que, al parecer, menos esperaba Mijail Posinof en aquel momento.

Se quedó boquiabierto, atónito. Ella le miraba ahora con una sonrisita divertida.

—¿Sorprendido, señor Somervelle? —preguntó.

—Eeee… Yo… Oh, vamos, ¡soy un maldito idiota!

Se guardó la pistola de un furioso manotazo, se dejó caer en el sofá, y acabó el *whisky* de un trago también furioso. Riendo, la espía se sentó a su lado, y también bebió un sorbito de *whisky*.

—Solo poco cauto, señor Somervelle. Emmm… Creo que será mejor que nos acostumbremos a llamarnos Mijail y Nadezda.

—¿Por qé soy poco cauto?

—Si yo hubiese sido realmente una espía rusa… ¿cree que no habría tenido la precaución de rodearme de amigos fuera de este aposento?

—Ya pensé en eso. Pero estaba aquí, y la cosa no tenía más remedio que salir como pudiera.

—Se han de hacer las cosas con más astucia. La… violencia debe aplicarse solamente cuando no hay otra solución más… conveniente. ¿Cómo le va por Istanbul?

—Bien… Bueno, supongo que bien. Vi a Maulana Al-Din, y estaba esperándola a usted… A menos que no sea usted… Bueno, quiero decir que me sorprende que la CIA deje en sus manos la dirección de una operación de esta envergadura.

—La CIA sabe muy bien lo que hace.

—Sí… Es posible. Mire, yo… quizás esté equivocado, Nadezda, pero juraría que todo este teatro lo ha hecho usted por algo… ¿O no? ¿No le habría sido más fácil presentarse a mí y darme la

contraseña, simplemente?

—Mucho más fácil y cómodo —admitió Brigitte—. Pero no hay nada cómodo en nuestra vida, Mijail. Esperaba que encontrara el pasaporte a nombre de Nadezda Sverekova, por supuesto… Y solo se trataba de saber cuál sería su reacción.

—Me parece que comprendo —gruñó Mijail—. Usted no confiaba en mí. Si yo hubiese sido un traidor, no habría estado a punto de matarla creyendo que era una espía rusa, sino que habríamos… intimado… ¿No es eso?

—Aproximadamente, es eso.

Mijail Posinof parecía un tanto irritado.

—¿He dado a la CIA algún motivo para que desconfíen de mí?

—No ha sido cosa de la CIA propiamente, sino cosa mía… particularmente.

—¿Por qué? ¿Sospecha usted mí?

—Ya no —mintió tranquilamente Brigitte—. Pero la traición no es patrimonio de uno solo, Mijail.

—No comprendo.

—Siempre hay traidores.

—Sí, pero ¿qué tiene que ver…?

—Maulana Al-Din, por ejemplo.

—¿Cómo? —exclamó Posinof—. ¿Está diciéndome que Maulana Al-Din es un traidor?

—Era. Vea esta fotografía.

Posinof se quedó mirando la fotografía de Maulana Al-Din degollado. Tras impresionarse muy ligeramente, miró a Brigitte.

—¿Lo han matado? —susurró.

—Por supuesto. ¿No le parece bien?

—Si era un traidor, esto es lo que más merecía. ¿Cuándo y dónde ha ocurrido esto?

—Hace un par de horas, en la embajada de Irán.

—Bueno… No cabe duda de que quien lo mató tiene audacia de sobra. Ya conoceré a ese ejecutor, supongo.

—Oh, sí —sonrió angelicalmente Baby—. Ya lo conocerá. ¿Ha tenido algún contratiempo?

—Ninguno.

—¿Ni le han seguido, o…?

—¿Para qué demonios querían seguirme, si ese cochino de

Maulana Al-Din podía decirles todo lo que quisieran? —gruñó Posinof.

—Es cierto. Pero no todo: falta el lugar donde están esperando los tres cohetes, Mijail.

—Claro… Entiendo que usted conoce ese lugar.

—Con absoluta exactitud.

—Entonces, podemos empezar enseguida a… No. Ya no podemos.

—Desde luego que no. Maulana Al-Din fue quien se encargó de reclutar hombres para el trabajo de desguace, y si él era un traidor es lógico que haya otros en ese grupo.

—Bien… Yo diría que estamos en una situación apurada, ¿no es cierto?

—En absoluto —sonrió Brigitte.

—¿En absoluto?

—Bueno… Digamos que habrá que hacer una… purga entre esos hombres, Mijail. ¿Qué le parece?

—Demasiado arriesgado. Además, ¿dónde están esos hombres?

—Yo lo sé.

—¿Se lo dijo Al-Din?

—No. Tengo… otros amigos en Istanbul, mejores que Al-Din. Y no son traidores.

—Ya… Pero sí hay traidores en ese grupo de hombres. Insisto en que es demasiado arriesgado acercarse a ellos.

—Parece que está sugiriendo que los… olvidemos a todos.

—¡Desde luego! Es lo más sensato, ¿no?

Baby permaneció pensativa algunos segundos, antes de murmurar:

—Sí. Desde luego, sería lo más sensato. Pero ese no es modo de trabajar, Mijail. Es para mí un placer matar a un traidor. Pero jamás he dejado en la estacada a ningún compañero. Y de ese grupo de hombres, hay alguno fiel a la CIA, dispuesto a ayudarnos.

—Puede que haya uno fiel y nueve traidores —sonrió fríamente Posinof.

—Puede que sea esa la proporción —admitió la espía—. Pero por ese solitario hombre yo haré lo que pueda.

—¿Usted? Supongo que quiere decir que me enviará a mí o a quien sea para que…

—¿Por qué supone eso?

—Usted es el cerebro de esta operación, ¿no? Y me parece poco probable que esté preparada para hacer otra cosa, como matar, huir, luchar en condiciones que quizá sean malas…

—Bueno —rio Brigitte—, ¡nunca es tarde para aprender todas esas cosas! Por cierto: ¿quiere quitarse la chaqueta?

—¿La…?

—Por favor.

Mijail se quitó la chaqueta y la entregó a Brigitte, que buscó algo en la espalda, tanteando muy suavemente, apenas rozando la ropa con los dedos. Encontró muy pronto lo que buscaba: una pequeñísima aguja, de un cuarto de pulgada quizá, con una cabeza chata, como la de una chincheta, pero más pequeña. Había estado introducida en la costura de la espalda de la chaqueta de Mijail Posinof.

Este miraba la aguja con expresión estupefacta.

—¿Y eso? —murmuró.

—Es una pequeña aguja… envenenada. ¿No ha notado ningún pinchazo en la espalda, por pequeño que sea?

—No.

—Pues ha tenido suerte. El veneno este es bastante activo.

Mijail palideció intensamente.

—¿Usted me puso eso en la espalda? —alentó.

—Desde luego. Mientras nos besábamos.

—Pe-pero… pero… ¡¿se da cuenta de que he podido pincharme, y morir envenenado…?!

—Fue solo una medida de… venganza, Mijail. No se lo tome a mal.

—¡Pero he podido morir en cualquier momento! —casi gritó él.

—No mientras yo estuviese viva, ya que tengo el antídoto —rio dulcemente la espía internacional—. Pero si usted era un traidor y me mataba, en algún momento se habría pinchado, Mijail. Y no estaría yo allí para ofrecerle el antídoto. Bien… Creo que podemos guardar esta aguja, ¿verdad?

—Usted… —Posinof se pasó la lengua por los labios—. Usted es diabólica…

—Solo una espía ya muy harta de mentiras, Mijail. Solo eso… Guardaré la aguja.

Fue al armario, sacó el maletín rojo con florecillas azules estampadas, y guardó la mortal aguja en una cajita.

Cuando se volvió, Mijail la estaba mirando fijamente. Parecía anonadado y desconcertado a la vez.

—No… No es posible lo que estoy pensando, Nadezda…

—¿Qué cosa?

—Usted… ¿es la agente Baby?

—No piense tonterías —sonrió Brigitte.

—¡Claro que lo es! ¡Tiene que serlo! Oh, maldita sea, creo que soy el más estúpido de los espías… Una mujer más hermosa que ninguna, una ejecución por traición en plena embajada persa, una astucia asombrosa, un recurso para todo, tres cohetes que podrían ocasionar un serio disgusto a Estados Unidos si se encontraban en Turquía… ¡Usted es la agente Baby! ¡No lo niegue!

Brigitte se sentó de nuevo junto a Posinof y le palmeó cariñosamente las manos.

—No se altere —rio—. No es propio de un espía, querido.

—Estúpido, estúpido de mí… Y ese quizás único hombre que quiere salvar del grupo… Baby jamás abandona a sus compañeros… Me parece que soy menos listo de lo que me creía…

—Pues tenga cuidado, amor: eso puede costarle la vida. No hay que sobrestimar nuestra inteligencia, ni mucho menos menospreciar la de los demás. Y ahora, hablemos de ese quizás único hombre que tiene que ser salvado. Pero esperemos que sean más, ya que precisamos un buen número para esa labor de desguace.

—¿Tiene algún plan para salvarlo…?

—Por supuesto. Pero eso se lo diré mañana, a la noche, cuando lo pongamos en práctica.

—Y durante el día, ¿qué haremos?

—¿Nosotros dos? Nada. Ya se están reclutando hombres por otro lado, con más seguridades. Hasta mañana a la noche no podremos hacer absolutamente nada.

—Bueno… Supongo que no piensa ponerme al corriente de nada hasta que llegue el momento preciso de actuar.

—Así es, Mijail. Lo lamento.

—No importa. Comprendo su actitud, desde luego. Bien… Me pregunto qué hago yo aquí, entonces.

—Usted sabrá —sonrió Brigitte.

—Mmm… Será mejor que vuelva al hotel… ¿No?

Brigitte se levantó y se acercó a uno de los redondos ojos de buey. Se quedó allí, cruzando los brazos sobre el pecho, como si notara una brisa demasiado fresca.

—Hay una luna muy hermosa en el cielo —musitó.

Posinof se colocó tras ella, y le puso las manos en los hombros.

—Algunos la llaman la Luna de Oriente… —susurró—. Tiene un color… sorprendente. Como fuego tenue, quizás… Es como si la hubiesen pintado de un modo… ardiente. Casi… feroz.

—Sí.

Él la hizo volverse.

—¿Nos despedimos aquí? —preguntó roncamente.

—No conozco ningún motivo por el que debas marcharte, Mijail. Y quizás… hay alguno para que te quedes.

Y le besó.

Capítulo VI

A las once y media de la mañana siguiente, Mijail Posinof se despertó, casi sobresaltado, en su lecho del hotel Bajá. Se sentó en la cama, tras empuñar la automática silenciosa que había escondido a altas horas bajo la almohada, cuando regresó de la barcaza *Bósforo*.

Pero, realmente, nada ocurría. Solamente, que la pequeña radio de bolsillo, sobre su mesita de noche, estaba emitiendo su tenue llamada, en un apagado «bip-bip-bip»…

La cogió, admitió el contacto, y musitó:

—¿Sí?

—¿Eres tú, Mijail?

—Los americanos… Quiero decir, los espías americanos, estamos locos… —sonrió—. ¿Cómo estás, Nadezda?

—Magníficamente —se oyó el suspiro de la espía—. ¿Tuviste algún inconveniente en tu regreso al hotel?

—Ninguno. Y bien, ¿qué ocurre?

—Ocurren dos cosas. —Se oyó la risa contenida de Brigitte—. Una de ellas, que no puedo olvidarte. Pero esa cuestión la dejaremos para más adelante.

—De acuerdo —sonrió fríamente Posinof—. ¿Cuál es la otra cuestión?

—Tienes que esperarme en la barcaza, cuanto antes. Procura que no te sigan.

—¿Seguirme? Me gustaría que lo intentasen.

—Recuerda que no debemos confiar en nadie. Ni sobrestimar nuestra propia inteligencia. Una cosa, Mijail: es posible que cuando llegues yo no esté en la barcaza. Todo lo que tienes que hacer es esperarme.

—Bien. ¿Y si llega al señor Chelebi, o alguno de sus empleados?

—¡No seas tonto! —rio la espía—. No existe ese señor Chelebi, y

la barcaza no es más que una de las pequeñas bases secretas de la CIA en Istanbul. ¿Qué pensabas?

—Pues pensaba exactamente eso. Son las… once y media, y un par de minutos. ¿Te parece bien que llegue a las doce y cuarto?

—Es buena hora. Sé discreto. Y recuerda: si no estoy ahí, espérame, sin impacientarte. Eso es todo, Mijail.

—Entonces, hasta luego.

Cortó la comunicación y se sentó en la cama. Se sentía adormilado, cansado. Fue a la ducha, estuvo allí, bajo el agua fría, no menos de diez minutos, y reapareció en el dormitorio con mucho mejor semblante, más fresco y despejado. Vaciló unos instante… antes de dirigirse al interruptor de la luz del pequeño saloncito de la *suite*. Encendió un cigarrillo, tras sentarse junto al interruptor, y dijo:

—Supongo que lo has oído todo, Maximo. Para cambiar impresiones, y puesto que yo no puedo escucharte a ti, sería conveniente que bajases un momento a mi *suite*.

Dejó el interruptor, fue a la puerta, la abrió y regresó al sofá, distraído al parecer. Apenas un minuto más tarde, la puerta de la *suite* se abría, y un hombre alto, de hombros cuadrados, ojos fríos, estatura colosal, aparecía en el pequeño saloncito, fruncido el ceño.

—Te arriesgas demasiado —dijo.

—Siéntate. Todo va bien. ¿Lo oíste?

—Desde luego.

—Bien… Ella parece que es la agente Baby, esa famosa espía americana que os lleva locos hace años. Tengo el presentimiento de que —sonrió despectivamente— os la podré… servir gratis.

—No estés tan seguro. Esa mujer no es… una mujer.

—¿No? Pues yo te aseguro que sí. Muy mujer, Maximo. Absolutamente una mujer.

—Ya sé a qué te refieres. Pero ese no es el caso. Lo que sí nos tiene a todos muy preocupados es su intervención en este asunto de los cohetes norteamericanos en la costa turca.

—¿Preocupados? —sonrió Mijail.

—Mira, ella no es… corriente. No es humana.

—¡No digas tonterías! —rio Mijail—. ¡Te aseguro que es completamente humana, en todos los sentidos!

—Mijail, durante años, por motivos de tu ubicación en Estados

Unidos, has estado… apartado del espionaje internacional. Se te ha estado reservando una misión… especial que, según parece, va a ser esta de los cohetes. Desde luego, no vamos a… «quemarte» en esto, si es posible. Tendremos que hacer las cosas de manera que puedas regresar a Washington, a fin de que continúes siéndonos útil. Todo se pensará bien, se calculará al segundo, se tendrá en cuenta cualquier factor, por pequeño que sea…

—Estás hablando como si temieras el fracaso, Maximo; y no habrá tal fracaso. Todo saldrá bien.

—Ojalá. Lo que quería decirte es que durante años, exactamente desde tus dieciocho, has estado completamente aislado de nosotros. Ahora, yo tengo cuarenta y tres. Quince más que tú. Es… una buena edad para ver las cosas de un modo objetivo, frío. Mi… experiencia me ha enseñado ya que, salvo excepciones muy escasas, todos los espías somos más o menos iguales. En la MVD hemos tenido algunos muy buenos… Algunos de ellos, se enfrentaron a la agente Baby de la CIA. Y ninguno de ellos volvió.

—Pura suerte.

—Es posible —sonrió Maximo Zorian, subjefe de la MVD en Moscú, y destinado a Istanbul para el asunto de los cohetes norteamericanos—. Sí, es posible, ciertamente. Pero ninguno de ellos volvió. En cambio, agentes a los que dábamos por perdidos, regresaron al cabo de algunos meses. Y ahora, voy a darte una sorpresa: ¿sabes quién hizo posible que ellos volvieran?

—¿Baby?

—¡Exacto! Mijail, tienes que escucharme con mucha atención… Esa mujer no es… normal. ¡Ya sé, ya sé lo que podrías contarme respecto a lo sucedido esta noche…! Pero no me refiero a eso. Ella tiene… una mentalidad fuera de lo corriente. Y esto te va a asombrar aún más: ella no es de la CIA.

—¡Qué…!

—Calma, calma… Espera. Ella, desde luego, trabaja para la CIA. Sin embargo, sabemos que ha perdonado la vida a algunos de nuestros agentes. A varios. Y a agentes de otras nacionalidades: chinos, franceses, británicos, espías particulares… En la MVD la agente Baby ha sido definida de un modo… especial. Trabaja para la CIA americana porque, además de ser el servicio secreto de su patria, es el servicio secreto que más se adapta a su modo de

pensar. Sin embargo, si la CIA fuese a hacer algo contra Rusia y que, al mismo tiempo, perjudicase al mundo entero, la agente Baby trabajaría contra la CIA y a favor de Rusia… ¿Lo entiendes?

—Sí —gruñó Posinof—. Y me parece una tontería. Ella es una agente americana, y eso es todo.

Maximo Zorian estuvo unos segundos pensativo, acariciándose la recia barbilla cuadrada, muy azul por el tono de su espesa barba, que jamás parecía recién afeitada.

—Mijail, nosotros respetamos a esa mujer… Oh, sí, desde luego, la mataremos a la menor oportunidad, pero… la respetamos. No es una espía de esas a las que se mata… vulgarmente, sin darle importancia. Ah, no, no, Mijail… Nada de eso. Fíjate en una cosa: de todos los agentes rusos que regresaron tras darlos por perdidos, de todos aquellos que salvaron la vida «milagrosamente», no hay uno solo que recuerde el rostro de Baby para dictarlo a nuestros dibujantes…

—¡Imposible! Si la vieron, tienen que recordar su rostro… Yo mismo lo recuerdo perfectamente…

—Todos lo recuerdan —dijo secamente Zorian—. Pero ninguno, pese a ser agentes rusos y ser ella espía americana, ha podido… «dictarlo».

—Eso es una traición que…

—No. No es traición. Ellos… están agradecidos a Baby. La vida es una cosa muy hermosa, Mijail. Y ellos la tienen, la conservan, gracias a Baby.

—Yo no…

Iba a decir que no le debía la vida a Baby. Y, de pronto, como en un sueño tenebroso, vio la hermosa mano de la espía retirando una pequeña aguja de su chaqueta. Una aguja venenosa, que con un solo y pequeño pinchazo habría puesto punto final a su vida de espía.

—¿Qué ibas a decir? —sonrió Zorian.

—Nada… ¡Nada!

—Bien. No quiero extenderme demasiado sobre esa mujer… Solo insisto en que ella no es normal. Su cerebro es… como… como una… una extraordinaria computadora electrónica. Sabe…

—¡Estás sacando las cosas de quicio! —casi gritó Mijail.

—¡Estoy diciendo una verdad que hace años fue comprobada meticulosamente por la MVD! —enrojeció furiosamente Maximo

Zorian.

—Lo siento… —musitó Posinof—. Lo siento, Maximo. Pero yo no creo en esas… personalidades superiores.

—No importa lo que tú creas, Mijail Posinof. Piensa siempre, en todo momento, que la agente Baby tiene un cerebro rápido como el rayo, una acción destructora como un tifón, una astucia sin parangón en la historia del espionaje. No nos engañemos: si durante más de cinco años ella ha escapado a todo, ha triunfado en todo momento, no es casualidad.

—Muy bien. Supongamos que admito todo esto… ¿Adónde quieres ir a parar exactamente?

—A dos puntos. Uno: no te fíes de ella jamás, en ningún momento, porque si sabe perdonar también sabe matar… ¡No me preguntes cómo lo hace! Mata cuando es conveniente matar, y eso es todo. Jamás ha fallado. Recuerdo… Sí, recuerdo cierto caso que hace poco menos de un año nos llevó de cabeza a todos. Sabíamos que una agente americana estaba llevando cierto microfilme nada menos que a Domodedovo, el aeropuerto de Moscú… ¡En el mismo corazón de Rusia! Por motivos largos de explicar ahora, no interesaba que ese microfilme llegase… oficialmente a nuestras manos. Pues bien: durante el recorrido en tren por toda Europa, esa agente fue asediada por no menos de diez de nuestros hombres. El resultado… Sí… El resultado final fue que esa mujer llegó a Moscú, entregó el microfilme, y se fue. Mientras tanto, por toda Europa, se fueron encontrando cadáveres de nuestros agentes.

—¡Fantasías!

Maximo Zorian movió pesarosamente la cabeza. No insistió.

—Punto dos: por encima de todo, en esta ocasión, nuestro objetivo es solamente uno. Uno exclusivo y solitario: apoderarnos de esos cohetes americanos. Solo eso, Mijail. No importa lo que tú pienses de Baby, lo que hagas con ella, lo que decidas de un modo… personal… Pero no falles. ¿Me comprendes?

—No fallaré.

—Lo deseo de todo corazón. Los rusos estamos… necesitando un triunfo mundial. Algo que convenza a nuestros enemigos, que calme a los afiliados que empiezan a murmurar su descontento. Necesitamos ese triunfo, Mijail. Con toda urgencia.

—Os entregaré los cohetes. Y a Baby.

Maximo Zorian soltó una risita mal contenida, socarrona. Parecía… divertido. Sí: divertido.

—¿Cómo harás eso?

—De momento, si no tienes una cosa mejor que hacer —dijo con sorna—, puedes fotografiarla.

—Lo haré cuando nos reunamos en la barcaza. Eso ya será un buen paso para cortarle, por lo menos, el camino de vuelta a Estados Unidos, ¿no?

—La idea no es mala —recapacitó Zorian—. No, no es mala, Mijail.

—Pero recordad que no podéis matarla, hasta que ella me haya confiado el lugar donde están los cohetes.

—Recordamos eso muy bien. Mmm… ¿Sabes que has tenido una gran idea? Veamos si es cierto que podemos conseguir una fotografía aunque sea lejana.

—Solo tienes que seguirme hasta el puente de Gálata. Allá está la barcaza *Bósforo*, y ahí tiene ella su cuartel general en Istanbul. La verás, porque tendrá que abandonar la barcaza en un momento u otro… No será difícil conseguir esa fotografía.

Zorian mostró una mueca de escepticismo.

—Hum.

—¿Qué quieres decir con eso? —masculló Mijail.

—Nada. Solamente he dicho «hum». Sal del hotel dentro de veinte minutos. Estaré listo para seguirte. Y tú, no te confíes.

—Ella me dio pruebas muy claras de que no desconfía de mí.

Maximo Zorian se quedó mirando como apenado al apuesto Mijail Posinof. Pareció que fuese a decir algo, pero, por fin, tras encogerse de hombros, se dirigió hacia la puerta, como fatigado.

—Insisto en lo mismo, Mijail: todo lo que nos interesa en esta ocasión son los cohetes.

—Tendréis los cohetes y a esa mujer. Todo.

—No pedimos tanto. *Dosvidaña, tovarich*.

* * *

Delante mismo de la mezquita del Sultán Ahmed hay una gran explanada, en la cual, en ocasiones, se cargan y descargan carneros. La mezquita se ve al fondo, con su redonda cúpula, sus seis

minaretes puntiagudos, con tres miradores cada uno. Es una preciosa vista, exótica para un occidental. Pero para un turco, Istanbul es la visión de cada día. Nada hay que le asombre en Istanbul. Y ante la mezquita famosa del Sultán Ahmed, es capaz de dedicarse a tirar migas de pan a las palomas. Diríase que un turco dedicado a este menester ni siquiera presta atención a una mujer hermosa que se acerque y se coloque a su lado, mirando con mucha más curiosidad a él que a las palomas.

También puede parecer sordo el turco. Eso pensaría cualquiera que lo viese de lejos, al menos, ya que ni una sola vez miró a la joven occidental sonriente.

—Ya lo llamé, Yunuz.

—Bien. Él irá pronto a la barcaza. Y es de suponer que irá también alguno de los suyos… ¿No temes que te maten, *efendim*?

—No pueden hacerlo todavía: soy la única persona que conoce el escondite de esos tres cohetes.

—Mahoma te proteja… Yo no estaría tan seguro.

—Bueno… —casi rio Brigitte—. Lo cierto es que si estoy tan segura de que nada va a ocurrirme es porque no pienso acudir a la cita. Solamente quiero que Mijail Posinof, nuestro gran traidor, me deje libre el campo en su *suite*.

—Ah… Está bien. ¿Cuándo nos veremos?

—Te buscaré después de la oración de la tarde. Imagino que no querrás faltar a ella.

—¡Mahoma se compadezca de mí! ¿Vas a pedirme eso, *efendim*?

—No… —rio Brigitte—. Por el momento, haz tu vida normal. Ya nos veremos.

Yunuz Rumi lanzó un profundo suspiro.

—Otra cosa, *efendim* —musitó luego—. Tú tenías razón: hay más de una docena de pesqueros rusos rondando la costa norte de Turquía, en el mar Negro Parecen… indecisos. Seis de ellos navegan por aguas de cabo Kerempe, y otros seis más cerca de Istanbul, por punta Sakarya… Para un buen observador, esos pesqueros, más que dedicarse a su trabajo, están patrullando las aguas sureñas del mar Negro.

—¡Magnífico!

—Celebro que lo tomes así, *efendim*.

—¿No te das cuenta? ¡Eso quiere decir que todo va bien! ¡Ya

tenemos a nuestros «colaboradores» dispuestos a ayudarnos! Esa es una magnífica noticia, Yunuz, de veras.

—Solo son pesqueros.

Brigitte rio quedamente.

—Claro… Claro, Yunuz: solo son pesqueros. Ya nos veremos más tarde. Salud para tus hijos.

—Y para los tuyos, *efendim*.

Brigitte se alejó, conteniendo los deseos de reír. Todavía no tenía los cuatro hijos que le había pronosticado la bruja Mabanga[4].

Paró un taxi poco más allá, y se hizo llevar cerca del hotel Bajá.

* * *

Entrar en una *suite* ajena jamás había sido problema para la espía internacional. Y mucho menos deslizarse por el vestíbulo y escalera de un hotel con toda rapidez, sin dar tiempo a nadie para que tuviese tiempo ni tan siquiera de ver el color de sus ojos.

Así, media hora más tarde de la conversación sostenida con Yunuz Rumi, la agente Baby entraba tranquilamente en la *suite* que Mijail Posinof ocupaba en el hotel Bajá. Cerró la puerta tras ella, dejó caer la pequeña ganzúa en el maravilloso escote, y se quedó contemplando con desagrado el espacioso habitáculo. Tenía mucho trabajo por delante, pero había que hacerlo sin remedio.

Y para acabar una cosa, lo mejor es empezarla cuanto antes.

Una hora más tarde, se plantaba en el centro del saloncito de entrada a la *suite*, entre fatigada y furiosa consiga misma: no había encontrado nada, y eso no tenía la menor lógica. Allá, en aquella *suite*, tenía que haber, por lo menos, un micrófono. Inevitablemente, tenía que haberlo, ya que de otro modo Mijail Posinof no habría podido jamás justificar quizás un fallo que cometiese más adelante.

En cambio, si más adelante se encontraba un micrófono en la *suite*, toda su actuación quedaría justificada precisamente por aquel micrófono. Conociendo ya todos la traición de Maulana Al-Din, era natural que este hubiese notificado a la MVD la presencia de un «agente americano» en el hotel Bajá, y que el espionaje ruso se hubiese ocupado de vigilarlo por medio de micrófonos. Así si más adelante los rusos demostraban saber demasiadas cosas, Posinof

justificaría su postura con el micrófono: los rusos, simplemente, se habían enterado de todo gracias al micrófono colocado por las confidencias traidoras de Maulana Al-Din, y el «fracaso» de Mijail Posinof quedaría justificado a los ojos de la CIA.

Por tanto, tenía que haber un micrófono allí dentro. Pero quizá no fuese a baterías. Entonces, tenía que ser de los antiguos, con cordón conductor. Examinó el teléfono, buscó hilos por todos los rincones… Y nada. Mas como la agente Baby no estaba dispuesta a ceder, a dejarse convencer, continuó buscando, sin desmayo.

Casi a la hora y media de estar allí, tras haber examinado nuevamente los conductos telefónicos y de nuevo el aparato, se quedó mirando los hilos eléctricos… Diez minutos más tarde, tenía el pequeño micrófono en su mano.

El micrófono, una maravilla de miniaturismo, estaba colocado en la pequeña perilla que pendía al extremo del cordón que colgaba de una lámpara de pie. Una de esas lámparas que se enciende y se apaga tirando de la cadenita o cordón. Cordón, en este caso. Un grueso cordón de plástico, dentro del cual estaba el hilo del micrófono, que seguía hasta el portalámparas, se introducía en este, seguía por el tubo metálico que lo sostenía, y aparecía en el suelo, siempre metido en el otro cordón de la conducción eléctrica normal. De allí, iba a la pared, al enchufe. Allí se separaba del hilo eléctrico de la lámpara, y se introducía por un lado de la placa aislante. Un examen concienzudo permitió a Brigitte ver la fina ranura que luego seguía por la pared, paralela al suelo; el hilo del micrófono estaba cubierto por una materia plástica de color idéntico a la pared… Y así, hasta el rincón del saloncito. Luego, subía por la esquina, siempre bien oculto por la materia plástica que parecía talmente la pintura de aquellas paredes. Finalmente, desaparecía en el techo.

Brigitte salió de aquella *suite* y subió al piso inmediato. Sin vacilar un segundo entró en la *suite* de encima a la de Posinof. El ocupante de dicha *suite* no debía de estar allí, sino ocupado en cosas más importantes. A fin de cuentas, no estando Posinof en su *suite*, nada podía hablar con nadie, de modo que el otro estaría aprovechando el tiempo de otro modo.

Guardó la ganzúa, tras cerrar silenciosamente la puerta, y fue al mismo rincón donde, en el saloncito de Mijail Posinof, el hilo se perdía en el techo. Aparecía allí, por un diminuto agujero

practicado seguramente por una barrena eléctrica especial, silenciosa. También estaba todo su recorrido recubierto por aquel material plástico. Finalmente, entraba en el armario del dormitorio, por detrás, y quedaba suelto, mostrando en el extremo una pequeña clavija de conexión.

En menos de cinco minutos, Brigitte tenía ante ella, en el doble fondo de aquella maleta, el pequeño aparato receptor-grabador, en el cual encajaba perfectamente la pequeña clavija.

Tras examinarlo un par de minutos, se incorporó, se quedó mirando el dormitorio, pensando que después de todo aquel tiempo invertido ya no importaría perder otros cinco minutos. Y así, encontró en la mesita de noche el pasaporte turco a nombre de Ismet Veled. Allá estaba su fotografía. Debía de tener cuarenta y tantos años, rostro cuadrado, ojos penetrantes, barba muy recia. Con la diminuta cámara, contenida en su encendedor adornado con brillantitos, Baby tomó una fotografía de Ismet Veled, y luego lo dejó todo en su sitio. Cuando llegó al pequeño receptor-grabador, se quedó mirándolo, sonriendo como divertida…

* * *

Mijail Posinof sacó precipitadamente la radio que estaba sonando en su bolsillo y admitió la llamada.

—¿Sí? —casi gritó.

—¿Estás bien, Mijail? —oyó la voz de Brigitte.

—Mmm… Sí, desde luego… ¿Qué ocurre? Estás tardando mucho… Llevo más de dos horas esperándote en la barcaza.

—Lo lamento. Me ha sido imposible acudir. Y ya no iré ahí. Regresa al hotel, y ya recibirás instrucciones.

—Pero… ¿no vas a venir aquí?

—Ya no. ¿Te disgusta por algo… especial?

El tono de la pregunta era dulce, intencionado. Y Mijail Posinof comprendió lo que la espía estaba esperando oírle decir. De modo que lo dijo:

—Bueno… Había tenido la esperanza de poder verte otra vez aquí, a solas… Tú me entiendes.

—Te entiendo —musitó cálidamente Baby—. Pero no podemos comprometer el buen resultado de nuestra misión por…

satisfacciones personales, Mijail. Ya nos veremos con toda la frecuencia que quieras una vez estemos de regreso en Estados Unidos.

—Está bien. Desde luego, es lo razonable, lo comprendo. ¿Qué hago ahora?

—Nada. Ve al hotel, almuerza… Vida normal, de paseante que se está enterando de las diversas religiones en Istanbul. A partir de las siete de la tarde, procura estar solo y atento a mi llamada por este mismo conducto. Esto es todo por ahora.

—Bien, pero…

—No puedo seguir. Hasta luego.

Mijail Posinof se quedó mirando hoscamente la radio. La guardó rabiosamente y salió de la barcaza. Cuando estuvo en la parte superior del puente de Gálata, vio a Maximo Zorian, el subjefe de la MVD que en Istanbul se hacía llamar Ismet Veled. Estaba apoyado en la barandilla, como contemplando el paso de los remolcadores y demás embarcaciones. Hubo una sonrisa irónica, mordaz, en los labios de Maximo Zorian cuando Mijail Posinof pasó junto a él, sin mirarlo, fruncido el ceño.

Desde luego, Zorian no se asombró demasiado de aquel pequeño fracaso. A fin de cuentas, hacía ya años que la MVD sabía que la agente americana Baby era desesperantemente escurridiza.

Otra vez sería.

Capítulo VII

La llamada por la radio de bolsillo se produjo antes de lo previsto, cuando Mijail Posinof se estaba preguntando hasta qué punto le convenía salir de su *suite* para dar un paseo. El clásico zumbido monótono le sobresaltó, porque ni mucho menos lo esperaba a las cinco y media de la tarde.

—¿Sí? —musitó.

—Mijail, la cosa está en marcha. ¿Puedes comunicarte sin problema o hay peligro de que nos escuchen…?

—No, no… Estoy en mi *suite*. Te escucho.

—Magnífico. Tienes que salir del hotel ahora mismo, y me esperarás en la plaza del Minarete de Omar, en su punta norte… ¿Sabes dónde está?

—Lo sabré. ¿Qué tengo que hacer exactamente?

—Nada. Solamente esperarme, tarde lo que tarde.

—Esta mañana me citaste en la barcaza y…

—Así son las cosas, y hay que aceptarlas como vienen. Esta tarde espero acudir, pero, de todos modos, si no acudo será porque eso no me parecería conveniente para la buena marcha de la operación. Creo que la iniciaremos esta misma noche.

—¿Iremos esta misma noche al lugar donde están los cohetes?

—Así es. Ve a la plaza del Minarete de Omar, y espérame el tiempo que haga falta… Y ten cuidado, querido.

—Sí… No te preocupes. Salgo inmediatamente para allá.

—Bien. Hasta luego, amor.

—Hasta luego…

Mijail cerró la radio, sonriendo duramente. En cierto modo había sido una gran suerte que Maulana Al-Din hubiese sido… ejecutado. Eso significaba que cualquier traición que surgiese durante la misión de recuperación de los cohetes se le podría achacar a él, ya que sería imposible saber hasta dónde había llegado

su traición… Y él no estaría vivo para explicarlo. Mijail Posinof, con la muerte de Maulana Al-Din, tenía muy bien guardadas las espaldas.

Fue al saloncito de la *suite*, y se sentó de modo que la pequeña perilla de la lámpara de pie quedó cerca de él.

—¿No has oído, Maximo? —preguntó—. Si es así, y si estás escuchándome ahora, da un golpe en el piso, con un pie.

El golpe se produjo inmediatamente, en el techo, sobre Mijail Posinof, el cual continuó hablando:

—Ella me ha llamado. Tenemos que reunirnos, para iniciar los preparativos. Dice que es posible que todo empiece esta noche, de modo que sería conveniente que llamases por radio a los pesqueros, para que estén preparados. Ve al lugar secreto donde tenemos la radio, y comunícalo… Luego, regresa al hotel, porque en cualquier momento puedo saber el lugar exacto donde están los cohetes, y te lo comunicaría aquí, ya fuese por medio del teléfono, una nota, por medio de este micrófono… Como pueda, lo haré inmediatamente. Y puesto que no hay teléfono en aquel sótano de la radio, ni conviene que yo lleve otra radio que la que me ha proporcionado Nadezda Sverekova, esto es, Baby, no tendrás más remedio que esperar aquí mi próxima llamada para indicarte el lugar exacto. Mientras tanto, convendría que fueses a la radio, para dar la noticia a los pesqueros de que se agrupen y se acerquen cuanto puedan a Istanbul, a toda velocidad. Esto es todo por ahora. Si me has entendido, da dos golpes con el pie. Eso querrá decir que estás de acuerdo.

Arriba se oyeron dos golpes. Mijail Posinof sonrió, se guardó la radio y salió de la *suite*. Poco después, abandonaba el hotel, hacia la plaza del Minarete de Omar.

Apenas cinco minutos más tarde salía Maximo Zorian, que fue hacia un coche, entró en él y lo puso en marcha inmediatamente, alejándose a buena velocidad.

Veinte minutos más tarde, tras haber dejado el auto en una pequeña plaza despejada en la que convergían siete u ocho callejas atestadas de tenderetes de mercaderes turcos y árabes, caminaba por una de aquellas, dejando muy pronto atrás el aullante mundo de los vendedores, sin prestar la menor atención al colorido de aquella escena, tan pintoresca.

Y poco después de haber dejado atrás todo esto, Maximo Zorian

se detenía ante una puerta y llamaba fuertemente con los nudillos. Primero, dos veces; luego, otras dos; finalmente, tres.

Casi enseguida la puerta se abrió, y un hombre de aspecto rudo, vestido a la europea, se lo quedó mirando fijamente, en silencio.

—Todo bien, Molov —dijo Zorian—. Tengo que enviar un mensaje por la radio ahora mismo.

Molov se apartó. Cerró la puerta cuando Zorian hubo entrado, y luego le precedió por estrechos pasillos a los que daban habitaciones situadas a diferente nivel. Por fin, desembocaron en una estancia grande y limpia…, y se encontraron ante otros dos hombres, que tenían las pistolas en la mano, pero que se apresuraron a guardarlas cuando reconocieron a Maximo Zorian.

—Tengo que llamar, Firian —dijo Maximo—. Comunícame a toda prisa con el pesquero comandante.

—Bien.

Fue cuestión de segundos conseguir la comunicación, con aquella potente radio instalada en el sótano. Firian se levantó de la carcomida caja de madera, cediendo su puesto a Zorian, que empezó a hablar incluso antes de sentarse:

—Está hablando Maximo. Verifiquen audición clara. Cambio.

—Verificado. Oímos perfectamente, camarada Maximo. Cambio.

—Yo también os oigo a vosotros. Atended bien: nuestro hombre ha ido ahora en busca de la agente Baby de la CIA, que, al parecer, es la que dirige la operación americana. Dicha operación se iniciará, probablemente, esta misma noche. La intención americana, como ya sabemos, es desguazar esos proyectiles, para luego ir llevándose las piezas con más comodidad, discretamente. Nosotros no podemos permitir ese desguace, de modo que tenemos que actuar antes de que hayan tocado tan siquiera esos proyectiles. Por tanto, todos los pesqueros asignados a este trabajo pondrán ahora mismo rumbo a Istanbul, a toda máquina, y permanecerán a la expectativa de nuevas órdenes. Quiero saber si hasta aquí todo está entendido. Cambio.

—Todo entendido. ¿Qué más? Cambio.

—Nuestro hombre asegura que en cualquier momento puede saber el lugar exacto donde están escondidos los proyectiles americanos, así que tengo que volver inmediatamente al hotel, pues de un modo u otro allá se comunicará él conmigo. En cuanto tenga

la noticia, volveré a esta radio, indicaré el lugar exacto de ese escondrijo de proyectiles, y a partir de ese momento la acción deberá realizarse inmediatamente y sin vacilaciones de ninguna clase. Esos proyectiles tienen que recorrer el mar Negro hacia el norte. Los queremos… Y los tenemos poco menos que en las manos. ¿Hay alguna duda? Cambio.

—Ninguna duda, camarada. Una vez en conocimiento del escondrijo procederemos de acuerdo al plan previsto, ya sea para tierra o mar. En cualquier caso, podemos ya considerar en Rusia esos proyectiles… ¿Alguna instrucción más? Cambio.

—Ninguna. Cambio y fuera. —Dejó la radio, se puso en pie y se quedó mirando pensativamente el suelo, fruncido el ceño—. Está saliendo todo demasiado bien… —musitó—. Pero, ciertamente, un grupo tiene que ganar, y otro tiene que perder. ¿Por qué no hemos de ganar nosotros?

—Y perder los americanos —sonrió Stenko—. No es ninguna cosa sobrenatural, camarada Zorian.

—Claro… Permaneced vigilantes, y no descuidéis la radio ni un segundo. ¿Y Sivanov y Gakian?

—Amarrada su lancha en el punto convenido del Cuerno de Oro. Se limitan a esperar, por si los necesitamos. Podemos ponernos en contacto con ellos cuando queramos, por medio de las radios pequeñas…

—No, no. Es innecesario, Stenko.

—¿También es innecesario que tú lleves una?

—No quiero arriesgarme a ningún contratiempo. Al fin y al cabo, yo estoy trabajando en la sombra, no intervengo directamente. Pero cualquier descuido lo echaría todo a perder. Si tengo que deciros algo más, aparte de la situación de los cohetes, vendré personalmente. Es un método… viejo, pero el espionaje también se practicaba así. Otra cosa que tampoco me gusta mucho, es el micrófono instalado en la *suite* de nuestro hombre con su propia ayuda. Creo que lo quitaré en cuanto me haya pasado la última información. Bien… Hasta luego. Esperemos que sepamos pronto dónde están los cohetes americanos.

—Eso será un golpe muy duro para ellos —sonrió Firian.

—Sí… Muy duro. Ya se lo estaban mereciendo hace tiempo… Adiós.

* * *

Media hora más tarde, Maximo Zorian estaba de vuelta en su *suite*. Miró impaciente el pequeño receptor-grabador, a pesar de saber que no era posible que Mijail Posinof se pusiera en contacto con él en una hora que hacía que había salido del hotel… ¿O quizás había llamado antes, por cualquier medio…?

El timbrazo del teléfono le hizo respingar, y el cigarrillo que estaba encendiendo casi escapó de sus manos. Estaba demasiado nervioso, y eso no era propio de su edad, ni de su veteranía. Claro que tan solo de pensar en el golpe que le iban a asestar a los americanos había motivos más que suficientes para temblar de emoción…

—¿Diga? —preguntó, en turco.

—No entiendo turco, señor —dijo una voz de hombre—. Pero le puedo pasar el recado en ruso: dé la vuelta al estuche de su grabadora-receptora y escuche lo que hay grabado en la otra cara de la cinta.

—¿Quién es…?

Clic.

La comunicación se había cortado.

Zorian se quedó mirando el auricular, incrédulamente. Y un poco sobresaltado…, casi asustado, en realidad. ¿Qué era todo aquello de darle la vuelta a…?

Se acercó al pequeño aparato receptor-grabador, conectado al micrófono instalado en la *suite* de Mijail Posinof. ¿Quién había llamado, hablándole en ruso… y qué querían decir con que escuchase la grabación de la otra cara de la cinta?

Sacó el estuche, puso en reproducción la otra parte de la pequeña cinta, y accionó el botoncito que ponía en marcha la grabadora… Inmediatamente, se dejó oír una voz de mujer, en ruso, exponiendo los hechos de tal modo que la sangre de Maximo Zorian se heló en sus venas, tanto de miedo inesperado como de desencanto.

Esto dijo la voz femenina, en impecable ruso:

«—Ismet Veled, *efendi*: le está hablando la agente norteamericana de espionaje Baby. Por supuesto, esta grabación demuestra que he localizado el micrófono en la *suite* de Mijail

Posinof, del cual, la CIA está perfectamente enterada de que es un traidor. Como consecuencia de este conocimiento americano, Mijail Posinof será ejecutado a su debido tiempo. Mientras tanto, les sugiero que no pierdan más su tiempo preparando una acción que, en definitiva, ha sido calculada por nosotros, y, por tanto, nosotros seremos quienes sacaremos partido de ella. Si conserva un poco de prudencia, y además utiliza su inteligencia, su próximo paso será para comenzar el regreso a Moscú. Un saludo de la agente americana Baby».

Maximo Zorian quedó coma si le hubiese caído un peñasco encima: aplastado, derrotado, aniquilado… ¡Tantos años preparando al muchacho, tanta paciencia, tanta confianza en el plan que otras veces había dado buenos resultados…! Y los cohetes… ¡Los cohetes!

Las mandíbulas del ruso se crisparon de pronto, con sonoro chocar de los fuertes dientes. ¿Pensaban los americanos que ya estaba todo decidido? ¿Creían que él se iba a dar por vencido, y se iba a volver a Moscú con las manos vacías, solamente porque una mujer le pasaba aquel mensaje?

Pero, realmente… ¿qué podía hacer? La única probabilidad que tenía de saber con tiempo el lugar donde estaban los cohetes, era el aviso de Mijail Posinof. Y ese aviso no se produciría… Quizá Mijail Posinof estuviese muerto ya… Sí. Quizá ya había sido ejecutado por los hombres de la CIA, o por la misma Baby. En cuyo caso, él ya no tenía que esperar su llamada. Ni podía alimentar esperanza alguna respecto a saber el escondrijo de los cohetes dirigidos americanos.

A menos… Sí, a menos que alguno de los hombres reclutados por Maulana Al-Din, y colocados en el grupo de desguace, tuviera ocasión de decírselo. Pero… ¿cómo? A él ni siquiera le conocían…

Se mesó los cabellos, lentamente, notando una ira sorda que se convirtió, de pronto, en un gesto violento, de odio hacia aquella maldita agente Baby que, una vez más, ganaba la partida. Aunque… ¿quizá ella volvería a aparecer, en un momento u otro, por la barcaza *Bósforo*, amarrada en el puente de Gálata?

¿Por qué no? Muy bien. No podría hacer otra cosa, pero sí sería el hombre que consiguió eliminar a la agente Baby.

Sacó todas sus cosas del armario, y las fue metiendo a puñados en la maleta, incluido el aparato receptor-grabador. Allá estaba la

voz de la agente Baby. Quizás, en alguna ocasión, conocer aquella voz sería de utilidad a la MVD.

Lo último que recogió fue la pistola. Aseguró bien el silenciador, y se la metió en un bolsillo interior. Sabía muy bien lo que tenía que hacer: marcharse del hotel, llevar su equipaje a la lancha donde esperaban Gakian y Sivanov, y dedicar toda su estancia restante en Istanbul, a vigilar la barcaza *Bósforo*. La agente Baby no podría evitar el choque con él.

Echó un vistazo en torno, cogió la maleta, salió del dormitorio, cruzó el saloncito, abrió la puerta que daba al pasillo…

—¿Señor Veled? ¿Ismet Veled?

Lo preguntó una sonriente mujer rubia… Europea, claro. Sus ojos eran negros. Llevaba una falda de fino otomán, una blusa azul oscuro… y una pistola en la mano. Pero aquello casi no importó a Maximo Zorian. Lo que le dejó congelado fue la voz. ¡Aquella voz…!

—Por supuesto que es usted el señor Veled —continuó sonriendo la rubia—. Tuve ocasión de ver su fotografía en el falso pasaporte turco que usted tuvo la… astucia de dejar bien a la vista en su dormitorio… Por favor, entremos. Retroceda… o yo le obligaré a hacerlo.

Maximo Zorian retrocedió, como un autómata. Ella entró, cerró la puerta, y mostró entonces el maletín que llevaba en la mano izquierda.

—Agente Baby —se presentó—. Pero no se alegre de conocerme, señor Veled. Tenga la bondad de dejar su maleta en el suelo y retroceder media docena de pasos más. Comprenda que no puedo dejarle marchar con una grabación de mi voz. Eso podría ocasionarme un disgusto cualquier día… ¿No es cierto? ¿Se ha quedado mudo, señor Veled?

Zorian retrocedió, todavía sin pronunciar palabra.

¿Qué podía decir?

La espía se arrodilló junto a la maleta y la abrió, sin dejar de mirar a Zorian. Metió la mano, y estuvo tanteando hasta notar la receptora-grabadora. La sacó.

—Imagino que no tiene usted encima ninguna otra cosa interesante. Sería… excesivamente comprometido, estando en este mismo hotel, vigilando a Mijail Posinof. Por cierto, mientras él me

está esperando, yo me he molestado, junto con unos amigos recién llegados a Istanbul, en seguirle a usted, señor Veled. ¿Es en aquella calleja donde tienen la radio que comunica con los pesqueros?

Maximo Zorian enrojeció violentamente. ¿Era posible aquello? ¿Era cierto que aquella hermosa muchacha se estaba burlando de él, de Mijail Posinaf, de todos cuantos agentes soviéticos intervenían en aquella operación?

—Todavía no ha ganado la partida —musitó, siguiendo el hilo de sus pensamientos.

—Todavía no, es cierto. Pero eso tardará poco… Muy poco. Apenas sus pesqueros se hayan apoderado de los tres proyectiles, la partida estará decidida.

—¿Nuestros pesqueros conseguirán eso? —se pasmó de veras Maximo Zarian.

—Por supuesto. La labor de desguace sería en exceso laboriosa y pesada, señor Veled.

Ahora, Maximo Zorian enrojeció aún más violentamente que antes, al comprender, de golpe, la gran magnitud de toda la jugada organizada por la CIA, y representada por la agente Baby. Fue un acceso tal de ira, de furor, que perdió por completo la ecuanimidad, la serenidad…

Lanzó un grito ahogado de rabia, saltó a un lado, sacando la pistola…

Plop. Plop. Plop.

Recibió los tres balazos en el pecho, en intervalos cronométricos de medio segundo, y fue girando hasta caer de bruces, soltando la pistola. El mundo pareció oscurecerse de pronto, y un frío terrible se apoderó de su cuerpo. Un frío tremendo, especial, como jamás, ni en la peor época de Siberia, lo había notado su cuerpo… Como en un sueño negro y morado, vio a la rubia, todavía acuclillada junto a la maleta.

Le miraba a él, pero se estaba quitando la peluca rubia y… y unos lentes de contacto. Se quitó también la falda de otomán y quedó con otra más estrecha, negra. Luego, la vio acercarse a él, magníficas sus piernas… Parecía que estuviesen ambos en la cubierta de un barquichuelo atrapado por una feroz tormenta. Todo se balanceaba, y cada vez el negro era más negro, y el morado más oscuro…

Ella se había arrodillado a su lado, y le dio la vuelta, dejándole cara al techo. Supo que la agente Baby estaba examinando sus heridas. Tenía la pistola en la mano, y Zorian supo con toda certeza que si sus heridas no eran mortales ella lo iba a rematar. Pero sí debían de ser mortales, porque la pistola desapareció.

Entonces, oyó la voz de la espía, siempre en ruso:

—Lo lamento, camarada espía… Pero para que yo consiga lo que quiero, usted tenía que morir. Lo comprende, ¿no es cierto?

Maximo Zorian movió apenas los párpados. Sí. Lo comprendía muy bien. En realidad, no podía censurar a Baby. Los dos sabían muy bien lo que se estaba jugando en aquella partida. Sí… Lo entendía perfectamente.

—Gracias —oyó de nuevo la voz de ella—. Créame que de veras lo lamento. Adiós, camarada espía.

Capítulo VIII

El almuédano estaba en lo alto del Minarete de Omar, lanzando sus rezos con voz potente, mientras los fieles mahometanos permanecían postrados de hinojos, orientados hacia La Meca. El cántico religioso sonaba claramente en la tranquilidad del momento. Nada hay más sagrado para el mahometamo que la oración de la tarde, el canto de gracias y penitencias a Alá.

En la punta norte de la plaza, Mijail Posinof miraba casi irritado la figura del anciano almuédano, que se veía diminuta en lo alto del minarete. Parecía que Istanbul se había detenido en su poderoso latir de gran ciudad… Los brazos del anciano almuédano se agitaban, y su voz se oía más y más clara…

Mijail Posirof consultó su reloj una vez más, y de nuevo frunció el ceño. Aquella muchacha parecía decidida a jugar con él llevándolo de un lado a otro de Istanbul…, y ella sin presentarse…

El nombre de Alá, proferido sonoramente por más de tres mil gargantas, sobresaltó al traidor a la CIA, que se había olvidado del momento y del lugar… Pero, afortunadamente, ya todo había pasado. La gente se estaba incorporando… El almuédano había callado, por fin, y ya no se veía en el minarete… La gente comenzó a desfilar… Se oían voces de llamada, gritos… Un montón de niños morenos pasó rozando al malhumorado Posinof.

Y un hombre le tiró de una manga, inesperadamente.

—Por aquí, *efendi.*

—¿Quién es usted? —se desasió bruscamente.

—Un amigo de ella —sonrió el turco con cara de gitano—. Un buen amigo de Nadezda Sverekova, *efendi.*

—¿Y dónde está Nadezda?

—Esperándonos en un coche, cerca de aquí. Yo he venido a rezar… —sonrió maliciosamente— y a asegurarme de que nadie le

estaba vigilando. Sígame, por favor.

—De acuerdo.

La conversación se había desarrollado en turco con toda normalidad. Ambos lo hablaban perfectamente. Después de ella, el turco con aspecto de gitano pícaro se fue abriendo paso entre la multitud que se dispersaba lentamente, sin volver ni una sola vez la cabeza. Debía de estar muy seguro de que Mijail Posinof iba tras él, lo cual era bien cierto, desde luego. Uno tras otro, dejaron atrás la plaza del Minarete de Omar, y desembocaron pronto en la avenida Pascha Beyar. El turco, siempre sin volverse, se dirigió hacia un coche negro, cerrado, muy viejo ya. Simplemente, entró en él, sentándose ante el volante. Mijail Posinof se detuvo junto al vehículo, pero, cuando parecía dispuesto a preguntar algo, el rostro de Brigitte apareció brevemente en la ventanilla, sonriente.

—Entra, Mijail —dijo tan solo.

Segundos después, ya el coche en marcha, Posinof se hallaba sentado junto a la espía, que le miraba dulcemente.

—¿Y bien? —musitó—. ¿No te alegras de verme, Mijail?

El traidor sonrió levemente, antes de abrazar a la hermosa mujer, que se apresuró a ofrecerle sus labios. Los de Posinof se deslizaron luego por el cuello, la mórbida garganta, hacia el seno…

—Mijail… —suspiró ella—. Era… era suficiente con un beso… No más ahora, te lo… suplico…

Pero, diciendo esto, fue ella quien llevó su boca hasta la de él, besándole intensamente. Parecía que estaba dispuesta a todo, pero se separó de pronto, haciendo una muequecita deliciosa, que quería parecer una sonrisa.

—Tendremos tiempo más adelante —susurró—. Ahora, hay muchas cosas que hacer. Yunuz, ¿vamos hacia ese café, cerca del mar, en el viejo barrio?

—Sí, *efendim*.

—Muy bien.

—¿Qué café es ese? —preguntó Posinof.

—El Café Hassan, *efendi*. Es un buen sitio para reuniones privadas.

Posinof alzó las cejas, mirando a Brigitte.

—¿Con quién vamos a reunirnos allí?

—Con los hombres que Maulana Al-Din reclutó para el trabajo

de desguace. ¿No recuerdas? Te hablé de ello, querido…

—Sí, lo recuerdo. Es decir —endureció el gesto—, que vamos a meternos en la boca del lobo.

—En cierto modo. Ya te dije cuál es mi manera de pensar: hay que salvar a los que no sean traidores.

—¿Nos están esperando todos en ese café?

—Desde luego. Los leales, porque así se les ordenó. Los traidores, porque les conviene.

—¡Desde luego que les conviene! ¿Has pensado que alguno de ellos puede matarte, o fotografiarte, enviar tu fotografía a…?

—Está todo previsto, amor —rio ella, y le besó alegremente en la barbilla—. Y no temas. Nosotros…, tú y yo…, tenemos todavía… mucha vida por delante.

Parecía haber estado realizando esfuerzos por contenerse, pero, evidentemente, ya no pudo hacerlo más. Volvió a abrazarse a Posinof, ofreciéndole de nuevo los tiernos, frescos labios. Y casi enseguida, como disgustada consigo misma, se separó.

—Creo… que estoy un poco loca, Mijail —musitó—. Olvidémonos de esto de verdad, del todo, hasta que hayamos terminado el trabajo. Yunuz nos llevará a una vieja tienda que está detrás del Café Hassan, y él irá a buscar a esos hombres al café.

—¿Y cuando estén todos?

—Yunuz estuvo antes por el café. Los vio. Asegura que ahí no puede haber más de dos traidores, entre el total de nueve hombres que Al-Din estuvo reclutando. Debió de considerar que dos traidores serían suficientes.

—Muy bien. Son dos. Pero ¿cómo sabremos cuáles son?

—Yunuz y yo tenemos resuelto eso —sonrió Brigitte—. Tengo una mala noticia para ti, amor.

—¿Una mala noticia? —se envaró Posinof.

—Sí. —Brigitte llevó una mano atrás, y cuando reapareció sostenía la pequeña grabadora de Maximo Zorian—. Te estaban vigilando.

Mijail Posinof palideció intensamente al ver aquel aparato. Por suerte para él, pensó, el sol estaba ya en su ocaso, y en el interior del coche apenas se veía.

—No… No es posible…

—Lo es.

—Pero… ¿cómo tienes tú esto? ¿De dónde lo has sacado?

—¿Recuerdas que esta mañana no acudí a la cita en la barcaza?

—Claro —gruñó él.

—Estuve en tu *suite*, registrando. ¿Lo habías hecho tú ya?

—Sí, pero no pude encontrar…

—Oh, yo lo comprendo, querido. Ha sido una instalación muy astuta, realmente. Está claro que Maulana Al-Din y el otro hombre se encargaron de ella antes de tu llegada al hotel, donde ya tenías reservada la *suite*.

—Te aseguro que la registré meticulosamente y no vi…

—Es casi… natural. Yo llevo varios años en esto, y no puedes imaginarte lo que me costó encontrar el pequeño micrófono en la lámpara de pie. Tan solo la seguridad de que Maulana Al-Din y los rusos tenían que haberlo hecho me dio fuerzas para buscar durante más de dos horas, hasta encontrarlo.

—Debiste… debiste decírmelo…

—No. Quería que tu vigilante no pudiera notar absolutamente nada raro en ti.

—Entiendo… ¿Quién era? ¿Dónde está ahora?

—Parece que su nombre, al menos en Istanbul, era Ismet Veled. Ahora está muerto en su *suite*. Eso es todo.

—¿Lo has matado tú? —susurró Posinof.

—Por supuesto, amor. Tenía que recuperar las grabaciones que ese hombre hubiese hecho. De modo que te llamé a las cinco y media, sabiendo que él escucharía. Esperé a que tú salieses del hotel, entré yo, y llegué a la puerta de su *suite* justo cuando él la abría. Fue muy fácil matarlo…, pero lamentable.

—¿Lamentable? ¿Por qué?

—Yo me entiendo. ¿Falta mucho, Yunuz?

—No, *efendim*. Llegaremos en cinco minutos, como máximo… Os dejaré en la vieja tienda de Cemal.

—De acuerdo. Allí os estaremos esperando… ¿Qué te ocurre, Mijail?

Posinof miraba como hipnotizado la pequeña grabadora.

—Debe… debe de haber algo grabado ahí, Nadezda…

—Desde luego.

—Bien… ¿No has escuchado esas grabaciones?

—¿Para qué? Supongo que solo oiré tu voz, y quizá la mía, de

las veces que nos hemos comunicado por la radio de bolsillo. Claro que puede haber algo más importante, quizá, pero ya nos dedicaremos a ello más adelante, con calma… Primero, resolvamos el asunto de ese par de traidores. ¿De acuerdo?

—Bien… Por mi parte, sí, desde luego.

No sin esfuerzo, Mijail Posinof apartó la mirada de aquel maldito aparato que, sin duda, debía de contener las conversaciones sostenidas entre él y Maximo Zorian… Bien, no las conversaciones, precisamente, sino las instrucciones que él había dado a Zorian, indicándole que si le había oído y estaba de acuerdo golpease en el suelo con un pie… Unas gotitas de sudor aparecieron en la frente de Mijail Posinof ante aquella peligrosa realidad. En cuanto Nadezda Sverekova, o como demonios se llamase aquella mujer, pusiese en marcha el aparato, todo estaría perdido para él, para el asunto de los cohetes… ¡Nada habría servido de nada! A menos… A menos que él encontrase antes alguna solución…

—¡Mijail!

—¿Eh…?

—Ya hemos llegado. —Ella le miraba con curiosidad. El coche se había detenido—. ¿Qué estabas pensando, tan intensamente?

—En ese hombre que has matado, el aparato este… La cosa se está poniendo muy peligrosa, Nadezda.

—No importa. Se hará lo que se tenga que hacer… Bien, Yunuz, ve al café a buscar a esos hombres.

—Sí, *efendim*. Mira, esa es la tienda… Llama, y un amigo fiel te abrirá.

—Está bien. Date prisa. ¿Estás seguro de que la contraseña…?

—Sí, *efendim* Ellos saldrán detrás de mí, con disimulo, cuando yo la haga. Yo te los traeré a la tienda del viejo Cemal, tan vieja como él mismo, o más.

Yunuz Rumi se alejó hacia el Café Hassan, y Brigitte y Mijail Posinof se apearon casi delante mismo de una carcomida puerta, apenas visible en la oscuridad de aquel tenebroso callejón, con olor a pescado y a mar. Pero no olía igual que en el puente de Gálata, sino de un modo más nauseabundo, quizá debido a la presencia de tantísimos gatos, que no debían de andarse con muchos miramientos en sus deposiciones.

El vieio Cemal todavía olía peor. No solo a pescado pasado, y a

excrementos de gato, sino a los suyos propios, a sudor, a orines, a todo… Era ciego, y se apoyaba en un mugriento bastón retorcido, más alto que él. Brigitte soportó mejor que Posinof aquella vaharada más que nauseabunda que partió de la boca del viejo cuando este preguntó, en turco:

—¿Quién es…? ¿Quién ha llamado a la puerta de Cemal…?

Posinof se disponía a decir que eran amigos de Yunuz, cuando Brigitte se le adelantó, en inglés:

—Soy la odalisca esperada, Cemal.

Una risa cascada, agria, brotó de la tumefacta boca del ciego sarnoso y roñoso.

—Llegas cuando el viejo Cemal no puede hacerte los honores, odalisca —dijo en perfecto inglés—. De todos modos, sé bien venida… Tú, y tu amigo, que respira con mucha fuerza. ¿Es tu amante?

—Olvida ya esas cosas, Cemal —murmuró Brigitte—. Y ahora, llévanos adonde nadie nos moleste. Yunuz y otros vendrán enseguida. Cuando nos vayamos, yo te regalaré un millón de piastras.

—¡Alá sea bondadoso contigo, odalisca! Seguidme, seguidme… Os cederé mi mejor aposento para vuestra reunión…

El «mejor aposento» era el que menos excrementos de gatos contenía. El olor era tan intenso que casi aparecieron lágrimas de irritación en los ojos de Brigitte y Posinof. Pero, en Istanbul, no siempre se puede escoger el mejor lugar para una reunión de espías… con final imprevisible. Había algunos taburetes, pero tuvieron que echar de allí a los gatos que se habían apoderado de ellos.

—Esto es espantoso —gimió Posinof, respirando lo menos posible. Brigitte encogió los hombros, dispuesta a soportarlo todo.

—Ve a buscar a Yunuz y los otros, Cemal. Que vayan entrando…

—¿Y el millón de piastras? —clamó el ciego.

—Cuando nos vayamos.

Quedaron los dos solos, envueltos en silencio y peste. Los gatos, arrinconados, los miraban fijamente, relucientes los ojos en aquella oscuridad mal disipada por dos hachones de tea.

—¿Realmente le darás a ese hombre mil dólares? —preguntó él.

—Desde luego. Con un poco de suerte, ya no necesitará más

mientras viva. Un millón de piastras es mucho para un hombre como Cemal. Y no es nada para la CIA. Solo mil dólares.

—Sí, solo mil dólares, ciertamente —sonrió Posinof—. Tu corazón es tierno, odalisca.

—No siempre. Parece que ya llega alguien…

Se oía el rumor de pasos. Mijail sacó su imponente pistola, pero Brigitte se dedicó rápidamente a otro quehacer menos agresivo: sacó de su maletín un gran velo azul, que se puso rápidamente, y, enseguida, otro velo, ante el rostro. Una odalisca que muy bien merecía haber figurado en el harén del más rico y caprichoso sultán del mundo…

Aparecieron dos hombres, que miraron antes que nada la pistola de Posinof, y luego, un tanto sorprendidos, a la bella odalisca de los enormes ojos azules.

—«Operación Turquía» —musitaron.

Mijail Posinof desfrunció el ceño y bajó la mano armada.

En menos de cinco minutos entraron siete hombres más, todos ellos musitando las palabras «Operación Turquía».

Finalmente, entró Yunuz Rumi, llevando tras él al renqueante y mugriento Cemal, el ciego maloliente que iba a cobrar nada menos que un millón de piastras.

—Estamos solos, *efendim* —dijo Yunuz.

—Gracias, Yunuz. Bien —miró a los nueve hombres—, todos sabéis inglés, de modo que me entenderéis perfectamente. Aunque hay poco que hablar, puesto que ya sabéis cuál va a ser vuestro trabajo, para realizar la «Operación Turquía»… Entregad vuestras armas a Yunuz.

Hubo un apagado murmullo entre los hombres, pero Yunuz alzó las manos, imponiendo silencio.

—Se retiran vuestras viejas armas para esta operación. Las podréis recuperar cuando esto acabe. Pero para la «Operación Turquía» os está esperando armamento moderno.

Ahora, el murmullo fue de aprobación. En unos segundos, sobre uno de los taburetes quedaron tres cuchillos, un punzón, una navaja, un «puño de hierro» y tres pistolas.

—Saldréis esta misma noche, ahora, con Yunuz. Él os llevará al lugar donde tendréis que trabajar en el desguace de los cohetes americanos. Obedecedle en todo. Dentro de poco, nosotros —señaló

a Mijail Posinof y a ella misma— nos reuniremos en el lugar adonde va a llevaros Yunuz. Eso es todo… en cuanto a la «Operación Turquía» se refiere.

Todos se quedaron mirándola, un tanto extrañados. Brigitte estuvo casi un minuto mirando a aquellos hombres melenudos, de tez oscura, ojos brillantes…

—Tengo aquí —sacó el receptor-grabador de debajo del gran velo azul— un pequeño aparato que agentes fieles de la CIA han estado utilizando en la casa de Maulana Al-Din. Es una… un pequeño magnetófono, que recoge conversaciones desde más de trescientas yardas de distancia, por medio de otro aparato, mucho más pequeño, llamado micrófono. Estoy segura de que todos habéis oído hablar de estas cosas. Son… corrientes en nuestro trabajo. Pues bien: cuando lo ponga en marcha, todos vosotros, que, naturalmente, habláis turco, entenderéis muy bien el significado de esta conversación que fue grabada en el despacho de la casa de Maulana Al-Din, ya ejecutado, por traidor. Mas, aun después de su traición y su ejecución, Maulana Al-Din va a ser útil a la CIA, diciéndonos los nombres de dos traidores que ahora están entre nosotros.

Hizo ademán de poner el aparato en marcha, pero uno de los turcos, el más torvo, gigantesco e impresionante de todos, se adelantó bruscamente un paso.

—¡No hay traidores entre nosotros! —protestó—. ¡Siempre…!

—¿No? —interrumpió Brigitte—. Lo veremos. Señálalos, Yunuz… Que todos sepan ya quiénes son los traidores.

Yunuz Rumi alzó la diestra, señalando con todos los dedos juntos hacia el grupo, un tanto inciertamente. La jugada consistía en que todos tuvieran la impresión de que se les señalaba… Una jugada vieja, casi inocente…, pero que dio resultado.

Uno de los hombres que estaban detrás del gigantesco portavoz del grupo, empujó a este, fuertemente, hacia Posinof, casi derribando a ambos debido al encontronazo… Y en la confusión del momento se precipitó hacia el taburete donde estaban las armas. Su mano se crispó sobre una de las pistolas, pero justo entonces se oía un silbido en el maloliente aposento, y el cuchillo lanzado por la zurda de Yunuz clavó aquella mano, por la muñeca, a la madera del taburete.

El hombre lanzó un alarido espantoso, y cayó de rodillas, lívido, demudado el rostro aceitunado. E, inmediatamente, otro hombre, tras lanzar un grito de miedo, echó a correr hacia la salida, todavía sobrecogidos, incrédulos, los demás componentes del grupo.

Posinof fue el primero en reaccionar, dispuesto a correr en pos del huido. Pero Brigitte le contuvo con un gesto.

—Tráelo, Yunuz —le tiró una de las pistolas del taburete a las manos—. A menos que no cerrases bien la segunda puerta.

—Lo traeré, *efendim*. Casim, Muza, venid.

El gigante y otro se fueron con Yunuz, sin prisas. Brigitte se acercó al traidor clavado al taburete, que ahora, ya recuperado del espanto y la sorpresa, permanecía silencioso, prietos los labios, todavía arrodillado.

La espía arrancó el cuchillo de un seco tirón, y el hombre pareció a punto de desvanecerse. Le mantuvieron erguido entre dos, hasta que Yunuz, Casim y Muza reaparecieron, empujando al otro, hasta colocarlo junto al herido.

Durante un minuto, nadie habló. Todos esperaban que lo hiciese Baby. Y así fue.

—He tenido ya, varias veces, el placer de matar traidores. Es una de las compensaciones de este duro trabajo: eliminar gente de poco corazón… Poco, y podrido. Os diré una cosa: no hace mucho, en un hotel, he matado a un hombre, de tres balazos… Y no estoy contenta por ello. Más bien me entristece, lo lamento sinceramente. Ese hombre jugaba sucio con sus enemigos, es decir, que, a la inversa, jugaba a favor de sus amigos. Para mí, esa… mentalidad leal es hermosa, incluso en un enemigo. Respeto a mis enemigos. A algunos de ellos, me he visto obligada a matarlos, como a este del que os hablo. A otros, por fortuna, he podido dejarles marchar vivos, y quizá, cualquier día, en otra misión, uno de ellos me mate a mí… Gane quien gane, será lamentable, porque eso significará que el otro habrá muerto. Muy lamentable. Pero no en vuestro caso. Nadie quiere a los espías, y, quizá, bajo ciertos puntos de vista, eso esté… justificado. Quizás. Lo que no está justificado es que nosotros mismos nos degrademos más, con traiciones a nuestros compañeros. Quizá sea por eso que nadie nos quiere…

Hizo una pausa. Todos estaban pendientes de sus palabras, que entendían perfectamente, en efecto.

Brigitte pareció pensar muy bien sus palabras. Tenía muchas ideas al respecto, pero… ¿por qué desperdiciarlas? ¿Por qué perder tiempo con traidores?

Suspiró profundamente y los señaló.

—Matadlos.

Y salió del aposento, dejando, al pasar, mil dólares en las manos de Cemal, que comenzó a dar gritos de gracias a Alá y a la odalisca de la voz celestial. Detrás de Brigitte, tras brevísima vacilación, salió Mijail Posinof. Y detrás, Yunuz Rumi, que pronto se colocó en cabeza por aquellos pasadizos, abriendo las puertas ante la espía. Cuando la dejó en el umbral de la que daba a la calle, Yunuz regresó a la tienda, al fondo, desde donde todavía llegaban cánticos de gloria a Alá en sus paraísos, y de bienaventuranzas para la odalisca reina de todos los harenes del reino de Alá, Mahoma y parecidos.

—¿Y ahora? —preguntó Posinof, cuando estuvieron sentados en el coche.

—Esperaremos que salgan todos, que se vayan.

—¿Hacia dónde?

—No te impacientes. Al fin y al cabo, nosotros también nos dirigiremos allá inmediatamente.

Los hombres fueron saliendo poco después. El último fue Yunuz, acompañado del todavía canturreante Cemal, que estrujaba los crujientes billetes americanos como si fuesen el pan de su vida. Y así era.

Yunuz se inclinó ante la ventanilla de Brigitte, que estaba al volante del coche. No dijo nada. Solamente, se pasó el dedo índice por la garganta, con seco gesto, de oreja a oreja. Brigitte asintió con la cabeza, y Yunuz se fue en pos del grupo de la «Operación Turquía».

—Nos vamos —musitó.

Puso el coche en marcha, y durante casi diez minutos, tiempo que le costó salir de aquellas viejas calles llenas de gatos y de olor fuerte y casi nauseabundo, permaneció en silencio, atenta solamente al volante. A su lado, Mijail Posinof, también silencioso, la miraba de reojo, La personalidad de aquella mujer, de aquella espía, comenzaba a agigantarse ante sus ojos. Era inevitable comprender que ella no era una mujer corriente… Maximo Zorian

había tenido razón.

—Mijail.

—Dime, Nadezda.

—Estoy triste…, pero debemos continuar.

—Lo sé. ¿Estamos camino de la base secreta de los proyectiles dirigidos?

—Sí… Tendremos que salir de Istanbul y cruzar el Bósforo en un lanchón, con el coche. Pero ya no hay prisa ni peligro. A menos que Maulana Al-Din supiera más de lo que admitió saber cuando la CIA le requirió para esto.

—¿Cómo podemos saberlo?

—No sé… Espera… Quizás el aparato requisado al hombre que te espiaba en el hotel nos sirva de algo. Oigamos lo que hay grabado, Mijail… ¿Quieres ponerlo tú mismo en marcha? Cógelo de mi maletín.

—Sí.

Posinof puso en marcha el pequeño magnetófono. Primero, se oyó su propia voz, en tono fuerte, muy claro. Luego, la de Brigitte. Era la primera conversación sostenida entre ellos por las radios de bolsillo:

«—¿Sí?

»—¿Eres tú, Mijail?

»—Los americanos… Quiero decir, los espías americanos estamos locos… ¿Cómo estás, Nadezda?

»—Magníficamente. ¿Tuviste algún inconveniente en tu regreso al hotel?

»—Ninguno. ¿Y bien? ¿Qué ocurre?

»—Ocurren dos cosas…».

Aquella conversación terminaba. Había unos segundos de silencio. Luego, de pronto, la voz de Mijail Posinof, clarísima:

»—Supongo que lo has oído todo, Maximo. Para cambiar impresiones, y puesto que yo no puedo escucharte a ti, sería conveniente que bajases un momento a mi *suite*».

Brigitte Montfort parecía no entender bien, a pesar de haber demostrado que dominaba el ruso a la perfección. Mientras escuchaba aquello, miraba hacia delante, atónita, estupefacta, con la expresión que podría adoptar una persona que ve una ballena volando.

—Pero…

—Supongo que te sorprende —dijo agriamente Posinof.

—Mijail, no es pos…

Había vuelto la cabeza ligeramente hacia él. Lo suficiente para que el cañón de la gran automática de Posinof casi se metiera en su ojo.

—Sí es posible —musitó tétricamente el traidor—. Completamente posible, amada Nadezda.

—Pero tú… ¡No! Tú no puedes ser un traidor, no… ¡Tú no, Mijaíl!

—Frena. Allá, a la derecha…, lejos de la luz. Y cuando hayas frenado, deja las manos sobre el volante. Has estropeado ya tantas cosas bien preparadas, querida, que no podría fiarme de ti ni un segundo más.

—Mijail, por Dios… Esto es… ¡es una broma! ¡Dime que solo es una broma!

—Para aquí. Eso es… —El coche se detuvo en la sombra, bajo un espeso grupo de palmeras en el paseo central de la avenida—. No. No es ninguna broma, Nadezda. Hubiese preferido que las cosas salieran de otra manera, incluso perdonándote la vida. Pero ahora, si quiero volver a Estados Unidos y continuar en la CIA, no tengo más remedio que matarte.

—No… No, Mijail, no…

—Solo que antes me dirás el lugar exacto donde están esos proyectiles americanos. ¿Dónde?

Brigitte pareció recuperarse de pronto, recobrar su firme carácter. Miró hoscamente a Posinof, y apretó los labios.

—Muy bien… —sonrió Posinof—. Será como tú quieras.

Alzó la pistola rápidamente. Y no menos rápidamente, golpeó con ella, en la sien, a la agente Baby. Un suspiro brotó de los hermosos labios, los azules ojos giraron mostrando el blanco, la cabeza se abatió sobre el volante.

Casi enseguida, un fino hilillo de sangre se deslizó desde la sien, por el bello y pálido rostro de Brigitte Montfort, alias Baby.

Capítulo IX

Después de abrir los ojos, tardó todavía unos segundos en darse cuenta exacta de su situación. Estaba atada de pies y manos, sentada sobre algo duro, incómodo.

Alzó la cabeza, sobresaltada, al darse cuenta plena de esto. En un rincón vio su maletín, abierto.

Y ante ella, mirándola duramente, con una seca expresión escalofriante, Mijail Posinof. Detrás, dos hombres. Más allá, sentado en un viejo cajón carcomido, vuelto hacia ella, otro hombre. Delante de este, pegada a la pared, una potente radioemisora. Una estancia grande, limpia, pero deslucida, sin calor humano.

—La odalisca ha vuelto en sí —oyó la voz sarcástica de Mijail, ante ella—. De manera que ha llegado el momento de iniciar una conversación interesante. ¿Estás de acuerdo, Nadezda?

—No tenernos nada que hablar, cerdo —espetó Brigitte.

La violentísima bofetada hizo girar con fuerza su cabeza, y un creciente zumbido resonó en sus oídos; las lágrimas asomaron a los bellos ojos azules, por efectos del golpe. Pero después de este, la expresión de la espía internacional permaneció igual que antes, inalterable.

—Eres un desdichado, Mijail —musitó casi compasivamente—. ¿Qué esperas conseguir con unos cuantos golpes?

—Con unos cuantos golpes o con lo que sea —replicó él—. Puedo dejarte en manos de mis compañeros. Estoy seguro de que se les ocurriría algo con respecto a ti.

—¿Y qué? —sonrió fríamente Brigitte.

—Nadezda —Mijail Posinof se sentó ante ella, en otro cajón de madera—, yo quiero ahorrar tiempo y molestias para todos. Por eso, vamos a partir de una base…, inteligente. ¿Desde cuándo sabes que soy un traidor?

—Desde que oí la grabación en el aparato de Ismet Veled.

—Bien. ¿Antes no?

—¿Antes? —Los ojos de ella se enfriaron—. Pudiste darte perfecta cuenta, en la casa de Cemal, que si hay algo que detesto son los traidores… ¿Crees que habría podido estar contigo en la barcaza *Bósforo* si hubiese sabido que tú lo eras?

—Entiendo… Entiendo, entiendo. Sin embargo, tu… amor fue un poco precipitado, ¿no crees? Jamás me habías visto, y de pronto…

—Te había visto ya, en Washington, en la Central. Mientras recibías instrucciones sobre esta operación, yo estaba en otra sala, viéndolo y oyéndolo todo, por sistema cerrado de televisión.

—Oh… ¿De modo que ya me conocías?

—Así es. Y…

—¿Y…?

—Me gustaste en cuanto te vi. Pero si hubiera sabido lo que sé ahora, Mijail, ya habrías muerto.

Mijail Posinof estuvo pensativo casi un minuto.

—Te creo. Sé lo que hiciste con Maulana Al-Din, y conozco tu fría orden de matar a los dos traidores del grupo de desguace, la eliminación de Zorian.

—¿Zorian?

—Oh, quiero decir Ismet Veled. Sí… Creo que si hubieras sabido que yo era un traidor, me habrías eliminado ya. Has tenido todas las ocasiones que has querido para hacerlo. Y no se me ocurre ningún motivo por el que quisieras conservarme vivo. No… No se me ocurre, la verdad. Estando yo vivo, que soy el último traidor en esta «Operación Turquía», siempre existe peligro. Y tú te has apresurado a eliminarlos todos antes de iniciar la operación. De modo, pues, que no tengo más remedio que creerte, aceptando toda la lógica de la situación. Entonces, evidentemente, en la CIA no saben la verdad sobre mí.

—Mmm… Sí la saben. Yo… sospeché de ti, y les envié…

Mijail Posinof se echó a reír, divertido, y Brigitte se mordió los labios. Estaba haciendo tan bien su papel, tendiendo tan bien la trampa, que ni Mijail Posinof ni nadie en el mundo podría de ninguna manera haber adivinado su juego, todo el gran sacrificio que estaba dispuesta a realizar para que los tres cohetes dirigidos americanos no cayesen en manos soviéticas.

—¡No les enviaste nada! —rio Posinof—. ¡Oh, vamos, no me creas tan estúpido! Para mí, todo sigue igual en la CIA Mi único inconveniente, más adelante, será explicar cómo caíste tú durante la operación. Pero buscaré una solución, una explicación a tu muerte que satisfaga a la CIA Al fin y al cabo, hasta la agente Baby puede morir, ¿no es cierto?

—No te creerán.

—Yo arreglaré eso… a su debido tiempo. Y tendrán que creerme, amor. Pero ahora, lo que interesa, ya sabiendo que la CIA no puede desconfiar de mí, y… Bien, sí, yo hago la consabida pregunta: ¿dónde están los cohetes americanos?

—Estás perdiendo el tiempo.

—Mi amenaza no es vana, Nadezda Sverekova.

—No me llames así. Mi nombre, para ti, es Baby, agente Baby, de la CIA.

—¿Qué más da? Mira, somos cuatro hombres, sabes muy bien la… serie de cosas que pueden ocurrirte. No nos obligues a ello. Sería un placer, pero de veras que preferimos evitar recurrir a esos medios. No nos gustaría, de verdad. Seamos todos sensatos, procuremos… hacer esto lo menos desagradable posible. Aunque eres realmente hermosa, todo lo que nos interesa ahora es saber dónde están esos proyectiles dirigidos.

—¿Y luego? —Sonrió gélidamente Brigitte—. ¿Acaso no… sucedería lo mismo conmigo… y con vosotros?

—No. Tienes un concepto equivocado de nuestro… sistema de actuar. Dinos lo que nos interesa, te mataremos, y eso será todo. Pero si no lo dices por las buenas, te ocurrirá lo que te he dicho.

—No diré nada.

Mijail Posinof estaba impacientándose rápidamente. Apartó una mano, en dirección a los hombres que había tras él.

—Molov —dijo solamente.

Molov sacó una navaja, la abrió, mostrando la aguda y brillante hoja, y la puso en la mano de Mijail, que, enseguida, la pasó ante los ojos de Brigitte, mostrando el agudo filo, la puntiaguda hoja. Brigitte palideció ligeramente, pero apretó los labios.

Y, de pronto, la hoja centelleó un instante, antes de clavarse, apenas media pulgada, bien manejada por Posinof, en un costado de la espía, que se irguió, tensa, crispada. Mijail retiró la navaja, y un

hilo de sangre brotó de la herida, deslizándose por el costado de la espía americana.

—¿Dónde están los proyectiles, Baby?

Ella movió negativamente la cabeza, y, al mismo tiempo, habló Stenko, irritado:

—Mutílala ya de una vez, si eso es lo que ella quiere. Córtale las orejas, Mijail.

—Creo que tienes mucha razón, Stenko. Estamos perdiendo demasiado tiempo. Bien…

Acercó la navaja a una orejita de Brigitte, que abrió mucho los ojos, y se echó hacia atrás cuanto pudo. Posinof se la quedó mirando, sonriente, como sorprendido.

—Oh… Parece que esto sí te aterra un poco, ¿no es cierto? Lo comprendo… Un rostro tan precioso, un cuerpo tan lindo… ¿Te imaginas la de cosas que puedo ir cortando de él antes de que mueras?

Apoyó la punta de la navaja sobre el seno de Brigitte, y apretó suavemente.

—No, no —gimió Baby.

—¡Claro que no! Primero, una oreja. Luego, la otra. Después, todo lo demás irá cayendo al suelo. Y ya, aunque vivieses, jamás te miraría ningún hombre como no fuese para estremecerse de asco y espanto. Vamos a por la primera oreja…

—¡No! —chilló Brigitte.

Quiso apartarse tanto de la navaja, que cayó de espaldas al suelo, derribando el cajón en el que había estado sentada. Stenko y Molov la cogieron por los hombros y la sentaron de nuevo, sujetándola el primero por los hombros y el segundo por la frente y la nuca, impidiéndole el menor movimiento de cabeza.

—Adelante, Mijail, córtasela —dijo Molov.

—No… No, Dios mío, no, no —gimió Brigitte— ¡Mijail, eso no! ¡Noooooo…! ¡Mátame, pero no… no me mutiles, no!

—¿Los proyectiles? —inquirió él suavemente.

—No… No me obligues a…

La hoja de la navaja se apoyó en la parte superior de la oreja izquierda de Brigitte.

—¿Los proyectiles? —insistió siempre suavemente Posinof.

—Te… te lo diré… ¡No me toques con la navaja! ¡Te lo diré!

Molov y Stenko la soltaron, y ella se venció hacia delante, llorando fuertemente, estremecida. Posinof la asió de los cabellos y alzó rudamente su cabeza.

—¡Los proyectiles! —gritó—. ¡Quiero saber ahora mismo dónde están los proyectiles!

—En… en… —Los ojos de Brigitte estaban llenos de lágrimas, y todo su cuerpo temblaba convulsivamente—. ¡En el río Sakarya!

—¿En el río…? ¡Mentira!

—¡Están allí, están allí…! ¡A doscientas yardas de la desembocadura, en el centro, hay cuatro paneles de acero que se abren hacia arriba y se juntan herméticamente, impidiendo que el agua entre en el subterráneo, es la salida de los proyectiles, la boca de la rampa de lanzamiento, y hay asideros de metal, para la entrada y salida del personal…!

Los rusos cambiaron una mirada viva, de triunfo.

—¿Hacia allí se dirigen ahora Yunuz y los demás?

—¡Sí!

—Me estás mintiendo, perra…

—¡No! ¡No, Mijail, te lo juro! ¡Tienes que creerme, tienes que creerme, no me mutiles…!

Los cuatro rusos miraban impresionados a la sollozante espía, que se había derrumbado estrepitosamente. Toda su fuerza moral, su seguridad en sí misma, se había venido abajo como cabaña de paja ante un huracán.

—¿Hay alguien en ese subterráneo?

—No… No, no…

—¡Estás mintiendo! ¿Cómo podrían entrar entonces Yunuz y los otros? ¿Acaso se abre desde fuera esa compuerta de cuatro hojas?

—Hay… hay… dos higueras a la izquierda del río, a… unas trescientas yardas de la desembocadura. Junto a una de ellas, hay una entrada… Parece tierra, pero se puede… levantar. Un… un tubo de acero sirve de pasadizo hasta el subterráneo que hay… bajo el lecho del río… Yunuz y los otros entrarán por ahí. Y… y las piezas las habríamos sacado… por la rampa con cuatro compuertas…

—¿Cómo se abren?

—Hay… un dispositivo eléctrico, un gran computador pintado de… de azul, con dos estrellas blancas… Cuando… cuando se abren

las compuertas entra un poco de agua, pero luego se ajustan, y ya… ya no entra agua…

Stenko lanzó una exclamación de triunfo.

—Lo sabíamos… —jadeó—. ¡Lo sabíamos! ¡Los americanos tenían que tener una base así en Turquía! ¡No solo las bases visibles, sino algo como esto, Mijail!

—Sí… Era lógico. ¡Maldita sea…! ¡Firian, ponme con el pesquero comandante!

Soltó rudamente los cabellos de Brigitte, empujándola. La espía cayó de nuevo al suelo, y quedó allí, sollozando, hipando fuertemente, bañado el rostro en lágrimas, que ablandaban la sangre reseca que había brotado de la herida de la sien, inferida por Mijail al golpearla en el coche. Pero ninguno de los rusos le hizo el menor caso. Estaba atada de pies y manos, completamente indefensa. De modo que los cuatro se colocaron ante la radio, Posinof ante el micrófono.

La comunicación estaba ya establecida. Los pesqueros estaban a menos de quince millas de Istanbul, casi tocando la costa. Esto es, poco menos que en el lugar exacto que convenía. Dominando su excitación, Mijail Posinof fue pasando los datos al pesquero, asegurándose de que la recepción era buena, de que entendían perfectamente punto por punto toda su explicación, que fue clarísima, concreta, perfecta.

—Creo —acabó— que esto requiere la puesta en marcha del plan «Agua». De todos modos, vosotros tenéis la palabra, camaradas. Decidme si algo no ha quedado claro. Cambio.

—Todo clarísimo. Actuaremos inmediatamente. Cambio.

—Buena suerte. Cambio y fuera.

Se levantó del cajón y se acercó a Brigitte. Estuvo mirándola unos segundos, fruncido el ceño. Ella se había calrnado bastante, pero continuaba tal como había caído, de lado, como queriendo esconder el rostro contra el suelo, bajo sus finos cabellos negros…

—Pronto será el final de «Operación Turquía», Baby. Un final desastroso para la CIA.

Ella le miró, suplicante el gesto.

—Mijail, mátame… ¡Mátame!

—No… No todavía, querida Nadezda. Puede que nos hayas mentido… Sí, es posible. Por eso, permanecerás viva hasta que

sepamos si has mentido o no. Y si has mentido…, no quisiera estar en tu pellejo. Además, antes de matarte, todavía tengo… un poco de amor que ofrecerte. Pero no ahora. Tengo cosas más serias que hacer. Dame una radio pequeña, Firian.

—¿La vas a llevar encima?

—Sí… Tengo que ir al hotel, a ver qué pasa con Zorian. Si me fuese posible, sacaría de allí su cadáver. Quizá todavía no lo hayan descubierto.

—¿Cómo podrías sacar de allí un cadáver? ¡Es demasiado arriesgado!

—Lo sé… Además, es posible que ya lo hayan descubierto. De todos modos, tengo que ir allá. Quizá Zorian tenga encima, o escondido en alguna parte de la *suite* algo comprometedor… —Miró fríamente a Brigitte—. ¿Qué hiciste con sus cosas?

—Se… se quedaron allí… Solo cogí el magnetófono, de la maleta… Dejé la maleta abierta, en el suelo…

—Sí… Quizás haya algo allí que sea conveniente recuperar —musitó Posinof—. Y, si puedo, me llevaré el cadáver de Zorian. ¿Dónde están Gakian y Sivanov?

—En la lancha, esperando por si pueden ayudar en algo, o llevarse a alguien inmediatamente de Istanbul, hacia Crimea… Hubo un momento en que pensamos que tú tendrías que huir hacia allá.

—No… —sonrió Posinof—. Creo que podré volver a la CIA, a Washington.

—¿Volver allá? ¡Después de esto…!

—Calma. Emm… Sí, creo que mi plan es bueno. Escuchadlo. Es ya conocido de todos que Maulana Al-Din estaba traicionando a la CIA, ¿no es cierto? Pues bien, la CIA tendrá que creer que Al-Din sabía más de lo que aparentaba. Pero, además, tengo la coartada perfecta para que la CIA encuentre lógico que la MVD supiera dónde estaban los proyectiles. Fijaos bien: Maulana Al-Din me traiciona, naturalmente, ya que él supone que yo soy leal a la CIA, desconoce quién soy yo en realidad. Como consecuencia de esa traición, un hombre, que se hace llamar Ismet Veled, toma una *suite* encima de la mía, colocando un micrófono… que aún está allí. La agente Baby descubre esto, mata a Ismet Veled, y se lleva el magnetófono con lo que hay grabado en él. Pero Ismet Veled ya

había dado instrucciones, y los de la MVD nos capturan a Baby y a mí, y nos traen aquí. Y se quedan el magnetófono, de modo que la CIA jamás podrá saber lo que había en esa grabación. Por eso, yo podré decir con toda tranquilidad que allá estaba grabada una conversación entre Baby y yo, en mi *suite*… Una conversación en la cual ella me dice exactamente dónde están los proyectiles.

—¡Bien! Entonces, es lógico que nosotros lo sepamos…

—No tan de prisa —gruñó Stenko—. ¿Cómo justificarás haber escapado de nosotros?

—Bueno… En primer lugar… ¡Pero si es magnífico! En primer lugar, yo iré ahora al hotel, a ver qué puedo hacer allí. Dadme ya la radio, por si consigo hacerme con el cadáver de Maximo… En ese caso, avisaría a Sivanov y Gakian, a la lancha, para que viniesen a recogerlo… Supongo que ellos también tienen una de estas.

Alzó la radio que acababa de entregarle Firian, antes de guardarla.

—Claro que la tienen. Le sugerimos a Zorian que se llevase una, pero lo consideró peligroso.

—Lo es, lo es… Pero no tengo más remedio, en esta ocasión. Sé cómo llegar a la *suite* de Zorian, escalando la fachada exterior… Ya convinimos en dejar las ventanas sin cerrar por dentro, por si se hacía necesaria alguna escapatoria precipitada. Sí… Podré entrar allí, eso es seguro. Bien… Ya solucionaré eso de un modo u otro. Al menos, me aseguraré de que no queda en su maleta o sobre él nada comprometedor.

—No creo. Zarian era demasiado astuto.

—Cierto… Pero ella —señaló a Brigitte— también es astuta…, y aquí la tenemos.

—Bueno, ya estás en contacto con Sivanov y Gakian, si así lo deseas. Sobre eso, y la retirada del cadáver y demás, si bien lo veo difícil, admito alguna posibilidad. Pero dinos ahora cómo engañarás a la CIA de modo que sigas con ellos.

—Bien… Estábamos en que nos habíais capturado a Baby y a mí. Escucháis la grabación obtenida por Zorian, y sabéis por tanto dónde están los proyectiles. Pero aún hay más. No satisfechos todavía, nos torturáis y nos golpeáis a los dos… Finalmente, Baby cede, se desmorona, y dice lo mismo que hay grabado en el magnetófono. Avisáis por medio de la radio —la señaló— a los

pesqueros, y entonces decidís escapar a Rusia, para lo cual ya estáis preparados, lógicamente. Y queréis llevarnos con vosotros. Sobre todo, a Baby, la pesadilla de la MVD. Por el camino, en un lugar concurrido, pero no demasiado, yo salto del coche, me disparáis, me herís en una pierna… Sin embargo, consigo escapar, golpeado, herido, desesperado… Baby también «lo intenta», pero a ella la matáis y la tiráis fuera del coche. Y desaparecéis. Eso es lo que yo explicaré a la CIA. ¿Qué os parece?

—No está mal —dijo Stenko.

—¡Está muy bien! —exclamó Molov—. Yo creo que es convincente.

—Id repasando los detalles —sonrió Posinof—. Iré a ocuparme de lo de Zorian, y volveré aquí para preparar la comedia.

—Tendremos que golpearte con fuerza —sonrió Stenko. Mijail Posinof encogió los hombros.

—No importa eso —deslizó fríamente—. Y pobres de vosotros si no lo hacéis con verdadera fuerza.

—De acuerdo. Pero tendremos que dejar la radio aquí…

—Desde luego. La CIA investigará por estos alrededores… Si encuentran la radio, que la encontrarán, toda mi explicación será definitivamente creída. Bien —se acuclilló junto a Brigitte—, parece que la «Operación Turquía» será favorable a la MVD, pese a tu intervención, Nadezda Sverekova. ¿Tienes algo que decir?

—Llámame Baby.

—¿Por qué no? Hasta luego…, Baby.

Y Mijail Posinof se marchó.

Durante unos segundos, el silencio reinó en aquella estancia. Todos permanecían pensativos, hasta que Brigitte musitó:

—¿No me darían un cigarrillo?

Los tres la miraron, de pronto. Luego, Stenko, que era el más próximo a ella, miró a Molov, que encogió los hombros.

—Dáselo. No hay que exagerar. A fin de cuentas, ella estaba haciendo su trabajo, igual que nosotros el nuestro.

—Es cierto.

Stenko sentó de nuevo a Brigitte en el cajón, le puso un cigarrillo en los labios y se lo encendió.

—Gracias… —musitó ella—. Gracias, Stenko.

El ruso soltó un gruñido, encogió los hombros, y encendió otro

cigarrillo para sí. Luego, miró el reloj.

—¿Cuánto creéis que tardará él en hacer todo eso?

—No importa demasiado —dijo Molov—. Ya todo está decidido. No creo que los del grupo «Agua» fallen en su parte. Y eso es lo que más interesa.

—Voy a proponerles un trato —dijo de pronto Brigitte.

Los rusos la miraron, primero sobresaltados y luego divertidos.

—¿Qué trato? —sonrió Molov.

—Sus vidas a cambio de este cigarrillo.

—¿Cómo? —se desconcertó el ruso.

—Ustedes me han dado un cigarrillo. Según entiendo, ven el espionaje aproximadamente como lo veo yo. Y por eso, y por el cigarrillo, les ofrezco salvar sus vidas.

—Mire…, no entendemos una sola palabra. ¿Qué está tratando de decirnos?

—Saquen sus armas y tírenlas a un rincón. Luego, colóquense en el centro de este cuarto, con las manos bien altas.

—Los golpes la han vuelto loca —rio secamente Firian—. Es mejor que se calle, Baby.

—No estoy loca. Tres vidas…, sus vidas, a cambio de este cigarrillo… ¿Aceptan?

Capítulo X

—No le hagas caso —rio Stenko—. Y permanece atento a la radio, Firian. Pueden llamar en cualquier momento.

—¿No aceptan? —insistió Brigitte.

—No. Y cállese. No nos obligue a ser desagradables.

—Lo lamento por ustedes. Siempre es mejor pasarse el resto de la vida en una cárcel americana que ir ya, directamente, a una fosa. Ya pueden entrar, Simón.

—¿Qué…? —masculló Molov.

Ya no pudo decir nada más. Tras él oyó un apagado «plop»…, y ya no pudo oír nada más. Ni ver nada más. Ni sentir nada más, después de aquel golpecito en la espalda, sobre su corazón…

Todavía estaba cayendo de bruces, ya cadáver, cuando sus compañeros se volvían hacia la puerta, llevando las manos hacia sus armas que no habían querido tirar a un rincón. En realidad, la sorpresa también actuó contra ellos. Una sorpresa total, definitiva…, decisiva. El hecho de encontrar allí, ante ellos, en la puerta, a dos hombres desconocidos, pistola en mano, era en verdad sorprendente… y mortal.

Plop. Plop. Plop. Plop…

Los disparos sonaron como taponazos de champaña, clásicamente… Y a cada taponazo, Stenko y Firian se estremecieron, saltando hacia atrás, girando, muy abiertos los ojos por la gran sorpresa, por el miedo… Por la visión de la muerte, quizás. Sus pistolas cayeron al suelo…, y ellos también. Firian quedó cruzado, de bruces, sobre el vientre de Stenko. Pareció que fuese a incorporarse, volviendo la cabeza hacia Brigitte, mirándola con aquella aterrada sorpresa en los desorbitados ojos…

Y quedó así: vuelta la cabeza hacia la espía, muy abiertos los ojos, sorprendido y aterrado, sobre el cadáver de su compañero Stenko.

Uno de los dos hombres que habían disparado, se acercó a Brigitte, guardando lentamente su pistola, mientras el otro se dirigía hacia la radio.

—¿Está bien, Baby?

—Regular tan solo, Simón. ¿Hubo dificultades?

—Ninguna. Mijail Posinof salió, se fue hacia el hotel, según la teoría de usted, y nosotros entramos. No ha sido difícil. ¿De veras pensaba perdonarles la vida por un cigarrillo?

—De veras.

—Bien… Ellos decidieron otra cosa. Ajá… Ya está libre. Es impresionante verla así.

—Lo sé. Pero eso no importa ahora… Alcánceme el maletín, por favor.

Simón obedeció. Brigitte atendió sus heridas del costado y la frente, y luego, en lugar de ponerse las ropas de antes, se puso una malla negra, de una sola pieza desde el cuello a los pies. Y, sobre esto, la falda de otomán. Quedó con un atuendo un tanto extravagante, como si llevase jersey y medias, zapatos azul oscuro, falda de colores…

—Su conjunto no es muy elegante —comentó Simón.

—No importa. Servirá para lo que quiero. Cuando sea el momento, solo tengo que quitarme la falda, y seré… una sombra entre las sombras… ¿Tienen preparada el arma que pedí?

—Desde luego. Mire…, no quisiera decirle que está… loca, Baby. Pero… ¿no sería mejor que dejase esa parte final para nosotros? Usted ya ha hecho demasiado —se estremeció—. Me pregunto cómo es posible que tenga… esa serenidad, esa presencia de ánimo tan… escalofriante. Han podido matarla. Simplemente, matarla.

—Tenía la seguridad de que Posinof no se precipitaría tanto. Y todos los triunfos en mi mano, Simón. Cuando seguimos a Ismet Veled hasta aquí, y conocimos el lugar, ya empezamos a triunfar. Sabía que Mijail Posinof me traería aquí, de un modo u otro, y como sabía también que ustedes estaban esperando, de acuerdo a mis instrucciones, pues… solo he tenido que… actuar un poco.

—¿Llamaron por la radio?

—Desde luego. En estos momentos, los rusos están efectuando el plan «Agua».

—¿Qué plan es ese?

—No sé. Pero no importa. Lo que sí importa es que saquen los proyectiles de ese subterráneo. Lo demás…

—Lo demás, podríamos hacerlo nosotros.

—No. Yo lo haré. ¿Todo preparado, de verdad? ¿El arma, el helicóptero…?

—Todo.

Brigitte reflexionó unos segundos.

—Bueno… Supongo que la operación «Agua» de los rusos durará todavía no menos de dos horas. Eso, suponiendo que ya hayan empezado. De todos modos, no será fácil sacar esos tres gigantes metálicos del subterráneo… ¿Cómo podremos agradecerles el esfuerzo?

Simón sonrió, moviendo incrédulamente la cabeza. Ni que se lo hubiesen jurado habría creído jamás que podrían engañar a los rusos en aquel asunto. Pero allí estaba la verdad indiscutible: los estaban engañando…, por el momento. Todavía quedaba, precisamente, la parte más peligrosa y difícil.

El otro Simón se acercó, también sonriendo ante la última frase de Brigitte.

—Sin complicaciones —dijo, señalando por encima del hombro hacia la radio.

—Estupendo, Simón. No falle en esto. Si ellos llaman, y le preguntan su nombre, diga que es Mijail Posinof… ¡No! Por Dios, no… Oyeron su voz antes.

—¡Hey, hey, hey…! —rio Simón—. ¡A ver si vamos a fallar ahora en una tontería!

—Diga que es… cualquier nombre ruso. Sabe lo suficiente del asunto para salir del paso. —Brigitte sonrió—. Y sea convincente. ¿Qué tal habla el ruso?

—¿Quiere que le recite algo en ese idioma? —habló Simón, en ruso—. Bien… ¿Una página de Tolstoi, por ejemplo? ¿Un chiste ruso? ¿Un informe sobre adelantos espaciales?

—Está bien… —rio Brigitte—. Convence su ruso, Simón. Pero procure hablar lo menos posible. Y tenga mucho cuidado.

—Lo que tendré es mucho miedo, yo solito aquí.

Riendo, Brigitte y el otro Simón abandonaron el espacioso aposento. Poco después, recorrían la calleja, hacia la más iluminada arteria de Mahomet Fanaz, donde, un poco más allá de la esquina,

esperaba un gran auto negro. Simón pasó a la parte delantera, sentándose junto a otro hombre de recia estampa, como él, y expresión poco amistosa. Brigitte se sentó junto al hombre que ocupaba en solitario el asiento de atrás.

—Parece que todo ha salido bien —gruñó este.

—Así es, señor «Europa». ¿Mi arma?

—He estado pensando…

—No —cortó Brigitte, balanceándose hacia atrás al ponerse en marcha el coche—. Sé lo que va a decirme, pero yo lo haré. Y no se trata de que me parezca que mis queridos Simones son incapaces de eso. Es solo que quiero hacerlo yo.

—¿Orgullo?

—En cierto modo. Digamos… prurito profesional. ¿Mi arma?

El señor «Europa», jefe de los servicios de la CIA en Europa, se inclinó, bajó una tapa del soporte del asiento, y estiró una caja rectangular, de unos dos pies de largo, uno de ancho y medio de grueso.

—Está en perfectas condiciones —aseguró—. Podemos ir adonde está esperando el helicóptero cuando usted quiera.

—Tenemos tiempo. De sobra. Me parece que los del plan «Agua» deben de estar… —sonrió—. Sí, deben de estar sudando para sacar los tres proyectiles al río, luego al mar… ¿Qué sabemos de Mijail Posinof?

—No creo que haya llegado todavía al hotel. Pero, si quiere, ponemos en marcha el receptor. Tuvo usted una buena idea al colocar un micrófono en la *suite* de ese traidor.

—Yo siempre tengo buenas ideas —sonrió fríamente la espía—. Escuchemos el receptor. Posinof, o sea, nuestro traidor Richard Somervelle, puede ponerse en contacto de un momento a otro con Sivanov y Gakian, los de la lancha. Y me gustaría saber lo que están hablando.

«Europa» puso en marcha el receptor, pero no se oyó nada.

—Ya se lo dije. Estará llegando ahora al hotel.

—Bien… De todos modos, no cierre el contacto. Pero sin que gire la cinta. Estaremos a la escucha mientras vamos hacia allá.

—Sé cómo manejar esto —gruñó «Europa»—. ¿No sería mejor ocuparnos de Posinof más adelante, y atender lo de los proyectiles?

—Hay tiempo… Hay tiempo, querido señor. Pero en verdad le

digo que me gustaría saber qué es lo que está ocurriendo allá, en el río… ¿Habrán llegado ya los del plan «Agua» al lugar exacto?

Capítulo XI

—Ahí los tenemos —musitó Yunuz Rumi.

—Hay diez o doce pesqueros, por lo menos —sonó tensa la voz de Casim, el gigante torvo.

—Eso ya lo sabíamos. ¿No habéis entendido mis explicaciones durante el camino, acaso?

—Sí…

—Es todo muy peligroso —susurró otro.

—Más peligroso sería estar una semana ahí abajo, teniendo el río encima. Y mucho más cansado… ¿Y Solimán? ¿Se fue ya?

—Sí… Él no sabe nadar. Y yo preferiría no saber, tampoco. Lo que sí es cierto es que jamás he usado una de esas cosas…

—Es simple. Solo tienes que colocártela sobre el vientre, atarla al cuerpo como puedas, y colocarte la boquilla. Inmediatamente, abres la entrada de aire… Se puede hacer en menos de quince segundos, Muza.

—Bien… Lo más malo que puede pasar es que pierda ese tubo de aire, y tenga que salir a la superficie. Y la noche está… un poco negra.

—Feos nubarrones —comentó Abdel—. Pero la luna no estaría a nuestro favor esta noche. De todos modos, no durarán mucho… Ya veréis como antes de media hora el cielo está despejado…

De momento, la oscuridad era casi total. Al fondo, en el mar, se veían las siluetas de los pesqueros rusos, y sus luces rojas de situación. Su presencia allí podía disgustar más o menos a los turcos, pero no tenía nada de anormal. Se oía el rumor del río Sakarya, ante ellos, deslizándose con muy poco caudal. De cuando en cuando, un rayo de luna atravesaba los nubarrones, lanzando destellos de plata hacia las aguas, iluminando en lívida luz los pesqueros rusos inmóviles en la desembocadura del río, a un cuarto de milla de la costa, quizá.

—Es extraño —musitó Yunuz—. No veo ninguna lancha o bote que se acerque... ¿Qué estarán esperando?

Permanecían todos tensos, esperando ver acercarse una lancha, o un bote, o varios. O, quizás, un ataque por tierra, por la espalda, de parte de hombres desembarcados en la costa. Y todo estaba previsto. Ellos debían simular, en el momento de ser sorprendidos, que se disponían a entrar en el subterráneo por la trampa, y luego por el tubo que conducía hasta aquel. Si los rusos llegaban por el río, debían huir tierra adentro, regresando hacia Istanbul, cada uno por su lado, a pie, abandonando el viejo coche proporcionado por la CIA por mediación de la agente Baby. Si, por el contrario, los rusos llegaban por tierra, tenían que tirarse al río, siempre simulando que huían... Pero tirarse en determinado lugar del río, recoger los tubos de aire impregnados de fósforo y por tanto perfectamente visibles bajo el agua, y nadar río arriba, o hacia cualquier orilla, siempre huyendo, dando a los rusos la impresión de que quedaban ellos solos, dueños de la situación de los proyectiles... De todo.

Y, sin embargo, nada se oía tras ellos, nadie llegaba por tierra, ni nadie aparecía por el río. A lo lejos, los pesqueros rusos... Y eso era todo.

¿Entonces...?

¡Ffssss... toc!

Fue primero un silbido seco; luego, un impacto sordo, como acolchado. Y enseguida dos más. Y otros dos más, siempre con el mismo sonido primero: ¡Ffssss...! Los secos impactos tuvieron otra resonancia, diferente, más seca. Y cuando Yunuz Rumi estaba mirando, atónito, los brillantes dardos clavados en la higuera, el gigantesco Casim caía sobre él, con todo su peso, casi derribándole. Yunuz y Muza le apartaron sobresaltados, dejándolo caer de bruces. Ni siquiera sabían lo que estaban haciendo; fue, simplemente, una reacción instintiva. Y todos se quedaron mirando el arpón que sobresalía justo en el centro de la enorme espalda de Casim.

¡Ffssss... toc!

Muza lanzó un gemido, se curvó hacia atrás, llevándose las manos a la espalda, mientras sus ojos miraban desorbitadamente a Yunuz Rumi; unos ojos que, realmente, ya estaban muertos. En el centro de su pecho sobresalía una punta brillante de sangre.

—¡Muza...!

¡Ffsss…!

Fueron varios silbidos de aquellos, secos, breves, cortantes. De nuevo los chasquidos de los impactos en el tronco de la higuera. Abdel lanzó un grito, y se quedó mirando, tras moverse como si hubiera recibido un golpe, el arpón, clavado en su brazo izquierdo.

—¡Al agua! —gritó Yunuz—. ¡Al agua todos! ¡Tú también, Abdel! Echaron a correr todos hacia el río, volviendo la cabeza. Tras ellos, cinco sombras negras, brillantes de agua, se irguieron entonces, como extraños seres de otro planeta. Solo que la cosa no era tan insólita ni complicada. Eran, simplemente, hombres-rana rusos. Habían llegado por el río, nadando, para reconocer el terreno luego, emergiendo en la orilla, junto a la entrada al subterráneo de los proyectiles.

Llegaron todos corriendo a la orilla del río, seguidos por los inesperados hombres-rana, que tenían mucha desventaja debido a sus aletas de goma en los pies.

Desde los pesqueros, dos lanchas se dirigían ahora hacia allí, dejando una blanca estela de espuma.

—¡Al agua! —repitió Yunuz.

Fue el primero en lanzarse, de cabeza, justo en el momento en que, pocas yardas más allá, veía, en pleno río, un hombre-rana ruso, sosteniéndose contra la corriente. Y antes de hundirse, todavía pudo ver otros dos «ranas», flotando con facilidad.

Las aguas se cerraron sobre Yunuz Rumí, que abrió inmediatamente los ojos, para ver, por entre el turbio tono marrón, el brillo fosforescente de los tubos de aire impregnados de esa materia en un punto, a fin de ser fácilmente localizados… ¡Fácilmente localizados! Eso quería decir que los hombres-rana rusos los verían con toda facilidad, debido precisamente a aquella mancha de fósforo en el metal de los tubos de aire.

Y, por otra parte, si no recurrían a los tubos, morirían ahogados.

O eso, o recibir un arpón en pleno pecho, o en la cabeza, en cuanto salieran a la superficie a respirar. Por aquí no debía de haber solamente ocho o diez «ranas» rusos, sino más… Muchos más… ¿Veinte, cuarenta, cincuenta, cien…?

Uno de los tubos se estaba moviendo. Eso quería decir que alguno de sus compañeros había llegado ya allí, y lo estaba utilizando. Se lo colocaría en el vientre, lo ataría como pudiese a su

cuerpo, se pondría la boquilla en la boca…, y mientras estuviese nadando entre dos aguas, la mancha de fósforo lo convertiría en un facilísimo blanco para los hombres-rana soviéticos.

Otro tubo se movió. Y otro.

Yunuz Rum; no vaciló más, ya no podía permanecer más tiempo sin respirar. Habían sido siete hombres, todos con el plan bien estudiado, todos dispuestos a cumplir su parte. Pues bien: la cumplirían. En definitiva, solo un medio tenían para escapar: los tubos de aire, y nadar río arriba… si podían. Los que lograsen escapar ya se encontrarían, más adelante, en el lugar convenido.

Así, pues, Yunuz Rumi recogió uno de los tubos de aire, se lo sujetó al cuerpo como pudo, y se colocó la boquilla en la boca cuando ya sus pulmones de viejo gitano estaban a punto de estallar. Arriba, quedaban los «ranas» rusos.

En efecto, arriba quedaban los cinco rusos equipados para bucear. Y a esos cinco se unieron pronto otros cinco, también por tierra, mientras en el río iban apareciendo más y más buceadores, a pares… En menos de un minuto, sobre el río quedaron flotando no menos de cuarenta «ranas» soviéticos.

De los que había en tierra, dos se dirigieron a la higuera junto a la cual yacían los cadáveres de Muza y Casim, con un arpón en el corazón cada uno, desorbitados los ojos, crispado el rostro…

Los dos rusos removieron la tierra con las puntas de otros arpones. En pocos segundos habían apartado una cantidad tal que quedó perfectamente visible la argolla de hierro. Vinieron tres hombres más, y tiraron de ella, pero no cedió. Uno de ellos se quitó el cinturón de plomos, lo pasó por la argolla, y tiraron entre los cinco, con todas sus fuerzas. Se oyó un chasquido, y una trampilla metálica, de tres pies de lado, rechinó, oxidada, dejando visible el negro orificio del túnel metálico que llevaba bajo el río. Llegaron los otros cinco «ranas», y, como los primeros, se quitaron los pies de goma, y se deslizaron, de uno en uno, por el circular pasadizo. Aparecieron pronto las largas luces cónicas de varias linternas. Se oía un chapoteo apagado, el ludir de la goma al rozar entre sí, respiraciones fuertes… Por encima, un rumor de agua… En un punto, una gota caía brillando a la luz de las linternas. Base abandonada.

Las voces rusas resonaban como acolchadas en aquel negro túnel

circular, metálico. Parecía como si al fondo hubiese un mecanismo artificial de ecos. Uno de los «ranas» resbaló, y cayó sentado. Se oyó una imprecación sonora, luego unas risas nerviosas. El «rana» se puso en pie, y continuó caminando.

Final del túnel circular. Una puerta de hierro. Dos de los intrusos se acercaron, colocando un pequeño paquete en un lado de la puerta, pegado magnéticamente a esta. Se vio la llamita veloz de la mecha, y los rusos retrocedieron… Segundos después, una explosión sorda, como concentrada…

La puerta cedió, hacia dentro. Un largo tramo de escalones metálicos, húmedos, resbaladizos. Una broma forzada cuando uno de los «ranas» tuvo que agarrarse precipitadamente a la barandilla, también metálica.

Luego, el gran subterráneo circular. En el centro, tres formas altas, circulares, de no menos de cuarenta pies de altura, casi tocando el techo construido con planchas metálicas.

—La palanca —dijo uno de los «ranas».

Tres de estos corrieron hacia el gran hueco a la derecha de la plataforma. No había más luz allí, en todo el gran círculo metálico, que los haces de las linternas.

—¡Aquí están!

—¡La azul con dos estrellas blancas!

Se oyó un chasquido eléctrico. Luego, un rechinar quejumbroso de metal. Por fin, un sonido como de rotura, un rumor líquido… Del techo se desprendió una tromba de agua, como una gigantesca, sorprendente gota enorme, que reventó en el suelo, se esparció, y luego se deslizó, formando una sola masa, hacia una rendija. Luego, en lo alto, quedó visible, y fijo, un gran cuadrado, por el cual se veía el cielo lleno de nubarrones negros, manchados de blanco por la luz de la luna, escondida tras ellos. La cuadrangular abertura debía de tener no menos de quince pies por lado. Y por ella empezaron a aparecer cables, con gruesos ganchos en el extremo. Y deslizándose por los cables, decenas de hombres-rana.

—¡Posición de lanzamiento! —gritó alguien—. ¡Nadev, busca la posición de lanzamiento en los controles!

Algunos de los «ranas» habían caído sobre los proyectiles, y se dedicaban a incrustar los ganchos de acero en las argollas de sujeción y transporte de los proyectiles. Dos de aquellos hombres

estaban hablando precipitadamente por radios portátiles, cada uno en onda diferente, lanzando instrucciones sin cesar hacia los pesqueros. Un grupo de tres estaban ante los controles, iluminándolos con las linternas, hablando excitadamente. Todos los «ranas» restantes pululaban alrededor de los gigantescos proyectiles americanos, enganchando cables allá donde podían…

Los tres que discutían ante los controles parecían haber llegado a un acuerdo. Fueron oprimidos primero dos botones rojos, y luego uno negro. Se oyó un zumbido eléctrico, y los tres proyectiles empezaron a moverse a la vez, inclinándose… Un grito agudo, y uno de los «ranas», sorprendido por el inesperado movimiento del proyectil, se precipitó desde lo alto, desde cuarenta pies. Fue recogido inmediatamente, y atado por medio de su cinturón de plomos a uno de los cables que tiraban de los cohetes. Quedó pendulando trágicamente.

Mientras tanto, los proyectiles fueron inclinándose, lentamente, hasta quedar formando un ángulo de sesenta y cinco grados, aproximadamente, todos ellos descansando en sus respectivas rampas de lanzamiento, que convergían en el hueco cuadrangular.

—Amarre de proyectil uno —gritaba un hombre-rana—. ¡Todos los cabos a los pesqueros, arrastre unificado! ¡Se contarán treinta segundos! Ya. Treinta. Veintinueve. Veintiocho. Veinti…

Los hombres-rana se iban deslizando por los cables, hasta llegar a tierra firme. Los tres proyectiles estaban sujetos por unos treinta cables cada uno. Mientras la cuenta atrás seguía su marcha, todos los hombres retrocedieron hasta el más profundo rincón del subterráneo. Solamente se oía la voz del director de salida de los proyectiles:

—Catorce, trece, doce, once, diez, nueve…

El «rana» muerto colgaba, como un trágico aviso para sus compañeros. Pero estos solo tenían ojos para el proyectil que sería sacado de allí en primer lugar. Si salía el primero, querría decir que los demás podrían seguir fácilmente su camino.

—Cuatro, tres, dos, uno… ¡Cero!

Los cables, que se habían tensado suavemente, parecieron convertirse en rígidas barras metálicas. El proyectil sufrió una sacudida, crujió, rechinó sobre la rampa, y comenzó a elevarse, rechinando tan fuertemente que la mayoría de los «ranas» tuvieron

que taparse los oídos. En cinco segundos, la punta del proyectil quedó al nivel de la salida de cuatro compuertas. Y seguía subiendo, subiendo, subiendo… Cuando casi la mitad estaba ya fuera, se apoyó en su centro, sobre una de las compuertas, que se quebró como si fuese una simple astilla. Un chorro de agua entró, rugiendo, por el agujero, tres cables se rompieron, y la mitad inferior de uno, silbando y enroscándose como una serpiente, salió disparada hacia el fondo del subterráneo, atrapando a dos hombres de lleno, rodeándolos como si el cable fuese unas boleadoras de gaucho pampero, casi seccionándolos por el centro del pecho, cortando piel, carne, huesos… Dos gritos de agonía…, y eso fue todo.

El proyectil seguía subiendo, subiendo… Se estaba inclinando más y más. De un momento a otro quedaría horizontal, convertido en un gran objeto flotante, que muy fácilmente sería arrastrado hasta los pesqueros. El crujir de metal parecía un prolongado grito siniestro, y el agua seguía entrando, como lanzada por una gran manguera, desde arriba. El nivel era ya de una pulgada en el subterráneo. Poca cosa, dada su enorme capacidad. Pero era el principio de un peligro más que había que tener en cuenta.

El primer proyectil desapareció, por fin.

Afuera se oyó un gran chasquido de agua, y una nube de blanca espuma se cernió sobre el orificio cuadrado; antes de caer, como una lluvia suave, al interior.

Dos nuevos gritos por la radio, respuestas, exclamaciones.

—¡Lo tienen! —exclamó el encargado de las comunicaciones con los pesqueros—. ¡Notan su peso, se lo están llevando…! ¡Subid a recuperar los cables y los ganchos!

Más de cincuenta hombres-rana iniciaron el ascenso a pulso por media docena de cables que colgaban a peso muerto, evidenciando un vigor físico increíble. Afuera, el gran proyectil ya no necesitaba tantos cables para ser remolcado. Bastarían tres o cuatro, como máximo, para ser atraídos hacia los pesqueros, flotando mansamente, muy manejables sobre el agua del río, y más fácilmente manejables en cuanto llegasen a la playa…

—¡Proyectil número dos listo para ser enganchado! ¡Control de recogida listo para…!

Los componentes del grupo soviético «Agua» estaban obteniendo un éxito completo.

Capítulo XII

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Mijail Posinof. El conserje le miró como alarmado.

—Nada… Nada, señor Posinof. Absolutamente nada.

Mijail miró hacia el ascensor, hacia la escalera. Para un buen observador, era evidente que algo estaba ocurriendo. Iba a decir algo más, pero un turco de expresión adusta se acercó al mostrador, y se detuvo allí con seco gesto. Se quedó mirando a Posinof, y este comprendió que debía alejarse. Y así lo hizo, hacia la escalera… Solo que no llegó hasta ellas, sino que se detuvo junto a un gran tiesto que contenía una palmera enana, frondosa, verde, refrescante.

—Pida una ambulancia ahora mismo —decía el turco de expresión adusta.

—¿Han terminado ya de…?

—Sí. Pero el cadáver ya puede ser retirado. ¿Sabe dónde ha de pedirla, o…?

—Sí, sí, lo sé.

—Pues deprisa. Que vengan por el camino más corto.

Posinof tuvo que hacer un ágil movimiento para esconderse cuando el policía turco pasó cerca de la palmera, directo hacia el ascensor. Dejó que entrara en este, y luego subió rápidamente a pie hasta su *suite*. Entró, cerró la puerta, y requirió inmediatamente la radio de bolsillo.

—Soy Posinof —dijo—. La Policía turca está ya en el hotel, y temo que no podré recuperar el cadáver de Zorian. Podéis marcharos hacia Crimea. Yo me las arreglaré por otra parte. ¿Está bien entendido?

—Bien entendido.

—¿Algo nuevo? ¿Quién eres tú?

—Soy Sivanov. ¿No vas a necesitarnos?

—No, porque mi plan… Un momento. Os vuelvo a llamar dentro

de un minuto.

Cortó la comunicación y se dirigió al teléfono, que estaba sonando Lo descolgó, casi irritado per aquella interrupción que, lógicamente, solo se debía, sin duda, a una equivocación del conserje, tan excitado por el asunto del cadáver en una *suite*, que no debía de saber ni lo que estaba haciendo.

—¡Diga! —casi gritó en turco.

—Por favor, querido: en ruso. O en inglés, si lo prefieres.

Mijail Posinof quedó palidísimo, lívido… Casi de color azul, finalmente. Demudado, tenso, atónito…

—Nadezda…

—¿Acaso esperabas otra llamada? Mijail, querido… ¿estás engañándome con otra mujer?

—No… No…

Estaba aturdido, anonadado. Aniquilado.

—¿Te ocurre algo? —Oyó la risa de Baby—. Noto algo extraño en tu voz.

—No… Es que… no te esperaba…

—¡Lo comprendo, mi amor! En cambio, yo te estoy esperando a ti.

—¿Me… estás… esperando?

—Sí, sí.

—¿Dónde?

—Fuera del hotel. Y conmigo hay unos amigos que también te están esperando. ¡Eres tan voluble, querido! Pero me he dicho que esta vez no podrás escapar de mis dulces brazos, y por eso te espero en la calle, con estos amigos… Subiría a buscarte, pero no quisiera que la Policía turca creyese que vengo a raptarte por amor. Estaría mal vista esta actitud en una mujer…, aunque no sea turca. ¿No crees?

—Sí… Claro…

—Por eso, para evitar a la Policía, te espero en la calle, con estos amigos. ¡Oh, querido mío —rio ella—, te aseguro que esta vez no permitiré que me abandones! Te amo demasiado. Y si no fuese porque no quiero que la Policía turca me mire con desagrado, subiría a buscarte. Pero así están las cosas, de modo que te espero en la calle… ¿Bajas?

—Lo… pensaré, Nadezda.

—¿Lo pensarás? ¿Qué tienes que pensar? ¿Acaso no te sientes feliz por este nuevo encuentro?

—Sí. Muy feliz.

—¡Pero menos que yo, estoy segura, mi vida! Oh, vamos, no te hagas rogar más. Los dos estamos deseando vernos de nuevo. Por lo menos, yo sí lo deseo, Lo deseo tanto, que para librarte de mi amor tendrías que estar muerto, querido mío. Pero como no estás muerto, te espero en la calle. Por favor, no me obligues a entrar en un sitio donde está actuando la Policía… ¿Acaso has sido tú quien ha hecho algo malo?

—No… No he sido yo.

—¡Menos mal! Te espero. Y, cuando salgas, o yo o mis amigos te veremos… ¡No intentes escapar, cariño amado!

—Yo…

Clic.

Mijail Posinof quedó como si el mundo se hubiese derrumbado sobre él. Las palabras de Maximo Zorian acudieron a su memoria:

«Ella no es normal, Mijail. Llevamos cinco años tras esa mujer. Ha vencido a nuestros mejores hombres. No te confíes lo más mínimo con ella…».

Pero… ¿cómo era posible aquello?

Derrotado, Posinof se dejó caer en el sofá del saloncito de entrada. No sabía qué hacer, qué decidir… Ni siquiera sabía qué pensar. Se notaba tenso, crispado… Notó algo húmedo en la frente, y se pasó la mano, retirando unas gotitas muy pequeñas de sudor, que le producía una sensación de frío paralizante. Durante más de dos minutos permaneció así, inmóvil, buscando una salida…, que parecía no existir.

Ella lo había dicho bien claro: «Y cuando salgas, o yo o mis amigos te veremos… ¡No intentes escapar, cariño amado!». Eso había dicho. Era una amenaza clarísima. No podría escapar vivo de aquel hotel, jamás. Tampoco podía ir a la Policía turca. Absurdo… Completamente absurdo. Solamente tenía una ayuda para poder escapar de allí: la suya propia. Muy escasa ayuda, en aquellas circunstancias. Ninguna, en realidad. Y ella, Baby, lo sabía. Sabía que no podría escapar de allí, del hotel… «Lo deseo tanto, que para librarte de mi amor tendrías que estar muerto, querido mío. Pero como no estás muerto, te espero en la calle».

Cierto. Él no estaba muerto. Y ella le estaba esperando en la calle. Con sus amigos. ¿Cuántos amigos de la CIA? ¿Dos? ¿Veinte? Verdaderamente, haría falta estar muerto para escapar del cerco que la CIA debía de haber tendido en torno al hotel Bajá.

Muerto.

Muerto, muerto, muerto…

¡Muerto!

Posinof quedó como si acabase de ver un resplandeciente, hermoso, reconfortante rayo de luz. ¡Muerto! ¡Claro! «Para librarte de mí, tendrías que estar muerto…». ¡Eso había dicho ella! ¡Y tenía razón!

De pronto, Mijail se echó a reír, silenciosamente, nervioso, pero excitado ante la luminosa, sensacional idea. Corrió al dormitorio, atrajo hacia sí la ventana, que estaba abierta, de acuerdo a lo convenido con Maximo Zorian, y pasó inmediatamente al exterior. Abajo, tenía el luminoso del hotel. Muy conveniente, porque cegaba a cualquiera que pudiera mirar hacia arriba. Sí… Por fortuna, Istanbul era una moderna ciudad, casi completamente europeizada.

Y las paredes de sus hoteles eran fáciles de escalar, como ya había comprobado al llegar.

De modo que llegó fácilmente al piso superior, ante la ventana que daba al dormitorio de la *suite* de Maximo Zorian. Empujó levemente la ventana, y enseguida vio, sobre la cama, el bulto del cadáver, envuelto en una sábana. La Policía turca había terminado con él, lo había quitado de la vista de cualquier posible curioso que se asomase a la *suite*. Y ahora estaban esperando una ambulancia… Vio la puerta del dormitorio, cerrada. Oyó rumor de voces al otro lado. El cadáver estaba solo, abandonado. La Policía solo esperaba que viniese la ambulancia, para llevárselo.

Se descolgó a toda prisa a su *suite*, y apenas en el dormitorio, sacó la radio, aún jadeando por el esfuerzo y la tensión nerviosa.

—¡Sivanov!

—¿Qué ocurre? ¿Qué…?

—¡Tenéis que venir a buscarme! ¡Al hotel Bajá!

—Bien. Estaremos ahí dentro de…

—¡No! ¡No tan fácil, Sivanov! ¡Hay varios agentes de la CIA rodeando el edificio, dispuestos a matarme en cuanto intente escapar! ¡Y nos verían!

—Bien… No sé… ¿Se te ocurre algo?

—¿Estáis cerca del hotel?

—Relativamente. Calculo que a unos trescientos *archins*[5] del puente de Gálata.

—¡Tan cerca habéis estado…!

—¿Cerca… de dónde?

—¡No importa eso ahora! —ahuyentó Posinof el recuerdo de la barcaza llamada *Bósforo*—. No… No importa. Escucha bien, Sivanov: una ambulancia va a venir muy pronto a buscar el cadáver de Maximo Zorian, aquí, al hotel… ¿Sabéis dónde está?

—Desde luego.

—¡Bien! ¿Podéis conseguir un ataúd y un coche fúnebre, de los católicos armenios?

—Sí… Bueno, tenemos un agente en…

—¡No me importan esos detalles! —gritó casi histéricamente Mijail Posinof—. ¡Podéis conseguir eso, y basta! ¡Venid a buscarme con ese coche, con el ataúd!

—Pero, camarada…

—Sivanov, quiero que lo entiendas bien. Jamás podría salir vivo de este hotel. ¿Lo comprendes? Solo puedo salir muerto. Yo puedo subir cuando quiera y como quiera al dormitorio de la *suite* de Maximo Zorian. Está solo, en el dormitorio, envuelto en una sábana…

—¿Quieres que te saquemos a ti en lugar de sacar su cadáver?

—¡Exactamente!

—¡Pero si ya va una ambulancia ahí, al hotel! ¿Cómo podemos ir nosotros con un ataúd? ¡Estás loco! ¡Es imposible, camarada, completamente imposible!

El sudor arreció en la frente de Mijail Posinof.

—Sivanov, Sivanov, camarada, escucha… ¡Escúchame! Tenéis que ir más rápidos que los de la ambulancia. El conserje del hotel ha llamado una… Habrá dicho que es para recoger un cadáver, de modo que no se darán mucha prisa… Tenemos los minutos contados. Podéis ir a buscar ese coche, con el ataúd. Os paráis delante del hotel, y cuando llegue la ambulancia los… los convencéis como sea de que el cadáver debe ser retirado por vosotros…

—Podemos esperar a la ambulancia, apoderarnos de ella y subir

a buscarte como si fuéramos…

—¡No! —aulló Posinof—. ¡Eso no engañaría a esa maldita mujer que los diablos hagan arder para siempre! Ella, o uno de los agentes de la CIA que la acompañan, alzaría la sábana, para ver si es Maximo el que iba en la camilla. Lo sé… Sé que lo haríann, Sivanov. ¡Tiene que ser en un ataúd, bien cerrado! ¡Que se pueda cerrar por dentro, como sea! Alejáis a los de la ambulancia, subís vosotros con el ataúd, me ponéis dentro, o salís un momento del dormitorio para que me ponga yo mismo… ¡y luego me sacáis del hotel, nos vamos directos a la lancha, y directos hacia Crimea!

—¡Estás loco! —insistió Sivanov—. ¡No! ¡Sal de ahí como puedas!

—¡Tenéis que ayudarme! He sido… he sido la pieza fundamental en esta operación, me lo he jugado todo en esto… ¡Sin mí, no habríais conseguido los proyectiles, que ya deben de estar navegando hacia Crimea! ¡Os pido que me recojáis en un ataúd, que me llevéis a uno de esos pesqueros!

—Pero ¡es que eso no es posible…!

—¡Intentadlo! Solo os pido rapidez, un ataúd que cierre por dentro… Yo mismo me pondré en él, mientras salís del dormitorio para cualquier cosa que se os ocurra… Me cerraré por dentro, no podrán abrirlo, de modo que si la Policía quisiera mirar, solo tenéis que decir que el cierre se ha atascado, o estropeado… Y cuando pueda salir, dais tres golpecitos en la caja… Y antes de salir, yo haré lo mismo, ¡intentadlo, Sivanov! ¡Tenéis que llevarme a los pesqueros! ¡Tenéis que intentarlo!

—¿Y qué pasará con el cadáver de Zorian?

—¡Lo pondré… dentro del armario! ¡No importará nada en absoluto que más adelante lo descubran! Lo… lo pondré dentro del armario, yo me envolveré en la sábana, por si alguien entra con vosotros… ¡No notará nadie la diferencia! ¡Solo tenéis que meterme en el ataúd, sacarme del hotel…!

—Es una locura… Pero está bien. Lo intentaremos, camarada.

—¡Gracias! ¡Gracias, Sivanov! ¡Subo inmediatamente arriba, para ponerme en lugar de Zorian!

—¡No te aseguro que lleguemos a tiempo!

—Lo sé… Pero aunque no lleguéis a tiempo, no tengo nada que perder, y sí tengo mucho que ganar. ¡Daos prisa!

* * *

Brigitte, de nuevo en el coche después de llamar por teléfono a Posinof desde un café cercano, metió el cigarrillo en el cenicero, y señaló el receptor del micrófono instalado en la *suite* de Mijail Posinof.

—Es muy listo nuestro amigo, ¿verdad?

—Muy listo —admitió «Europa»—. Hay que admitirlo, sí.

—Bien… —sonrió la espía—. Quizá sea que recuerda mis palabras respecto a que los espías viajan en un ataúd, siempre, estén donde estén… Y él ha decidido viajar en uno.

—Pero nosotros lo sabemos. Si sus amigos llegan a tiempo de…

—Oh, sí… Sí llegarán a tiempo, querido «Europa».

—¿Cómo puede estar segura?

—Bien… Digamos que usted se encargará de que la ambulancia no llegue.

—¿Cómo?

—La esperará… ¿Conoce Istanbul?

—Naturalmente. No en vano soy el jefe de la CIA en Europa.

—En ese caso, debe de saber por dónde llegará la ambulancia que se llama en estos casos, ¿no es así?

—Bueno… Supongo que por la avenida de…

—No me lo diga —Brigitte alzó una mano—. Solamente, vaya allá y arrégleselas para que no llegue al hotel Bajá.

—¿Y cómo demonios hago eso?

—¿Tendré que enseñarle a ser espía, señor «Europa»?

—No —masculló este—. No es necesario. Está bien, lo haré. Pero creo que usted se está complicando la vida… y complicándonosla a nosotros. Si sabemos que ese hombre saldrá en un ataúd o en una camilla, todo lo que tenemos que hacer es esperar cómodamente.

—Cierto… —musitó pensativamente Brigitte—. Muy cierto…, si no fuese porque tengo una formidable idea que facilitará el resto de la «Operación Turquía».

—¿Qué idea es esa?

—Una muy buena —sonrió Brigitte—. Muy buena, querido amigo.

—Tiene que serlo, porque ya hace más de una hora que los rusos deben de haber llegado al subterráneo.

—Hay tiempo… Todavía hay tiempo.

—Bueno… —sonrió sarcástico el señor «Europa»—. Esperemos que no sea el fracaso más estrepitoso en la historia de la CIA. Por si así fuese, le advierto que en Washington saben perfectamente que yo he aceptado ser dirigido por usted, de modo que…

—Yo asumo la responsabilidad.

—Con el helicóptero…

—¡Ya no lo necesitamos! —rio Brigitte—. ¡Estoy segura de que todo será mucho más fácil! Bueno, no perdamos más tiempo. Vaya a detener o desviar esa ambulancia, como sea. Los amigos de Posinof han de llegar con su ataúd.

—Está bien. Me iré en cuanto usted salga del coche…

—Un momento. Necesito mi «violín».

Cogió la rectangular caja, y se disponía a apearse cuando «Europa» lanzó un gruñido de disconformidad.

—¿Adónde va con eso?

—A trabajar. Ah, necesitaré a Simón y Simón, de modo que olvídese de ellos por… media hora, quizás. Luego, llámelos por la radio, y ellos le pondrán al corriente de… los últimos acontecimientos.

—No me gusta —farfulló «Europa»—. No me gusta esto. No es modo de emprender un asunto que…

Pero Brigitte ya se había apeado, y se alejaba del coche, recurriendo a su pequeña radio.

—¿Simón?

—Hola. Estamos vigilando constantemente las salidas del hotel, pero hasta el momento…

—Dejen eso. Los espero a la derecha de la puerta principal.

—Pues… *Okay*. Allá vamos.

Se reunieron cerca de la entrada del hotel Bajá apenas dos minutos más tarde.

Uno de los dos hombres que intervenían en la vigilancia miró asombrado la caja rectangular.

—¿Adónde va con el…?

—Usted se encargará de él, por el momento.

—¿Qué pasa con Posinof? —preguntó el otro Simón—. ¿Vamos a dejarle marchar?

—Mmm… Más o menos —sonrió Brigitte—. Tenemos solamente

dos minutos para que ustedes entiendan bien lo que he pensado, lo que quiero que hagamos entre los tres.

—¿Tres… no somos demasiados? —sonrió Simón.

—No sea sinvergüenza —rio Brigitte—. No es momento, Simón.

—Entonces, ¿cuándo?

—¿Quién sabe? Respecto al asunto de Mijail Posinof, y mi nuevo plan para finalizar la «Operación Turquía»…

Capítulo XIII

Mijail Posinof volvió a escalar la fachada del hotel. Sabía que tenía muy pocas probabilidades a favor en aquel intento de suplantar a un muerto. Pero sabía también que, si no era así, jamás saldría vivo del hotel. Jamás.

Las palabras de su amigo y jefe Maximo Zorian acudían constantemente a su memoria, hablando de aquella mujer, de aquella excepcional espía que había resultado ser la agente Baby. Estaba convencido, de que ella había montado de tal modo el cerco en torno al hotel que, efectivamente, nunca podría salir de allí. Ni siquiera en una camilla.

Quizá sí en un ataúd, pero, para esto, tendría que salvar las dificultades que representaban la suplantación de un muerto. Y, en el caso muy problemático de que consiguiera eso, había que tener en cuenta, incuestionablemente, la suerte u oportunidad que tuvieran Sivanov y Gakian. Y la prisa que se dieran.

¿Qué podía ocurrirle?

¿Que el oficial de la Policía turca encargado de aquel asunto le descubriese inoportunamente?

Muy bien: se lo llevarían detenido, bien escoltado, y, en tal caso, tampoco Baby y los demás podrían atacarle. De momento, habría salvado la vida. Más adelante, quizá consiguiese escapar, o… Cualquier cosa.

Sí. Cualquier cosa.

Lo importante era salir de aquel hotel, como fuese. Luego, ya se vería si Baby era capaz de volver a acorralarlo. Desde luego, todas sus posibilidades de regresar a Washington, de seguir en el seno de la CIA, se habían esfumado.

Llegó arriba con facilidad, conocedor del camino no ya solo de vista, sino por el viaje anterior. Empujó la ventana, entró en el dormitorio de Maximo Zorian, y se acercó rápidamente a la puerta,

que continuaba cerrada.

Afuera se oían voces, en turco, hablando animadamente. Una de ellas creyó reconocerla como perteneciente al hosco oficial que había visto en el vestíbulo. Al parecer, el dueño del hotel estaba también allí… Debía de ser el que decía y repetía que aquello jamás había sucedido en su hotel, que…

Eso no le importaba lo más mínimo a Mijail Posinof. Y, además, no podía perder ni un segundo.

Tranquilizado respecto a la situación exterior, se acercó al bulto envuelto en la sábana. Alzó esta, y se quedó mirando, impresionado, el rostro de Maximo Zorian. Estaba muy blanco, con el feo aspecto de la muerte violenta.

Pero, cosa asombrosa, Posinof creyó ver en los labios una mueca… extraña. Una especie de sonrisa. ¿Era aquello posible? Desde luego, no podía ser otra cosa que una sonrisa. Una sonrisa… triste, como resignada… O, quizá, de comprensión. Comprensión… ¿de qué? ¿Qué era lo que había comprendido Maximo Zorian en sus últimos segundos de vida?

Quitó completamente la sábana que le cubría, y se mordió los labios al ver los tres manchurrones de sangre reseca en el pecho. Baby se había asegurado muy bien de que no podría resistir su ataque. Iba a matar… y mataba.

Se estremeció al pensar esto mientras incorporaba el cadáver de Zorian…

Se estremeció porque tuvo la súbita idea de que si ella se había propuesto matarlo, nada de cuanto él hiciese serviría de nada.

Con el cadáver de Zorian en brazos llegó al armario, asió el pomo con una mano y tiró de la puerta, retrocediendo. Como era de esperar cuando un huésped abandona un hotel, nada había quedado en el armario. Vacío completamente.

Metió dentro a Maximo Zorian, cerró la puerta con llave, y regresó rápidamente a la cama, tenso, sudando de angustia, casi temblando en largos estremecimientos. Para ser su primer trabajo, lo estaba pasando demasiado mal. Una cosa son las teorías, el aprendizaje… Y otra cosa muy diferente es jugarse la vida de verdad ante una espía como Nadezda Sverekova, es decir, Baby.

En pocos segundos, Mijail Posinof quedó sobre la cama, envuelto parcialmente en la sábana, cuidando ante todo de que su cabeza

estuviese bien liada con la tela blanca. Notaba latir su corazón con una rapidez y violencia inusitada, y un fino sudor en todo el cuerpo, como el principio de un baño de vapor…, de un baño turco, precisamente.

Bien.

No podía hacer nada más.

Mijail Posinof, traidor a todas luces a la CIA, ya no podía hacer nada más. Nada…, salvo esperar.

Esperar a ciegas, sin saber qué podría ocurrir de un momento a otro. Oyendo voces y pasos a su alrededor, y órdenes… Quizá sería colocado en una camilla. Quizá, en un ataúd, y entonces sabría que estaba salvado.

Pero de momento…

De momento, solo esperar. Esperar… la vida o la muerte.

* * *

El vehículo mortuorio se detuvo ante el hotel Bajá, y dos hombres se apearon rápidamente, saltando uno por cada lado. Fueron a la parte de atrás, y otro hombre, que ocupaba el espacio destinado al ataúd, alzó la puerta trasera.

Parecía muy asustado.

—Sivanov, Gakian… —gimió—. Esto es imposible, es una locura. ¡Nos atraparán a nosotros también!

—Deja ya de protestar, Leonid.

—¡Pero se descubrirá todo, me vendrán a buscar a mí a la funeraria, me…!

—No. Cuando nos vayamos nosotros, tú no regresarás ya a la funeraria. Serás traspasado a otro país árabe. Quedarás escondido hasta que te comuniquen tu nuevo destino.

—¡No entiendo por qué se me sacrifica a mí por otro agente!

—Él es un agente especialísimo, Leonid. Proviene de los niños-espías. En estos momentos, los proyectiles americanos están en poder de nuestros camaradas del grupo «Agua» solamente gracias a él.

Tenemos que intentar salvarlo; y, a fin de cuentas, tú no vas a morir: solo serás traspasado. No me digas que te gustaba tu empleo.

Gakian rio quedamente, pero la cosa no le hizo gracia a Leonid.

Entre los tres habían descargado ya el ataúd, con el cual se dirigieron rápidamente hacia la entrada del hotel.

—¡No! —exclamó Sivanov—. Tú quédate aquí, Leonid, por si viene la ambulancia. Diles que la Policía ha dado contraorden, y que nos llevamos nosotros el cadáver.

—Bien… Bien, está bien…

Se quedó solo junto al coche, secándose el sudor con una manga, mirando nerviosamente a todos lados. Por fortuna, la ambulancia no se veía por ninguna parte, ni se oía… Cinco minutos. Solamente cinco minutos más, y todo podría terminar… felizmente. Sí, felizmente.

Dentro del hotel, Sivanov y Gakian se dirigían apresurados hacia el ascensor. Lo abrieron, y se disponían a meter dentro el ataúd cuando el conserje apareció ante ellos, un poco demudado… y muy sorprendido.

—¿Qué… qué…? ¿Adónde van? Gakian lo miró como si fuese tonto.

—Hay un cadáver aquí, ¿no?

—Sí… Sí, sí, pe-pero yo llamé a una…

—La ambulancia no podrá venir, por ahora, de manera que nos pidieron que nos encargásemos provisionalmente. ¿Qué le ocurre? ¿Le gusta que los clientes del hotel estén presenciando este espectáculo? Nosotros no tenemos prisa.

El conserje parecía no saber qué hacer.

En aquel momento bajaba el gerente, a pie, alterado el rostro, inquieto. Un cambio de miradas entre él y el conserje, que se notó fulminado, fue suficiente para que Sivanov y Gakian acabaran de meter el ataúd en el ascensor, que ascendió hasta el piso donde se hallaba la *suite* de Maximo Zorian.

—Es el cuarto piso… —musitó Sivanov—. Ten preparada la pistola. Bien está que lo intentemos, pero no que nos dejemos cazar como tontos.

—Leonid tiene razón —masculló Gakian—. Esto es una locura, Sivanov. ¡Una locura!

—Lo sé. Pero si nos sale bien… Ah, camarada, ¡si nos sale bien, ya verás cómo de aquí en adelante nos encargarán trabajos mejores que estar siempre esperando a otros! Y nuestra posición en el servicio mejorará notablemente.

—No creo que eso valga la pena de…

El ascensor se había detenido. Abrieron las puertas, y casi respingaron ante la inesperada presencia del botones del ascensor, allí mismo. Los miraba fijamente, saltones los negrísimos ojos. Estaba claro que el muchacho se había permitido abandonar su ascensor para satisfacer su curiosidad ante la puerta de la *suite* de Zorian.

Delante de esta había dos agentes de la Policía, uniformados, que se quedaron mirando, no poco sorprendidos, el ataúd. Uno de ellos comentó algo en voz baja, y el otro encogió los hombros.

Abrieron la puerta, y Gakian y Sivanov se dirigieron como flechas hacia el dormitorio, ante la atónita mirada de Omar Iben Karfa, oficial de la Policía turca, encargado del asunto.

La estupefacción de lben Karfa duró lo suficiente para que Sivanov abriese la puerta del dormitorio, sujetando el ataúd por un lado, con una sola mano.

—¿Qué están haciendo? —gritó de pronto Iben Karfa, sofocado por la ira, a la cual, evidentemente, era muy propenso.

—¿Podemos dejar el ataúd?

—¡Llévenselo! ¡Nadie ha pedido un ataúd! ¡Fuera!

Sivanov y Gakian parecían asustados, sin saber qué hacer. Pero, con su aparente desconcierto y susto, acabaron de entrar, y dejaron el ataúd en el piso del dormitorio, echando un rapidísimo vistazo al bulto blanco sobre la cama.

Omar Iben Karfa entró tras ellos, echando fuego por los ojos.

—¡He dicho que salgan!

—Por favor, *efendi*… —suplicó humildemente Sivanov—. Nosotros solo hacemos lo que nos mandan.

Mientras hablaba, salía del dormitorio, casi empujando a Omar, que tuvo que retroceder. Gakian salió también, secándose el sudor y cerrando la puerta tras él. Era la única solución, todo lo que podían hacer. En el saloncito de entrada había otros dos agentes de la Policía, de uniforme, y dos más, de paisano. Una pelea en aquellas condiciones solo podía tener un bando vencedor: la Policía. Pero quedaba un último intento. Solo uno. Y puesto que Mijail Posinof era el que quería salvar la vida, tanto peor para él si no se le ocurría. Era su vida o su muerte.

Iben Karfa parecía a punto de estallar.

—¿Y quién les ha mandado que vengan? —gritó.

—Pues nosotros… nosotros solo sabemos que nos dijeron que teníamos que venir aquí, recoger un cadáver…

Uno de los policías de paisano sugirió:

—Quizás el conserje no llamó una ambulancia, Omar. No parece muy despierto. Es posible que llamase a la funeraria que primero se le ocurrió, o vio en la guía telefónica.

—¡Ese…!

—Entonces —preguntó mansamente Gakian—, ¿no nos llevamos el cadáver?

—¡No! ¡Tiene que ser llevado para su autopsia, no a…! ¡No! ¡Márchense!

—Bien… —Sivanov estaba ganando tiempo a toda costa—. ¿No nos podría hacer un papel, diciendo que…?

—Pero ¡qué papel…! ¡Esto es inaudito! Miren —pareció calmarse de pronto—, calmémonos todos, ¿está bien? Ustedes no tienen nada que hacer aquí, de modo que recogen su ataúd y se van por donde han venido.

—Pero nos dirán que…

—¡Díganles que esas han sido mis órdenes! ¡Y si quieren alguna explicación complementaria, que me busquen a mí!

—Sí, *efendi*.

—¡Y no me llamen *efendi*! ¡Soy un oficial de la Policía!

—Sí, *efen*…, señor.

—Saquen ese ataúd de aquí. Eh, Panka, ve a ver a ese idiota de conserje y dile que… ¡que llame una ambulancia!

—Enseguida…

—Mmm… —murmuró Sivanov—, ¿no podría ayudarnos un poco, aunque solo fuese a meter y sacar el ataúd del ascensor? Es muy pesado, señor.

Panka decidió intervenir por su cuenta. Cualquier cosa, antes que seguir presenciando las explosiones de ira de su superior.

—No tengo inconveniente. Bajaremos juntos en el ascensor.

—Gracias… Gracias…

Gakian abrió la puerta y entraron los tres hombres. Gakian y Sivanov se encargaron de la cabecera del ataúd, y Panka asió una de las manillas de los pies. Estaban afirmando las manos en ellas cuando entró Omar Iben Karfa, agrio el gesto, y se dirigió a la cama.

Los dos rusos quedaron inmóviles, como petrificados, pero mirando de reojo hacia allí, tensos, dispuestos a entrar en acción si Mijail Posinof no había sabido ver la oportunidad que tan trabajosamente le habían brindado.

Karfa alzó una punta de la sábana, refunfuñando algo respecto a que aquel hombre no parecía turco, por muy turco que fuese su pasaporte.

Y Sivanov y Gakian se relajaron, al ver el rostro lívido de Maximo Zorian, casi del color de las sábanas.

—¿Arriba? —musitó Sivanov.

Alzaron el ataúd entre los tres y salieron del dormitorio. Iben Karfa salió tras ellos, siempre irritado. Aquello le olía muy mal, porque aquel hombre, en cuyo pasaporte constaba el nombre turco de Ismet Veled, de nacionalidad turca, no le parecía a él turco…

Salió al pasillo, y vio a los tres hombres metiendo el ataúd en el ascensor. ¡Aquel cretino de conserje…!

El ascensor se cerró, dejando fuera al botones, y emprendió el descenso. Omar lben Karfa regresó a la *suite*, siempre pensativo, reflexivo. Desde luego, estaba convencido de que aquello no había sido un asesinato corriente. Aquel hombre había recibido tres balazos en el pecho, todos mortales de necesidad. Parecía… una ejecución, una seguridad de que no sobreviviría. Es corriente encontrar un cadáver con un balazo, y muchos con algunas cuchilladas, en Istanbul. Los turcos son muy celosos, y los crímenes pasionales abundan tanto que ya ni siquiera sorprenden. La mayoría de ellos se cometen con arma blanca. Casi el noventa por ciento. Los otros pocos, con diversas armas, incluso pistolas. Pero aquel no le parecía…

—¿Se lo han llevado ya?

Se volvió, fruncido el ceño. El gerente del hotel acababa de llegar, y tenía la expresión de quien acaba de verse libre de un gran peso.

—No —gruñó Karfa.

El hombre quedó boquiabierto.

—¿No…? Pero…

—Uno de mis hombres ya ha ido a decirle a su conserje que despierte de su estupidez. ¡Pedimos una ambulancia, no un ataúd!

—Pe-pero… pero…

—¿Qué le ocurre?

—Es que… esos hombres del ataúd han… han dicho que no podría venir ninguna ambulancia, y que los habían enviado a ellos, de momento, porque…

Durante unos segundos, Omar Iben Karfa mostró una expresión tan estupefacta, quedó tan petrificado, que realmente parecía una estatua de piedra. Y, de pronto, reaccionó, del modo más inesperado para el gerente del hotel Bajá: salió disparado hacia la puerta de la *suite*, casi arrollándolo, casi derribándolo, gritando a sus hombres que le siguieran… ¡Claro que había algo raro en aquel asunto del hombre que tenía pasaporte turco y no parecía turco!

Se lanzaron todos escalera abajo, a toda velocidad, encabezados por Karfa… A tanta velocidad, que estuvieron a punto de caer unos encima de otros cuando Karfa tropezó con un cuerpo tendido en el suelo, y cayó de rodillas sobre su espalda. Se incorporó rápidamente y dio la vuelta al hombre, aunque sabía muy bien quién era.

—Panka —musitó.

Panka tenía una mancha de sangre en el costado derecho, y se la sujetaba con ambas manos. Sus ojos estaban turbios, pálido el rostro…

—Omar, ellos… ellos son… son rusos… Me dispararon con una… una pistola si-silenciosa… Hablaron en… en ruso, y uno… de ellos me di-disparó entonces…, y me… echaron fuera del… ascensor…

—Está bien, Panka —susurró Karfa—. No te muevas. Creo que tu herida no es mortal, pero es mejor que tú colabores… ¿Sí, Panka?

El herido asintió con la cabeza, y Omar se puso en pie. Ordenó a uno de sus hombres que, esta vez sin fallos y con toda urgencia, una ambulancia fuese llamada al hotel Bajá.

—¡Y si solo llega una, primero que se lleven a Panka, eso está bien claro, supongo! ¡Los demás, conmigo!

Aparecieron en el vestíbulo, ya todos con las pistolas en la mano, corriendo como locos hacia la salida.

Omar Iben ardía de ira por los cuatro costados de su maciza, casi oronda figura. El idiota del gerente debía de haber pasado segundos antes de que tirasen a Panka fuera del ascensor, para aparecer solos en el vestíbulo, y llevarse el ataúd. Sí… Aquel idiota debía de haber oído detenerse el ascensor, pero no hizo caso, siguió subiendo a pie,

ávido de convencerse de que ya no había ningún cadáver de asesinado en su hotel… ¡Pero, al menos, los rusos no habían conseguido llevarse el cadáver!

Estaba en mitad del vestíbulo cuando, a través de los cristales, vio el coche mortuorio… Los dos hombres que él conocía corrían hacia delante por ambos lados, dispuestos a subir a la parte delantera. Otro hombre, con el mismo ropaje de la empresa, estaba cerrando la parte de atrás, como si algo se hubiese atascado, frenéticamente. Gritó algo, pero el coche se puso en marcha, y el hombre saltó tras él, aferrado a la puerta, intentando colarse dentro…

Omar Iben disparó entonces.

El hombre se soltó inmediatamente, dio cuatro o cinco vueltas por el suelo, rebotando trágicamente. Parecía de goma. Por fin, quedó tendido en el centro de la calle, como roto, desarticulado, boca abajo, abierto de piernas y brazos… Recordaba vagamente una rana aplastada.

Iben Karfa echó a correr hacia allí, gritando que lo recogiesen con el coche.

Llegó junto al hombre, le dio la vuelta, y contempló aquel rostro desconocido, que tampoco era turco. Había un gran revuelo a su alrededor, y la gente se acercaba, pero se apartaron todos apresuradamente cuando el coche policial rechinó junto a Karfa, en un frenazo seco.

El coche mortuorio todavía era visible, de modo que Omar Iben saltó al auto, señalando hacia delante con la pistola.

—Que no escapen —gruñó sordamente.

—Parece que quieren cruzar el puente de Gálata…

—No cruzarán nada. Más deprisa.

Los cuatro policías que ocupaban el coche mantenían la vista fija en las luces traseras del perseguido, cuya velocidad estaba muy por encima de cualquier consideración hacia las leyes del tráfico en Istanbul, dando bandazos de un lado a otro de las calles, dejando lívidos de espanto a los conductores respetuosos del límite de velocidad y las señales rojas y verdes.

La sirena policial atronó el aire, y su paso veloz remató a los pacíficos automovilistas que ya habían quedado petrificados por el paso del primer coche…

—¡No los alcanzamos! —gritó Omar—. ¿Qué pasa?

El policía que iba al volante, desorbitados los ojos, logró tartamudear algo referente a la imposibilidad de salvar la vida si seguían a aquella velocidad por la ciudad, asegurando que los perseguidos se iban a matar de un momento a otro si seguían a aquella marcha. Los neumáticos chirriaban fuertemente en la calle, como quejidos de rabia, de protesta…

—No van hacia el puente… ¡Se están desviando!

—El estuario… ¡Van directos al Cuerno de Oro, deben de tener allí alguna embarcación o escondrijo…! ¡Más de prisa!

En menos de medio minuto llegaron a la orilla derecha del Cuerno de Oro. El coche mortuorio se había detenido ya, y los dos hombres corrían hacia atrás… Los vieron sacar el ataúd, por la puerta que había estado abierta en todo momento, y lanzarlo a una lancha…

—¡Para! ¡Para, para! —gritó Iben Karfa.

El policía metió el pie hasta lo más hondo, y los neumáticos lanzaron su más fuerte protesta, pegándose al suelo. El coche zigzagueó peligrosamente, espantando aún más a los empleados del muelle, que ya se habían apartado al paso del otro coche… Finalmente, el morro del coche se hundió en un gran bulto cubierto por una lona. Se oyó crujido de metal, de madera… La pirámide se desmoronó, y docenas de cajas de madera rebotaron sobre el coche, abollándolo, zarandeándolo, cubriéndolo.

Omar rebotó contra el cristal parabrisas, sacudió la cabeza, y se dio cuenta de que no tenía la pistola en la mano. La vio en el piso del coche y la recogió, mirando el policía del volante, que gemía, sujetándose el tórax, donde el volante debía de haberse incrustado dolorosamente. Los de atrás se estaban recobrando rápidamente, tras haberse enredado uno con otro al pie del asiento debido al fuerte encontronazo.

—¡Afuera! —gritó Iben Karfa.

Quiso abrir la portezuela, y casi se dio de narices contra el cristal debido a su impulso de salida, ya que la portezuela no se movió. Solo entonces pareció darse cuenta de que estaban bajo un montón de cajas de madera, casi tapados completamente. Lo intentó de nuevo, gritó, ordenó a sus hombres que hicieran lo mismo…

Cinco minutos más tarde, los estibadores que, por fin,

consiguieron apartar el gran montón de cajas, se encontraron con la hosca mirada de Omar Iben Karfa, que rechazó toda ayuda para salir. Y lo hizo lentamente, sin prisas, reteniendo aquella ira que podía hacerle estallar de un momento a otro.

—Buscad un coche, cualquiera que sea —dijo a sus hombres—. Hay que llevar también a Ahmid a un hospital. Tiene cinco costillas rotas. O seis… ¡O mil, malditos seamos todos!

Se acercó adonde estaba el coche mortuorio. La lancha no estaba, desde luego. Y Omar Iben Karfa se quedó mirando, casi perplejo, hacia la salida del estuario.

—¿Para qué pueden querer un ataúd vacío?

* * *

Por fin, salieron a mar abierto, dejando atrás el canal del Bósforo, lanzada la lancha a toda velocidad, rebotando sobre las negras aguas. Los nubarrones de un par de horas antes se habían disipado, y la luna amarillenta, quizá naranja, brillaba en un cielo despejado, muy estrellado.

Sivanov miró hacia atrás y lanzó un profundo suspiro. Ni él mismo parecía creer que era una realidad el hecho de haber conseguido escapar de la Policía.

—Lo hemos conseguido —dijo.

Gakian, al volante de la pequeña y veloz embarcación, asintió con la cabeza.

—Por una suerte como jamás tendremos en nuestra vida. No lo olvides, Sivanov.

—¿Suerte?

—Me refiero al patinazo del coche de la Policía, en el suelo húmedo.

—Ah, sí… ¡Y aquel montón de cajas!

—Si no hubiera sido por eso, nos habrían acribillado en la lancha.

—Quizá tengas razón. Pero lo importante es que hemos escapado. Convendría llamar por la radio de la lancha, a los pesqueros. ¿Crees que ya deber de estar navegando hacia Crimea, con los proyectiles americanos?

—No sé. Llama.

—Les diré que llevamos a Posinof.

—No estamos seguros de eso. Él dijo que diésemos tres golpes en el ataúd, y que nos contestaría desde dentro. Prueba a ver si está o no está.

—¡Claro que está! ¿No viste a Zorian en la cama? Eso quiere decir que Posinof entendió nuestro propósito, y que mientras distraíamos a la Policía fuera del dormitorio, él sacó el cadáver de Zorian del armario, volvió a dejarlo en la cama, y se metió en el ataúd. Tuvo tiempo de sobra, ¿no?

—Yo creo que sí. Pero da esos tres golpes.

Sivanov golpeó por tres veces el ataúd, pero no recibieron respuesta. Los dos se miraron, y el ruso dio de nuevo tres golpes, ahora algo más fuertes.

—No contesta…

—Pues el ataúd no está vacío, eso es seguro… —gruñó Gakian —. Pesa como un submarino. ¡Eh…! ¡Ya sé lo que ocurre…! ¡Está sin sentido!

—¿Quién? ¿Posinof?

—¡Claro! ¿Te olvidas de cómo tiramos el ataúd desde el muelle a la lancha? ¡Se debió de dar un buen golpe!

—Es cierto. Bueno, no tardará mucho en despertar, supongo. Dichoso él, que puede dormir y todo.

—Mientras no se asfixie ahí dentro… Será mejor que abras esa fea, caja.

—¿Sí? ¿Cómo? ¿Olvidas que Leonid colocó un cierre por dentro mientras íbamos hacia el hotel? Y Posinof debió de cerrarlo, por si alguien quería echar un vistazo al ataúd.

—Rompe el cierre de un balazo. Mmm… Bueno, déjalo. No se va a morir ahogado por unos minutos ahí. Y si disparas, podrías herirlo. Ya despertará. Mientras tanto, llama al pesquero comandante, y diles que vamos hacia allá, no sea que piensen otra cosa y nos hundan. La señal de acercamiento será la convenida: dos destellos cortos y uno largo, con las luces de la lancha. Y que te den su situación exacta.

Sivanov llamó por la radio, y obtuvo respuesta inmediata. Durante tres minutos estuvo en contacto con el pesquero comandante, informando de lo sucedido y recibiendo a cambio la colosal noticia de que el último proyectil americano estaba siendo

atraído por los cables de tracción hacia el grupo pesquero. Asimismo, se le notificó la ruta a seguir para converger unas treinta millas más adelante, cerca del centro del mar Negro.

A un paso de Rusia.

El espía soviético cerró la radio y miró sonriente a Gakian.

—Bueno… Ya lo has oído.

—Todo bien. Pero hemos perdido a Zorian y a Leonid.

—Y a Maulana Al-Din.

—Ese no importa.

—¿No?

—No era ruso y, además, la CIA sabía ya que los estaba traicionando. Nunca más habría podido servirnos de nada. Por tanto, bien muerto está. En realidad, la CIA nos ha ahorrado un trabajo.

Sivanov rio quedamente.

—¡Cierto! Sabiendo que Maulana Al-Din estaba al descubierto, nosotros mismos tendríamos que haberlo eliminado… Pero de verdad te digo que lamento lo de Leonid y Zorian. Sobre todo, lo de Zorian. Era… un camarada amable.

Quedaron silenciosos los dos durante unos minutos. La lancha había perdido velocidad, y se deslizaba ahora más silenciosamente. Seguía la luna en el cielo despejado, y las aguas negras mostraban blancas crestas de espuma incesantes.

—Mira a ver si Posinof ha despertado. Quizás es así, y está esperando la señal para salir.

—Seguramente.

Sivanov volvió a golpear el ataúd, por tres veces, con fuerza, asegurándose de que sería oído.

Y esta vez sí recibió respuesta: tres golpes idénticos a los suyos. Pero el ataúd no se abrió. En cambio, a partir de aquel momento, comenzaron a oírse dentro unos golpes sordos, que hacían vibrar la caja.

—¡Debe de ser cierto que no puede abrir! —rio Gakian.

—Imagino lo que ocurre: no solo se desvaneció con el golpe, sino que el cierre quedó estropeado, y ahora no puede abrir. Si puede oírme le daré buenas noticias —se inclinó, colocando su boca en la juntura de la tapa y la caja—. ¡Posinof! ¡Dime si puedes oírme!

En la caja resonaron tres golpes, y Sivanov comprendió que podía hablar.

—¡No te impacientes! —gritó—. Suponemos que se ha estropeado el cierre. Da tres golpes más, si es así.

Los tres golpes resonaron claramente.

—¡Bien! ¡Queda tranquilo! Estamos navegando al encuentro de los pesqueros. Te subiremos a bordo y abriremos allá el ataúd. Podría hacerlo ahora, pero quizá te hiriese una bala… ¡Y no lo intentes tú! ¡Un rebote en ese cierre metálico podría matarte! No tardaremos más de media hora, calculo. Si estás conforme con permanecer ahí, da otros tres golpes, y navegaremos tranquilos.

Otros tres golpes resonaron en la madera forrada de negro. Sivanov se incorporó.

—Bien… Todo en marcha. ¿Crees que tardaremos más de media hora?

—Quizás un poco más. Pero eso ya no importa. ¿Sabes de qué tengo uno deseos enormes?

—¿De qué?

—¡De ver esos proyectiles americanos! Y los dos se echaron a reír.

Capítulo XIV

El tercer cohete dirigido norteamericano flotaba sobre las negras aguas del muy apropiadamente llamado Mar Negro. Solo que ahora la luz de la luna permitía verlo todo con inconveniente claridad para los hombres-rana que nadaban junto a él, mientras los pesqueros utilizaban sus sistemas de poleas para ir enrollando los cables, atrayendo el gigantesco proyectil.

No menos de sesenta hombres-rana regresaban a los pesqueros, remolcados por el enorme artefacto. Algunos de ellos se habían subido a la mole de metal, y conseguían sostenerse allí gracias a que los restantes, sujetos a los lados, mantenían la estabilidad, evitando que el cohete fuese girado.

Atrás, quedaba la base secreta americana.

Todo había sido dejado tal como inicialmente se encontrara. La trampilla había sido colocada de modo que, si bien el agua seguía entrando en el amplísimo recinto subterráneo, el río discurría normalmente. Más adelante, tarde o temprano, el subterráneo quedaría inundado. Pero, para entonces, todo habría sido solucionado, y no quedaría rastro de los doce pesqueros rusos en las proximidades.

Todo perfecto. Impecable.

La complicada misión había sido magníficamente conseguida por el grupo «Agua», con tan solo cinco bajas, en total. Todas ellas debidas a accidentes de la acción misma, no a pelea con americanos o amigos de estos.

Uno de los hombres-rana señaló hacia un punto del mar, no muy lejos del surco espumoso que iba dejando el proyectil, y dijo algo, alzando la voz. Cuatro de sus compañeros se separaron unos segundos del proyectil y nadaron rápidamente hacia lo que había llamado la atención del primero. Regresaron junto al cohete cuando pasaba la parte final de este, remolcando algo.

El que los había avisado, tras quitarse las aletas de goma de los pies, se había deslizado ágilmente hacia la cola del proyectil, y fue él quien asió el cadáver de aquel hombre, por los cabellos.

—Otro —musitó.

—Este tiene uno de nuestros arpones clavado en un brazo. Debimos de herirlo en tierra, quizás, y se tiró al agua, de todos modos.

—Con este van dos que encontramos… Parece que se ha escapado alguno. Dos muertos en tierra, dos encontrados en el mar… Cuatro. Y eran por lo menos seis o siete.

—Parece turco.

Lo alzaron un poco más, mientras el cohete seguía navegando silenciosamente hacia los pesqueros. El rostro crispado de Abdel brilló, húmedo, a la amarillenta luz de la luna. Además del arpón clavado en su brazo izquierdo, tenía dos más; uno en los riñones, y otro en el tubo de aire, que ya había quedado vacío.

—Es extraño que no se haya ido al fondo.

—Debió de resistirse hasta el último segundo, y murió en la superficie. No ha muerto ahogado, sino debido al arpón que tiene en la espalda.

—Son todos turcos los que hemos visto hasta ahora; ni un solo americano.

—También nosotros tenemos agentes turcos. ¿Por qué extrañarnos?

—Claro…

—Estos hombres estaban locos… ¿Qué debían de pensar? ¿Cuál era su plan? ¡Seis u ocho hombres contra sesenta y cinco buceadores de los nuestros…! ¡Hace falta estar loco de verdad!

—Y luego esos tubos de aire, con manchas de fósforo. Parecía como si… Bueno, como si quisieran que los localizásemos fácilmente.

El que cabalgaba sobre el cohete movió negativamente la cabeza, mirando can expresión pensativa el rostro de Abdel.

—No… No creo que fuese eso… Ellos tenían esos tubos bajo el agua. Y si los habían impregnado de fósforo fue para verlos bien si llegaban a necesitarlos.

—Pues les salió muy caro el truco.

—Sí… Muy caro. Seguiré mirando, por si la corriente del río ha

dejado alguno más por aquí.

—¿Qué hacemos con este?

—Nada. Dejadlo… Agrandad el agujero del arpón que tiene clavado en el tubo de aire. Así entrará agua y se irá al fondo… para siempre.

Regresó hacia la punta del proyectil, y se sentó cuidadosamente junto a otro «rana».

—Otro turco —dijo.

El otro asintió con la cabeza. Tenía fruncido el ceño.

—Cuatro turcos, hasta el momento, según parece… Y ni un solo americano.

—Así es.

—Pues no me gusta. No es… normal. Los americanos son unos engreídos. Están convencidos de que nadie salvo ellos saben hacer las cosas como es debido. Sobre todo, «sus» cosas.

—Mijail Posinof advirtió que un grupo de turcos…

—Ya sé eso. Y sigue sin gustarme.

—Tenemos los proyectiles, ¿no es cierto? —sonrió el otro.

—Sí… Los tenemos… Y unos cuantos técnicos están esperando en los pesqueros, para saltar al agua y echarles un vistazo. Aunque es de suponer que no estarán montados para disparo. Los americanos debieron de llevarse la carga y el sistema detonador. Es lo lógico. Y en caso necesario no es difícil de transportar. Lo que sí es difícil… Bien, lo que sí requería mucho, muchísimo trabajo, y muy pesado, era desguazar estos tres gigantes.

—No tenían prisa.

—No… Pero ¿dónde están los americanos?

—En Istanbul.

—Sí, seguramente. Entonces, ¿enviaron a unos cuantos turcos a desguazar los proyectiles? ¿Qué hacían ellos, mientras tanto?

—Los americanos tienen un gran espíritu turístico —rio el que había llevado la noticia del hallazgo de otro cadáver turco.

—Hum. No es normal.

—¿Su espíritu turístico?

—No me refiero a eso. Ha sido… muy fácil.

—Hemos tenido una ayuda muy especial, Vladimir.

—Sí… Sí, claro…

—Bien, ¿qué te pasa? —gruñó el otro—. Diríase que no estás

contento.

—Pues…

En aquel momento se oyó un sordo zumbido único y breve en la bolsa hermética de goma que Vladimir llevaba ante él, entre las piernas.

Sacó la radio y admitió la llamada.

—Vladimir Barian, jefe dos del grupo «Agua». Recibo.

—Noticias de Istanbul. Parece ser que hubo contratiempos allí, y nuestro hombre de la CIA tuvo que escapar en circunstancias difíciles. La agente Baby se ha escapado una vez más. Se ignora cómo ha podido lograrlo.

—¿Dónde se supone que está ahora?

—En Istanbul, cercando en vano el hotel donde estaba nuestro hombre de la CIA, con nombre ruso de Mijail Posinof. Este ha conseguido escapar en un ataúd, con muchas dificultades. En estos momentos, metido en el ataúd, navega con dos de los nuestros para converger con la flota de pesca.

—Eso quiere decir que ha quedado inutilizado para siempre en misiones de espionaje, ¿no?

—Así es.

—Bien… Supongo que más adelante nos será útil en cualquier otro campo de acción.

—Seguramente. ¿Todo bien por ahí?

—Otro turco muerto; flotando.

—¿Y americanos?

—Ni uno solo.

Hubo un silencio por parte del otro comunicante.

—Es ilógico —musitó, y Vladimir miró triunfalmente a su compañero—. Completamente ilógico. Sin embargo, nuestro radar no señala la presencia de nada que pueda inquietarnos. Ni el sonar. Todo está en la más perfecta calma. Una docena de técnicos han explorado ya, con detectores, los dos proyectiles, y las señales indican claramente que no hay carga de ninguna clase. Están «muertos». ¿Alguna dificultad en los cables de recuperación del último, o en la estabilidad o marcha…?

—No, no…

—Perfecto. Estamos a la espera del último proyectil, para partir a toda máquina hacia Sebastopol, donde se nos está esperando. Ya

hemos radiado la noticia de que la operación del grupo «Agua» ha sido perfecta. El grupo «Tierra» está siendo evacuado en Turquía en aviones especiales, al aeropuerto de Odesa. Podemos considerar la operación total como terminada. Esperamos vuestra llegada. Es todo.

—Bien. ¿Puedo sugerir algo, camarada Vlodik?

—¿Qué es ello?

—Revisión a toda urgencia de radar y sonar, y servicio doble permanente en esos sistemas.

De nuevo un breve silencio.

—Comprendido, Vladimir. Pero eso estaba ya en marcha desde el primer momento. No habrá sorpresas. No puede haberlas de ninguna manera. Positivamente. Además, nuestros… «pesqueros» están muy bien preparados para cualquier sorpresa, tanto por mar como por aire. Todo está previsto… y casi solucionado antes de que ocurra. ¿Algo más?

—No… Nada Más.

Cerró la radio y la metió en la bolsa hermética de goma. Su compañero le estaba mirando un tanto irónicamente, y Vladimir soltó un gruñido.

—¿De qué sonríes?

—Creo que propondré la creación de nuevo cargo en la MVD: jefe del Departamento de Desconfianza. Votaré por ti, claro.

—Te lo agradezco.

—Oh, vamos, Vladimir… ¿Te imaginas lo que sería atacar ahora doce pesqueros equipados clandestinamente con potentes cañones y antiaéreos, radar, sonar, radio…? ¡Y muy cerca de las aguas rusas…! Absurdo… Absurdo.

—Está bien.

Se callaron los dos. El último proyectil proseguía navegando, con buena velocidad, hacia los pesqueros, que se veían ya a unas doscientas yardas, pues apenas enganchado el primero habían retrocedido, mar adentro, y se hallaban ahora a poco más de media milla de la costa turca.

No hubo contratiempo alguno.

El proyectil llegó, y unos cuantos «ranas» nadaron hacia él, con pequeñas plataformas de bordes altos en las que transportaban los aparatos de exploración nuclear y detección de mecanismos en

funcionamiento. Los sesenta «ranas» del grupo «Agua» nadaron hacia el pesquero comandante, y fueron ascendiendo por la media docena de escalas de cuerda de plástico que colgaban por el lado de estribor, cara a la costa.

A medida que iban llegando a bordo, las frases alegres se fueron sucediendo, subiendo de tono. Los que habían quedado en el pesquero reían y palmeaban los hombros de los «ranas», les ayudaban a quitarse los trajes de goma, les daban cigarrillos y vodka… En el agua, los técnicos se aseguraban de que, como los otros dos, el último cohete no contenía peligro alguno.

En menos de quince minutos, los doce pesqueros emprenderían su triunfal rumbo a Sebastopol, Crimea.

—¡Vladik!

Un hombre alto, ancho de hombros, con una rala barba amarillenta, ojos diminutos y expresión astuta y socarrona se acercó a Vladimir, sonriendo.

—Punto cero —rio—. Felicidades, Vladimir Barian, camarada.

—Quiero ver el radar, e informes exactos sobre el sonar.

—Pues… Bueno, cuando tú quieras. Te ayudaré a quitarte este molesto equipo…

—Luego. —Vladimir se quitó solamente las aletas de goma de los pies—. Luego. Ahora, quiero ver eso.

—Vamos allá.

Descendieron al interior del pesquero. Desde popa, desde el gran almacén del vientre del barco llegaba un intenso olor agradable a pescado fresco.

Cuando llegaron a la sala habilitada para las instalaciones técnicas, Vladik señaló la pantalla de radar.

Había dos, y en otro pesquero otras dos más. Una potente radio. Sonar. Medición de profundidades. Servicio de radiotelegrafía, capaz de llegar hasta la mismísima Moscú. No faltaba nada, servido todo ello por veinte hombres expertos en el manejo de todos y cada uno de los instrumentos.

La raya luminosa del radar se movía, describiendo el tranquilo círculo de «sin novedad». Ni el menor síntoma de presencias extrañas en el sonar.

—¿Profundidad? —musitó Vladimir Barian.

—Mil trescientos —cantó el encargado del aparato medidor[6].

—Dentro de poco —sonrió Vlodik— estaremos a dos mil quinientos. Y antes de una hora, a cuatro mil. Todavía a esa profundidad podríamos captar cualquier señal de peligro, Vladimir. ¿Por qué no descansas?

—¿Han sido revisados y comprobados…?

—Desde luego. Tú haces tu trabajo y yo el mío —frunció el ceño Vladik—. ¿Tienes alguna queja?

—No. —Vladimir Barian vaciló, y acabó por sonreír—. Bueno, me parece que es hora de que me ayudes a quitarme esto. Tomaré un par de bocadillos y café.

—Estarás aterido de frío… ¿No quieres vodka?

Barian movió negativamente la cabeza, fijos sus ojos en la pantalla de radar.

—Café. Solo café, Vlodik.

—¿Te quedas aquí?

—Sí… Estos son… los ojos de la noche. Y del día.

Vlodik sonrió comprensivamente, pero siempre con aquel tonillo socarrón.

—Iré a cubierta, a ver cómo va la exploración del último proyectil. Te enviaré con un hombre lo que deseas.

—Gracias.

Acabó de quitarse el equipo de «rana» y se puso un «mono» rojo que le tendió un muchacho joven, Quizás un tanto sonriente, con la expresión del triunfo bailando en sus ojos. Se sentó, mirando de reojo al muchacho, fruncido el ceño. Aceptó el cigarrillo del mismo muchacho, y permaneció con los ojos fijos en la pantalla.

Apenas cinco minutos más tarde, apareció un marino, oliendo convincentemente a pescado, y dejó ante él una bandeja con un gratísimo olor a café y bocadillos calientes…

Estaba mordiendo el primero de ellos cuando en la pantalla la raya luminosa pareció dar un saltito, y romperse… Ti-tit… Ti-tit… Ti-tit…

El radarista también se tensó un poco. Pero, casi enseguida, la señal empezó a debilitarse, tras haber llegado a una intensa llamada, con sonoros ti-tit, al mismo tiempo que una bolita se formaba en la raya luminosa.

El radarista se volvió, sonriente.

—Bandada de grandes peces —aclaró—. Se van. Una lástima,

camarada… Sería una buena pesca.

Vladimir Barian asintió con la cabeza, se relajó y se dedicó a tomar el excelente café. Una buena pesca… La mejor pesca habría sido encontrar flotando en las aguas el cadáver de algún americano. Uno solo; y se habría dado por satisfecho. No por rencor especial. Solo para quedar tranquilo, convencido.

Porque, realmente… ¿dónde estaban los americanos?

Capítulo XV

Yunuz Rumi se detuvo a unas cien yardas de donde según lo convenido debía estar el helicóptero traído por los americanos, desde Europa Central. Tras él, igualmente fatigados, casi derrengados, con las ropas todavía húmedas sobre el cuerpo, Soliman y Erfet, únicos supervivientes del grupo de siete enviado al subterráneo de los proyectiles dirigidos para tender la trampa a los rusos.

—No se ve nada —musitó Solimán.

—Tienen que estar ahí… Hay un pequeño claro, y el helicóptero tiene que estar ahí… Sigamos avanzando.

—¡No! —casi gritó Erfet—. ¡No más, Yunuz!

—¿Qué te ocurre?

—Teníamos que tender una trampa, una mentira a los rusos…, y fueron ellos los que nos cazaron a nosotros.

—Cierto —dijo secamente Yunuz Rumi—. ¿Y qué?

—Los americanos no han calculado bien las…

—¡No digas tonterías! Ella lo calculó todo bien. Nos dijo que vigilásemos el agua y la tierra, y nos ofreció salidas por ambos lados. ¿Por dónde llegaron los rusos?

—Por el río…

—Por agua, ¿no?

—Sí, pero…

—No, Erfet… No busquemos disculpas… No queramos culpar de esto a los americanos. Trabajamos hace tiempo para ellos, y sabemos que tienen aciertos… y fallos, desde luego. Pero esta vez el fallo ha sido nuestro. Únicamente nuestro. Ella lo previno todo… Y nosotros no estuvimos lo bastante atentos.

—¡Pero llegaron por el río, y no en lanchas!

—¿Y por qué tenían que llegar en lanchas? Nosotros teníamos que vigilar el agua y la tierra. El río es de agua, ¿no? ¿Por qué nos

empeñamos en que si llegaban por el río lo harían en lanchas? No, no, Erfet, la culpa no es de los americanos, de ella… Es solamente nuestra. Si hubiésemos estado más atentos, en lugar de conversar y de hacer cábalas, los rusos no nos habrían sorprendido.

—Yunuz tiene razón —admitió de mala gana Soliman.

—¡Está bien, tiene razón, nosotros tuvimos la culpa…! Y ahora, dime, Soliman, ¿dónde están los americanos?

—Aquí, en las afueras de Istanbul —aseguró Yunuz—. Sigamos hasta esa espesura, que tiene un hueco en el centro. El helicóptero está allí. Yo lo aseguro. Vamos, Erfet.

Siguieron caminando. A sus espaldas se veían las luces de Istanbul, de colores. Y en el cielo, la luna de Oriente, amarilla, brillante como si dentro tuviera un pequeño fuego dorado. Ciertamente, los nubarrones no habían durado mucho, como predijera Abdel… También se veían las luces y sus reflejos sobre el Cuerno de Oro, y se veían luces rojas desplazándose arriba y abajo. Sobre sus colinas asomadas al mar, la vieja Istanbul, la moderna Istanbul al mismo tiempo, seguía su vida normal, latiendo siempre igual, ocurriera lo que ocurriera.

Todo seguía girando al compás de la vida.

Los tres turcos llegaron casi al límite de la espesa anilla de vegetación que rodeaba el pequeño claro indicado por el propio Yunuz como escondite ideal para un helicóptero.

Y allá, en el centro del claro, estaba el aparato, pintado de negro completamente, todavía fresca la pintura.

—Baby —llamó quedamente Yunuz Rumi—. ¡*Baby, efendim…*!

—¿Yunuz? —sonó una voz, tan cerca de los turcos que se sobresaltaron.

—Sí… Soy Yunuz Rumi…

—Que te veamos.

Soliman, y sobre todo Erfet, parecieron tener intención de retroceder, pero Yunuz tiró de ellos, hasta que aparecieron los tres en el pequeño claro, en el que apenas cabía el helicóptero.

—Las manos —dijo la misma voz—. Arriba con ellas.

Yunuz fue el primero en obedecer, y los otros dos se resignaron a su suerte. En menos de tres segundos se encontraron rodeados por cuatro hombres altos, de hombros anchos, todos ellos vestidos de negro… y llevando cada uno una metralleta en las manos.

Bien: allí estaban los americanos. Uno de ellos, que parecía rubio, fue el primero en bajar la metralleta.

—Es Yunuz, sí —dijo—. Baby me mostró una fotografía de él. Bajad las manos. Y sed bien venidos.

Erfet y Soliman suspiraron, y se sentaron en el suelo, cruzando las piernas. Estaban derrengados. Y Yunuz, mayor que ellos, no lo estaba menos. Pero permaneció en pie, mirando con desconfianza hacia el hombre rubio, antes de recurrir a la clave que Baby le diera en su primera entrevista en Istanbul.

—¿Tú eres Pedro, *efendi*? —musitó.

—No —rio el americano—, soy Simón.

—Ah —suspiró Yunuz.

Se sentó junto a sus compañeros, dispuesto a descansar de verdad, siquiera fuese por unos minutos. Dos de los americanos se acuclillaron ante ellos, y les ofrecieron cigarrillos, que los turcos se apresuraron a aceptar. Cuando ya estaban fumando, más tranquilos, Yunuz miró a su alrededor.

—¿Y Baby?

—No muy lejos. ¿Solo… habéis quedado tres, Yunuz?

—Solo. Pero la culpa fue nuestra.

—Bien… Lo sentimos de veras… ¿Algo fue mal?

—Nosotros, solamente. No fuimos lo bastante despiertos, *efendi*. Pero ya ha pasado todo. A menos… que tengamos que hacer algo más.

—No. Ya, no. Ahora, volveréis a Istanbul. Sin miedo. Nadie queda allá que sepa nada de vosotros, no os molestarán. Durante un par de años, por lo menos, la CIA no volverá a requerir vuestros servicios.

—Pero, *efendi*, tengo… tengo diez hijos… Once muy apronto… Con mi miserable tienda no podré…

—Baby ha previsto eso. Pidió una asignación de cien mil dólares para vuestro grupo, Yunuz, porque sabía que durante un par de años por lo menos quedaríais congelados para el servicio. Sin embargo, ella insistió en que se os pagase una cantidad que… os compensase del miedo y del trabajo. ¿Tenían hijos vuestros amigos?

—Menos uno, todos. Casim estaba… Bueno, él no podía tener hijos, ni disfrutar de una mujer… Era eunuco, desde niño, en que…

—Bien, bien… Estas son las instrucciones de Baby: cien mil

dólares, a repartir entre los hijos de los que habéis intervenido. Tanto de los que han muerto como de vosotros. Atiende bien, Yunuz: tendrás que repartir cien mil dólares entre todos los hijos. Tú serás el más beneficiado, pero también eres quien más necesidades tiene… ¿Lo entiendes?

—Sí, *efendi*. ¿Cuándo… cuándo cobraremos ese dinero…?

—Ahora —Simón fue al helicóptero, se alzó, metió una mano dentro y sacó un paquete que segundos después dejaba en manos de Yunuz—. Cien mil dólares americanos… Gastadlos con prudencia, lentamente, y tendréis para más de dos años. Hasta entonces, estáis congelados absolutamente. Si alguien se presenta a vosotros antes de dos años justos a partir de ahora, y os dice que es de la CIA, será mentira. ¿Está claro?

—Sí, *efendi*. La CIA es muy generosa, *efendi*.

—En esta ocasión no ha sido la CIA quien ha decidido este pago de mantenimiento, Yunuz. Ha sido Baby. Ahora, no tenemos ya nada que hablar. Todo ha terminado entre vosotros y nosotros, hasta dentro de dos años. Volved a vuestras casas, sin preocupaciones. Repartid el dinero y vivid tranquilos. Eso es todo. Buena suerte a los tres.

Tendió la mano a los turcos, que la estrecharon. Los otros tres americanos hicieron lo mismo. Finalmente, los turcos se fueron, apretando fuertemente Yunuz el paquete que contenía su tranquilidad para dos años.

Y todo ello, decidido y ordenado por una «simple» agente de la CIA: Baby.

Yunuz se volvió.

—*Efendi*…

—¿Sí, Yunuz?

—La agente Baby… ¿está bien? ¿Ella está bien, está… está viva…?

—Creemos que sí.

—Si ella necesita que nosotros…

—No. Fin, Yunuz. Volved a vuestras casas.

—Mis respetos y mi gratitud a ella. A todos, *efendi*.

Los turcos se fueron, por fin.

Y entonces, de entre la maleza, apareció «Europa», con un aparato en las manos.

Una especie de radio a transistores.

—Se ha perdido la señal —dijo lúgubremente.

—Pues habrá que buscarla, señor —musitó Simón.

Todos miraban como fascinados el pequeño aparato, que tenía una esfera que debía ser luminosa…, a menos que la señal no se recibiese. Y la pequeña esfera estaba negra, apagada.

—¡Buscarla! ¡Ya advertí que esto era una locura!

—Sus argumentos fueron buenos —gruñó Simón—. No era creíble que Rusia enviase doce simples pesqueros en busca de tres proyectiles americanos. ¡No podían ser simples pesqueros, señor! ¡Nos habrían hecho pedazos en un segundo si hubiésemos aparecido sobre ellos con ese inocente cacharro!

Señaló el helicóptero, disgustado. «Europa» encogió los hombros, pero su gesto no era sincero. Estaba muy preocupado.

Otro Simón dijo:

—Hasta ahora, todo ha salido como ella predijo, señor.

—Sí. Hasta ahora. Pero nuestra situación no es precisamente envidiable, me parece a mí.

—No veo que sea mala —protestó Simón.

—¿No? Bueno… Nos encontramos sin el arma, hemos perdido contacto con ella…

—¡Pero podemos recuperarlo! ¡Sabemos muy bien hacia dónde hemos de ir para ello!

—Y, además —terció otro Simón—, no podemos…, no tenemos motivos para pensar que algo va mal. Salió bien todo, no tuvimos dificultades con el cadáver, el helicóptero está equipado convenientemente para la recogida…

—La «Operación Turquía» todavía no ha terminado —intervino otro.

«Europa» alzó una mano.

—Muy bien, muchachos —gruñó—. Admiro su fe en esa loca de todos los demonios…

—Yo estuve con ella en Roma —dijo Simón—. Y sé cómo trabaja. Si ella no ha cambiado, esos proyectiles no llegarán a Rusia.

—Alá lo permita —dijo irónicamente «Europa»—. Mientras tanto, la situación es esta: estamos cerca de Istanbul, como anclados, sin armas potentes, sin pistas seguras y perdida toda conexión con… con… esa maravilla del espionaje. Mientras tanto,

los rusos deben de estar ya remolcando los tres proyectiles hacia Crimea.

Capítulo XVI

Vlodik apareció en la sala de controles cuando Vladimir Barian había ingerido los bocadillos, terminado el café, y estaba fumando su tercer cigarrillo.

—¿Cómo va el radar? —sonrió.

—Bien.

—Oh… Pues aún tengo otra noticia mejor. Nos ponemos en marcha dentro, de… —miró su reloj— diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno… ¡Ahora!

Casi en el momento exacto, los motores comenzaron a funcionar, y se notó la vibración inicial del pesquero. El rumor apagado de otros motores llegó hasta la sala de controles, tenuemente. Uno de los rusos cerró la puerta que daba al pasillo inferior, y todo ruido cesó en la gran cámara.

Vlodik se sentó junto a Barian, y encendió un cigarrillo. De pronto, él tampoco parecía muy tranquilo. O, más bien, no parecía convencido.

—Nada anormal en los cohetes, que están muertos, desde luego. Los estamos remolcando con toda facilidad. Si los rusos no fuésemos rusos, nos harían un gran recibimiento en Sebastopol.

—Puede que lo hagan. A fin de cuentas, este asunto está destinado a ser aireado en todo el mundo. Mi opinión es que permitirán la presencia de todos los fotógrafos y periodistas que quieran asistir a nuestra llegada.

—Incluso habrá periodistas americanos —sonrió Vlodik—. Bueno, a estos habrá que facilitarles mucho su labor fotográfica, ¿no te parece, camarada?

Sonrieron los dos. En la circular pantalla del radar, por partida doble, apareció un minúsculo punto que rompía la armonía del silencioso desplazamiento de la raya luminosa. Vladimir Barian se enderezó bruscamente, pero Vlodik le sujetó de un brazo.

—No… —tranquilizó—. Esa es la lancha de Sivanov y Gakian. Llegan con Mijail Posinof.
—¿Cómo sabes que es esa lancha lo que refleja la pantalla del radar?
—Bueno, no lo sé con seguridad, pero lo supongo… con bastante fundamento.
—Las suposiciones…
—Nos aseguraremos —sonrió Vlodik; hizo señales al hombre que estaba en la radio—. Llámalos, Basili.
—Sí, camarada.

* * *

—Estamos llegando —señaló Gakian—. Dentro de dos minutos estaremos confortablemente instalados a bordo del pesquero comandante.
—Espero que lo hayan acondicionado bien —comentó Sivanov —. ¡Mira! Esas formas cubiertas por lonas deben de ser los proyectiles americanos…
—Con toda seguridad. Uno, dos, tres… ¡Claro que son los proyectiles americanos! Los van remolcando los tres últimos pesqueros. Yo creo que sería mejor que los llevasen en el centro de una formación, ¿no te parece?
—Eso sería sospechoso, si algún avión veía algo. O quizás un barco, un pesquero. Así, pueden parecer barcazas de suplemento, llenas de pescado.
—¡Je, je! —rio Gakian—. ¡Esta es buena! ¡Je, je, je!
Estaban riendo los dos, mirando hacia la formación desigual de los pesqueros, que se veía ya muy cerca, cuando sonó la llamada en la radio. Sivanov se encargó de ella, y contestó afirmativamente a la pregunta:
—Sí… Somos nosotros. Nos estamos acercando por el sudoeste, a velocidad muy moderada… Quince nudos, quizás.
—¿Todo bien?
—Espléndido. Estaremos con vosotros en dos minutos, camarada.
—Están esperando vuestra señal, en la cubierta. Hacedla dentro de diez segundos. Eso es todo.

La comunicación se cortó. Sivanov cerró la radio y miró a su compañero.

—Haz la señal con las luces, Gakian. Quieren estar bien seguros de todo.

—Mejor. Allá va…

Dio las luces de la lancha, emitiendo dos destellos cortos y uno largo. Casi enseguida, desde uno de los pesqueros brotó idéntica señal. Gakian la repitió, para que no hubiera lugar a dudas, y de nuevo le contestaron de igual modo.

—Listo. Podemos acercarnos con toda tranquilidad.

—Eh, díselo a Posinof. Debe de estar sudando espantosamente ahí dentro.

Sivanov se arrodilló junto al ataúd, acercando la boca a la juntura de tapa y caja.

—¡Posinof! ¡Estamos llegando! ¡Dentro de dos minutos estarás respirando la brisa del mar! ¿Me oyes?

Tres golpecitos en la madera.

—Todavía está vivo —rio Sivanov—. Tranquilo, no quieras correr ahora. Si hubieras dado toda la marcha desde que salimos del Cuerno de Oro, los habríamos adelantado, los tendríamos ahora a la espalda… Y ya no hay prisa, porque…

Plop. Plop.

Sivanov aspiró fuertemente, como un grito hacia dentro. Se curvó, llevando las manos a la espalda, y tras rebotar junto a Gakian en el tablero de mandos de la lancha, se volvió, de cara hacia popa, desorbitados los ojos, reflejada ya la muerte en ellos.

—¡Sivanov! ¿Qué…?

Sivanov estaba cayendo hacia delante, y Gakian no pudo sujetarlo. Se quedó medio inclinado, sujetando el volante de la lancha con una sola mano, tendida la otra hacia su compañero. Y presintió algo raro en la lancha. Algo que no estaba igual… Movió los ojos hacia la popa, velozmente, sobresaltado… Y se quedó estupefacto, congelado de espanto y asombro al ver abierta la tapa del ataúd, y un rostro excesivamente orlado de cabellos…

Plop. Plop.

—Aaaa… AaAAAaaAAA…

Gakian cayó de bruces sobre Sivanov. En realidad, no se enteró de nada, igual que su compañero. Su última visión fue para ellos un

rostro, simplemente. Un rostro que parecía de mujer… Y solo eso.

La lancha se había desviado ligeramente, pero una sombra negra saltó rápidamente del ataúd, llevando en la mano derecha una pequeña pistola silenciosa. Con la izquierda, mantuvo el rumbo, e inmediatamente puso la marcha mínima en la pequeña embarcación, que se deslizó poco menos que silenciosamente sobre las aguas, con solo una luz roja en la popa.

Volvió al ataúd, mirando hacia las embarcaciones pesqueras rusas. La luna dio de lleno en su rostro. El rostro de Brigitte Montfort, alias Baby, naturalmente. Ataviada únicamente con la malla negra que cubría su cuerpo desde el cuello a los pies. Y solo eso.

En el ataúd estaba la caja rectangular, «el violín», como había dicho ella misma a «Europa». Y junto a la caja, un pequeño aparato metálico, circular, que parecía una moneda. Dejó la pistola junto a este aparato, y sacó a toda prisa la caja, abriéndola. Tres finos tubos brillantes quedaron a la vista, reflejando la luz de la luna. Los sacó, los enroscó con una rapidez y habilidad fruto de prácticas anteriores, y encajó con seco golpe el culatín central que contenía los mecanismos de disparo.

Tomó el primero de los seis pequeños proyectiles que se veían ordenadamente hundidos, colocados en sus alvéolos de algodón prensado, y lo metió por la punta del tubo.

Se arrodilló en la cubierta, apretó un botoncito lateral, y una lente telescópica se iluminó en un tono violeta. La imagen agrandada de la proa de un pesquero… La popa… Otro pesquero… Otro… Dos pesqueros más.

Un gran bulto flotando, cubierto por una lona de color verdoso.

El centro del gran bulto flotante quedó centrado en la cruz del visor violáceo. El tubo se detuvo en su búsqueda, quedó fijo, como atornillado a un pedestal de acero, inamovible.

¡Fuuuuummmm…!

Apenas dos segundos después, la pequeña granada de explosivo especial incendiario, derivación moderna del napalm, impactaba en el punto exacto marcado en el visor. Un fogonazo rojo, una llamarada de colores, altísima. Inmediatamente, una enorme llamarada creció, bruscamente, cubriendo en menos de un segundo toda la lona, y el proyectil que ocultaba. A su intensa luz movible,

los pesqueros quedaron más visibles. Parecían danzar, contorsionarse, teñirse de colores diversos: amarillos, azul, rojo, morado, negro, gris…

—Uno.

Con movimientos rígidos, como un robot, la espía internacional metió la mano dentro de la caja, y sacó otro proyectil. Su rostro estaba tenso, las facciones crispadas en una mueca fija de determinación.

El segundo proyectil resbaló por el fino interior del tubo, y la lente con luz violeta buscó el siguiente objetivo…

* * *

—¡Ah, están! —gritó Vladimir Barian—. ¡Ahí los tenemos, Vlodik! ¡Te lo dije, te lo…!

Una nube de agua pulverizada cayó sobre él, sobre aquel lado del pesquero, mostrando todos los colores del arco iris, de un modo vibrante, veloz, visto y no visto… En la retaguardia de la formación, la altísima llamarada pareció querer llegar hasta las estrellas, lanzando un humo negro, espeso, que la brisa costera empujó hacia el interior del mar Negro, hacia ellos…

—¡Basili! —aulló Vlodik—. ¡Las lanchas! ¡Pasa aviso a las lanchas! ¡Que salgan por las rampas, que destruyan esa lancha inmediatamente! ¡Y ordena que suelten los cohetes americanos, para poder maniobrar mejor! ¡Ya los recogeremos luego!

El pesquero comandante estaba, de pronto, lleno de hombres, algunos todavía con el equipo de «rana», que corrían de un lado a otro, sin saber qué hacer, fijos sus ojos en la gran llamarada que rodeaba completamente uno de los proyectiles dirigidos americanos. Dos hombres corrieron a la cámara de instrumentos, llevando las instrucciones a Basili…, y cruzándose con el ayudante del radarista, que apareció corriendo, empujando a todos, gritando a pleno pulmón:

—¡Comandante Vlodik! ¡Otra señal en el radar! ¡Se está aproximando algo!

Vlodik echó a correr hacia la cámara de instrumentos, pero se detuvo en seco, tirando de un brazo de Barian.

—¡Vladimir! ¡Ven conmigo! ¡Corre!

—No… Quiero ver esto, Vlodik. Ahí la tienes —señaló el ardiente proyectil—: la jugada de los americanos.

—¡Ven!

—Es inútil. Está todo calculado. Mataremos a los de esa lancha, pero los proyectiles serán hundidos. Tenemos bajo nosotros dos mil quinientos *archins* de agua. Y aunque no bajasen despedazados, jamás podríamos sacarlos a flote. Es la jugada de la CIA.

De la pequeña lancha brotó otra llamarada, breve, corta, anaranjada.

Y dos segundos después, otro proyectil dirigido quedó envuelto en enormes llamas, de una altura increíble, y cuyo calor intenso, sofocante, llegaba hasta allí.

Vlodik estaba lívido como un muerto. Echó a correr hacia la cámara, iluminada su gran espalda por las altas llamas que lanzaban humo y chispas muy grandes a todos lados… El primer cohete alcanzado se estaba hundiendo, lentamente, alzando un suave oleaje teñido de gualda y púrpura. La lona había ardido completamente en menos de cinco segundos, y, por otros pocos, la brillante punta del proyectil se vio, alzada, ominosa, como si el artefacto de largo alcance fuese a ser disparado hacia Moscú…

Vlodik irrumpió en la cámara de instrumentos como un loco.

—¡Basili, llama para que desembarquen las lanchas…!

—¡Está hecho, camarada comandante!

—¡Que suelten los proyectiles, hay que maniobrar, alejarse de ellos, o varios pesqueros serán alcanzados por las llamas!

Basili se dedicó a esta última orden, frenéticamente. Tenía ya conocimiento de ella, pero Vlodik no le había dado tiempo a cursarla. El comandante de la flota pesquera estaba ante el radar, contemplando el otro pequeño, diminuto punto brillante señalado en la pantalla…

—Se está acercando —dijo el radarista.

—¿Un submarino?

—N-no… no lo creo, no… Es mucho más pequeño… Otra lancha, quizás…

—¡Un avión! —gritó el encargado del sonar—. ¡No! ¡Es un helicóptero!

—¡Un helicóptero! —aulló Vlodik—. ¡Una lancha y un helicóptero, y van a quitarnos de las manos esos proyectiles!

Regresó corriendo a cubierta, y lanzó una imprecación cuando vio ardiendo el segundo proyectil americano. En la proa, marinos normales y hombres-rana habían destapado las ametralladoras, y en menos de cinco segundos estarían listos para hacer pedazos la pequeña lancha. En popa, el antiaéreo normal, había sido también sacado de su camuflaje, y tres hombres se apresuraban a servirlo.

—¡Deprisa! —aulló Vlodik—. ¡Deprisa, deprisa!

El tercer proyectil había sido soltado por el pesquero encargado de remolcarlo. Se veía más atrás, como abandonado, triste en su destino inevitable hacia las profundidades del mar Negro: seis mil pies de profundidad. Jamás sería rescatado. El segundo proyectil también se estaba hundiendo ya, y del primero no quedaba ni rastro. Ni rastro.

Una lancha rápida estaba deslizándose ya por la rampa especial de uno de los pesqueros, y en otros tres se estaba realizando la misma operación, pero más lentamente, al parecer. Las dos ametralladoras de proa empezaron a disparar, de pronto, casi a la vez, enviando ígneos proyectiles trazadores hacia la lancha, que, súbitamente, había recobrado su veloz marcha, que fue cada vez más en aumento, sin dejar de zigzaguear, lanzando a los lados bonitas formas de espuma, como mantos de odalisca blancos, negros, rojos a la luz del fuego, o morados… Y tras la lancha escurridiza, las rojas líneas de las balas trazadoras, reventando en el agua, alzando pequeños surtidores blancos…

Vladimir Barian permanecía inmóvil, fijos sus ojos en aquella lancha. Había en su rostro una expresión siniestramente bonachona. La expresión del niño que es regañado amablemente por su maestro, porque, por primera vez, algo no lo ha hecho bien.

Casi sonrió cuando, a pesar del peligro que significaban las ametralladoras y la primera lancha que ya iba hacia allí, la que manejaban los americanos se detuvo casi completamente, al otro lado del gigantesco proyectil abandonado. Se dijo que tenía que contar hasta cinco para ver el siguiente fogonazo de disparo, pero se equivocó: solo pudo contar hasta tres…, y el último proyectil recibió la tercera granada del derivado de napalm, quedando envuelto en llamas inmediatamente…, mientras el segundo desaparecía bajo las aguas. No solo se hundían incendiados, sino que, además, se llenarían de agua, y entonces, irremisiblemente, se

irían hasta el más profundo rincón del centro del mar Negro.

La lancha de los americanos se había puesto de nuevo en marcha, a tiempo de esquivar las ráfagas corregidas de dos de los pesqueros más cercanos. Ahora, tres lanchas iban hacia ella, convergiendo, buscándola.

Vladimir Barian miró hacia el mar, hacia la lancha, hacia el mar de nuevo… Bien… Los americanos morirían, pero los rusos jamás tendrían ya aquellos tres proyectiles que tan fácilmente habían sido capturados por el qrupo «Agua». La magnitud de la jugada era tan grande, tan sorprendente, que Vladimir tardó todavía unos segundos más en comprenderla. Los americanos se lo habían facilitado todo. Todo, desde el primero al último detalle, había sido ya estudiado, sopesado por la CIA. Todo había sido… la más grande jugada del espionaje internacional, en todos los tiempos. Les sirven en bandeja los proyectiles, les dejan sacarlos a alta mar, les dejan hacer todo el trabajo… ¡Y luego los hunden ellos mismos!

Vladimir Barian acabó casi sonriendo. Con los dedos rígidos, se tocó una sien, enviando, un saludo hacia la pequeña lancha que ahora, cumplida su misión de hundimiento, se dedicaba a huir a toda velocidad.

—Felicitaciones, americanos. Sinceramente, felicitaciones.

Capítulo XVII

Forzando la lancha hasta el máximo de su velocidad, Brigitte consiguió alejarse del alcance de las ametralladoras, pero llevando tras ella cuatro lanchas rusas, cuya velocidad iba en aumento, como si fueran impulsadas por la propia rabia de sus tripulantes.

Trabó el volante, volvió al ataúd, y sacó de este un cable fino, de acero torcido, que pasó rápidamente por las cuatro asas de metal del ataúd. Conseguido esto en menos de diez segundos, unió las dos puntas, por medio del cierre especial en forma de gancho. Luego, miró hacia el cielo, al mismo tiempo que abría la comunicación en la pequeña radio.

—¡Simón! —llamó crispada—. ¡SIMÓN!

—¡Estamos llegando, Baby! ¿Qué le ocurre? ¡Está orientada hacia el norte, navegando hacia Rusia! ¡Vire a la izquierda y abajo, hacia el sudoeste!

—¡Pronto! —gritó Brigitte, angustiada—. ¡Pronto, pronto…! ¡Los tengo encima, Simón!

—¡Vire!

—¡No puedo! ¡He trabado el timón! ¡Bajen a buscarme, Simón, por Dios!

Ya no era un robot frío que tenía que hundir tres proyectiles dirigidos…, y que lo había hecho. Ahora, la agente Baby de la CIA era solamente la linda muchacha Brigitte Montfort, que quería escapar, quería vivir… Toda su frialdad, su rigidez, había desaparecido. Su mente se había liberado de aquella orden dada a sí misma: hundir los proyectiles. Los proyectiles ya estaban hundidos.

Ahora, ella tenía que escapar…, si podía.

Se volvió hacia popa, mirando las lanchas rusas. Solamente dos de ellas habían acortado un poco la distancia. Detrás, las otras, y luego varias más, aún más lejos, extendiéndose, iniciando un círculo del que sería imposible salir como no fuese volando.

Tomó de nuevo el tubo, metió una granada, apuntó sin preocuparse demasiado por la exactitud del disparo, y oprimió el botón de tono rojo.

¡Fuuuuummmm…!

La granada dio delante de una de las lanchas más cercanas, alzando una tromba de agua y fuego, que cayó como un manto sobre las negras aguas, enrojeciéndolas. La lancha quedó inundada, saltó, se ladeó, se volcó, lanzando lejos a sus tripulantes, pero vivos. La otra efectuó un viraje rapidísimo, tan cerrado, que se encontró de proa a sus compañeras, que se acercaban a su encuentro a toda velocidad, igual que ella misma, que tuvo que efectuar otro cerradísimo viraje, para, casi volcando, enfilar nuevamente la proa hacia la lancha que llevaba a la más audaz espía de todos los tiempos.

Pero, mientras tanto, el helicóptero se había hecho ya visible, como un feo insecto oscuro, que parecía absorber el brillo de la luna y las estrellas, sin reflejarlo. Pero su silueta contra el cielo despejado era inconfundible, volando por encima de la lancha, a cincuenta pies de altura, sosteniendo la misma velocidad y la misma línea recta a que obligaba el trabado volante de la lancha.

Un cable descendió desde el helicóptero, matemáticamente sobre la lancha. Parecían estar fijos el uno a la otra por una barra de acero invisible, tal era la igualdad de su marcha y su rumbo.

De modo que Baby pudo sujetar el extremo del cable, con otro gancho con cierre de muelle. A toda prisa, lo pasó por el cable que antes había pasado por las cuatro asas del ataúd, lo cerró, y miró una vez más hacia las lanchas perseguidoras que, ya calientes sus motores, se iban acercando rápidamente.

Se tendió en el ataúd y abrió la radio.

—Simón —gimió roncamente—, tres segundos… ¡y arriba!

Cerró la tapa del ataúd, echó el cerrojo interior…, y notó una sacudida brutal, que la tiró contra las paredes mal acolchadas del basto féretro. No oía nada, pero, de pronto, algo crujió junto a ella, y en un lado del ataúd aparecieron los orificios astillados, que tenían un tono entre lechoso y azul: luz de luna y estrellas…

—¡Arriba, arriba, arriba…! —gritaba Simón—. ¡Más de prisa, más…! ¡La van a acribillar!

—¡No puedo subir más de prisa! —gritó Simón-piloto—. ¡Estoy

haciendo lo que puedo!

Los otros tres, y «Europa», movían a toda prisa, al mismo tiempo que el helicóptero se elevaba, la manivela de recuperación del cable, tirando del ataúd, que se balanceaba como un tétrico péndulo sobre el mar Negro, sobre las cabezas de los rusos.

—Hay… hay que recuperarla —jadeó «Europa»—. ¡A esa mujer hay que recuperarla viva, muchachos, cueste lo que cueste!

Simón le miró de reojo. Muy bien. Otro convencido, otro espía que de allí en adelante se quitaría el sombrero cuando oyese el nombre de Baby.

Abajo, los pesqueros rusos se estaban reagrupando, y las lanchas iban quedando diminutas en la distancia, y atrás, superadas por la mayor velocidad del helicóptero. En menos de un minuto, el ataúd llegó a la abertura de la portezuela, y Simón se apresuró a sujetar con ambas manos el cable que pasaba por las asas.

—Cuidado… No se nos vaya a escapar ahora…

No se escapó. El ataúd quedaba poco después colocado del mejor modo posible detrás de los dos asientos delanteros. Simón quiso abrirlo, pero no podía. Otro Simón le señaló los cuatro orificios que se veían en la madera, en silencio, y hubo un lúgubre cambio de miradas.

—¡Baby! —golpeó Simón la madera—. ¡Ya está a bordo del helicóptero! ¡Abra!

La tapa se alzó ligeramente, pero Simón acabó de alzarla rápidamente, de un manotazo. Todos se asomaron, vibrando de impaciencia, excepto Simón-piloto, que lanzó un alarido de rabia:

—¡Decidme cómo está, decídmelo, maldita sea la…!

Brigitte estaba palidísima, demudado el rostro, y todo su cuerpo temblaba violentamente. Sobre el ojo derecho se veía una estría de sangre, pero Simón comprobó muy pronto que era solamente el arañazo de una astilla arrancada por las balas. Luego, tocó suavemente un hombro de la temblorosa muchacha, que miraba fijamente hacia arriba, hacia el techo del helicóptero, sin parpadear, fijamente. Casi parecía un cadáver.

—Baby —tembló la voz de Simón—. Baby, ¿me oye…?

—Parece… en estado de catalepsia —musitó «Europa».

—Eso es lo menos que puede ocurrirle, después de lo que ha hecho. Está como en trance, como… como muerta en vida… Ha

debido de sufrir un *shock* espantoso.

—Lo increíble es que no esté completamente muerta de miedo... Mira a ver si encuentras algo para beber en el fondo del aparato.

Simón se deslizó hacia allí, con dificultades, encendiendo una pequeña linterna, cuya luz dirigió al suelo.

Y lo primero que vio fueron los desorbitados ojos de Mijail Posinof, la faz morada, la mueca de espanto y agonía. La lengua sobresalía no menos de una pulgada, hinchada, negruzca... Pero no era aquello lo que interesaba ahora, y la luz se desplazó, en busca de algo que pudiera ser útil a Baby... El pequeño círculo amarillento se detuvo de pronto, sobre la bolsa cuadrada de piel, con una cruz roja en la tapa. Simón cogió rápidamente el estuche-botiquín, y lo abrió; lanzó un grito de alegría cuando vio el frasquito de amoníaco, y lo sacó de un tirón.

—¡Dame! —gritó Simón-Roma—. ¡Dame, lo que sea...!

—Amoníaco —dijo Simón.

—Será muy fuerte, ¿no? —musitó «Europa».

—No podemos dejarla más tiempo así...

Destapó la botellita, y todos echaron la cabeza hacia atrás, instintivamente. Simón colocó la boca de la botella bajo la nariz de Brigitte. Por un par de segundos, pareció que nada fuese a ocurrir, pero, de pronto, Brigitte lanzó un alarido, se estremeció fuertemente, y se sentó de golpe en el ataúd.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, tosió fuertemente, llevándose las manos a la garganta.

—¿Qué... qué...? —gimió roncamente.

Parpadeó varias veces, mirando a Simón, como si no le conociera. Sus ojos se desviaron luego lentamente, pasando por todos los hombres que había en el helicóptero; luego, vio el brillo del mar, abajo, y las estrellas y la luna, arriba.

Su reacción hizo reír a todos, nerviosamente. Parecía un contrasentido, pero cuando estalló en sollozos y escondió el rostro entre las manos, sus compañeros de la CIA rieron. Era la risa de quien ha estado teniendo la pesadilla de la muerte de alguien muy querido, y al sentarse en la cama lo encuentra junto a él, durmiendo plácidamente...

Simón rodeó los hombros de Brigitte con un brazo.

—Bueno, bueno... Ya pasó... Ya pasó, Baby. Todo ha

terminado… ¿Qué tal unos días en Roma, disfrutando de su *dolce vita*? ¿Eh? Sé dónde podemos encontrar champaña con guindas Dom Perignon 55, naturalmente…

—Déjala… No te escucha —dijo otro Simón.

Brigitte alzó la cabeza, apartando las manos de su rostro.

—Sí —sonrió temblorosamente, llenos los ojos de lágrimas—. Sí, le escucho, sí…

—¿Está bien? —preguntó «Europa»—. ¿Está… bien?

—Creo… creo que… que me echaré a temblar con toda mi alma de un momento a otro, pero… estoy bien. Bien. Bueno, eso creo… ¿No estoy herida, o…?

—Sana y salva. Completamente ilesa. Bueno… Un arañazo en la frente. —Simón consiguió hacer un guiño alegre—. ¿Qué me dice de mi plan sobre la *dolce vita*?

—Es bueno —sonrió Brigitte—. Pero lo dejaremos para… otra ocasión, Simón, si no le importa.

—Me importa… Pero sabré esperar. Bien, ¿volvemos a casa?

—¿Hundí los tres…? ¿Los tres, de verdad?

—Los tres. Se fueron como plomo ardiendo al fondo del mar. Seis mil pies según nuestras cartas marinas de profundidad. En el sitio exacto, en el momento justo, con la oportunidad precisa… Esos proyectiles jamás podrán ser recuperados por nadie.

—Entonces… ¡lo hemos conseguido!

—Sí —rio no poco divertido Simón, coreado por los demás—: ¡lo «hemos» conseguido!

—Ahí detrás está Posinof —recordó Simón—. Supongo que no vamos a llevárnoslo como recuerdo.

—Baby tiene la palabra. Aunque, en mi opinión, una buena idea sería tirarlo al mar, desde aquí mismo.

Brigitte inició la salida del ataúd, v fue inmediatamente ayudada. Cogió la linterna de la mano de Simón, y se inclinó junto al cadáver de Mijail Posinof, contemplando inexpresivamente aquel rostro trágico y grotesco a la vez, perdida su belleza, su simpatía, su inteligencia traidora…

Y en menos de un segundo revivió el momento de la muerte de Mijail Posinof…

* * *

Había subido con Simón a la *suite* de Posinof cuando calculó que este ya no se hallaba allí. Y así era, en efecto. Por tanto, había subido ya a la *suite* de Maximo Zorian, el falso Ismet Veled.

—Ya debe de estar amortajado —había comentado fríamente Simón—. ¿Quiere que suba yo con usted, Baby?

—No, Simón. Subiré yo sola. Quédese aquí, recoja su cadáver cuando lo descuelgue con la cuerda, y luego, cuando todo haya pasado, sáquenlo usted y Simón, por el procedimiento del baúl equivocado. Espero que nuestro compañero y usted se coordinen bien.

—Lo hemos hecho otras veces.

—Bien… Hasta la vista, Simón.

—Déjeme a mí… Yo lo haré, Baby.

—No. Pero le permito que me desee suerte.

Había sonreído ante el silencioso, sombrío Simón. Luego, había escalado la fachada, igual que se suponía había hecho antes Mijail Posinof. Había llegado sigilosamente a la ventana abierta del dormitorio de Maximo Zorian, había entrado… Sobre la cama, el bulto de un hombre cubierto con una sábana. ¿Posinof? ¿O el verdadero Zorian?

El mejor medio de saberlo, sin estropear la jugada, era mirar dentro del armario. Y así lo hizo. Maximo Zorian estaba allí dentro, encogido, arrugado, trágico… Brigitte había vuelto a cerrar el armario, silenciosamente, y se había acercado aún más silenciosamente al hombre que se escondía en vida bajo una mortaja. Se detuvo allí. Estuvo tentada de llamarlo, de decirle: «Soy yo, traidor. Te voy a estrangular…». Pero no lo dijo.

Lo hizo.

Calculó el trozo de cuerda conveniente, dejando colgar el resto. Se inclinó, colocándola bajo la cabeza, pero sin tocar aún. Cambió de manos, sujetando los lados opuestos de la cuerda, de modo que se cruzaron.

Y, de pronto, dijo:

—Adiós, traidor.

Fue un susurro. Posinof debió de quedar tan electrizado ante aquello que ni siquiera acertó a moverse. Y cuando quiso hacerlo, la cuerda ya había pasado bajo su cabeza, se había cruzado ante su garganta, y los extremos se tensaron fuertemente, separándose,

apretando la garganta, oculta por la sábana, igual que la cabeza.

Mijail Posinof se había agitado un poco, y quizá se habría librado de la muerte si quien estaba llevando a cabo la ejecución no hubiese sido la agente Baby.

Pronto dejó de debatirse. Muy pronto, porque las manitas de la espía internacional sabían tirar del modo exacto, apretando en el punto justo. Muy pronto, sí, dejó de agitarse Mijail Posinof.

Luego, la retirada de la cuerda. Y luego, la de la sábana. La contemplación de los desorbitados ojos de Mijail Posinof, muerto en acto de traición.

Lo había arrastrado rápidamente hasta la ventana, le había pasado la cuerda por los sobacos, le había alzado hasta el alféizar, y lo había descolgado. Segundos después, abajo, el tirón de Simón. Recogida de la cuerda, con la caja que contenía el tubo y las granadas incendiarias, el cable, el emisor de señales para que ellos pudieran detectarla más adelante. Y luego, se había enrollado como pudo con la sábana, ocultando los pies, con la caja encima y algo más arriba, simulando mayor estatura… Con el helicóptero, parecía que las cosas se habían puesto difíciles para lanzar las granadas contra los proyectiles robados por los rusos. En cambio, si Sivanov y Gakian se la llevaban en la lancha, llegaría delante mismo del blanco…

Poco después, las voces airadas, casi gritos. Gente que entraba en el dormitorio, ruido de una caja en el suelo, la gente volvía a salir…

Hablaban en turco, no entendía nada… Pero lo comprendía todo, por sí misma. A toda prisa, arrastró el cadáver de Maximo Zorian, desde el armario nuevamente a la cama, lo tapó. Y ella se metió en el ataúd, can su equipo. Vio el cerrojo, se echó la tapa encima, y cerró. Después, zarandeos violentos, golpes, el ataúd había ido golpeando con algo, se había detenido, un golpe más fuerte…

Y su astucia de simular el desvanecimiento, escuchando a los dos rusos. Y la tensión de la espera, el calor sofocante, el aire que comenzaba a faltarle… Luego, el aviso de Sivanov, de que ya iban a ser recogidos, cuando ella estaba pensando en alzar ya la tapa… Y finalmente, como si su mente se hubiese cerrado, como un robot, disparando contra los cohetes americanos. Tenía que hundirlos… Y

eso era todo…

* * *

Sí. En menos de un segundo, Brigitte Montfort revivió todo esto, y se estremeció.

—De acuerdo, Simón —dijo—: lo tiraremos al mar.

—Pues abajo con él. No merece mayores consideraciones, creo yo.

—Pónganlo en el ataúd.

—Buena idea.

Lo metieron en el ataúd, y luego lo dejaron bien cerrado, con el cable. Lo acercaron a la abertura, entre dos, y lo lanzaron, simplemente, sin miramientos.

—¡Lastre va! —dijo Simón.

Brigitte estuvo viendo la caída del negro féretro.

Notaba un nudo en la garganta. Dejó de verlo, de pronto, pero casi enseguida, abajo, vio un pequeño círculo de espuma que parecía saltar…

—Dios tenga piedad de nosotros… mientras exista el espionaje —musitó.

Sus compañeros de la CIA la miraron, en silencio. Quizás, en aquel momento, todos pensaron que era lógico morir en aquellas circunstancias, porque, en efecto, los espías viajan en ataúd.

Este es el final

Peggy abrió unas pulgadas la puerta del apartamento, e inmediatamente, antes de que tuviera tiempo de nada, un pie enorme, masculino, calzado sobriamente en negro, se introdujo entre el quicio y la puerta.

—¡Ajajá! —se oyó afuera—. ¡Ya nadie podrá impedirme que entre! De manera, encanto, que ya estás abriendo del todo.

—La señorita…

—¡La señorita ha vuelto de su viaje, lo sé perfectamente, porque trabajo en el mismo periódico y las noticias vuelan…! ¡Sé muy bien que está aquí, y voy a entrar aunque tenga que romper cadenas, tirar la puerta abajo, o…!

Peggy optó por la solución más simple y correcta. Acabó de abrir la puerta, y Frank Minello se precipitó dentro, mirando a todos lados.

—¡Muy bien! —rio—. ¿Dónde está? ¿En el *living*? ¡Pues allá…!

—No, no está en el *living*. En realidad, señor Minello, la señorita no creo que tenga deseos de recibir a nadie.

—Eh, eh, eh… ¿Qué es eso de señor Minello? —le lanzó un pellizco en la barbilla a la linda doncellita, atrapándola de lleno—. ¿No quedamos en que soy el simpático, cordial, querido y siempre bien recibido Frankie?

La doncella de la espía internacional no pudo evitar una sonrisa.

—De todo modos, la señorita no creo que quiera recibirle.

—En el *living* no está… —recapacitó Minello—. ¿En el despacho, trabajando?

—No.

—Mmmm… ¿En la terraza? ¿Tomando el sol?

—No.

—Esto… ¿En el dormitorio, quizás, arreglando su equipaje…?

—No. Ya me cuido yo de eso.

—Bueno —los ojos de Minello brillaron intensamente—. ¿En el cuarto de baño?

—¡No! —rio Peggy—. ¡En la cocina!

—¡Atiza! —gritó Frankie—. ¡Zambomba, esta sí que es buena! ¡Yo no me pierdo eso ni por un millón de dólares!

Pareció dispuesto a lanzarse a toda marcha hacia la cocina, pero optó por recorrer silenciosamente el despampanante apartamento de Brigitte, sonriendo astutamente. Y con tanto sigilo se deslizó, que cuando asomó por la puerta, Brigitte estaba de espaldas, probando algo humeante.

Se acercó de puntillas, le dio un beso en la nuca, y se echó a reír como un loco.

—¡Hey! ¡Esta vez sí te he sorprendido!

—Ya te había oído —se volvió Brigitte, sonriente.

—¿De veras? —se amoscó Minello—. ¡Pues sí que tienes el oído fino!

—Así es. Pero, querido Frankie, a ti te oiría incluso un sordo desde Los Ángeles…

—Vaya, maldita sea mi estampa —farfulló Minello—. Ya te estás metiendo conmigo… —Señaló la brillante cacerola—. ¿Qué es eso?

—Comida.

—Huele bien…

—Eres muy amable, Frankie ¿Te gustaría comer conmigo, quizá?

Frank Minello quedó como quien ve muchos angelitos echándole puñados de billetes de mil dólares y sonrisas de bienaventuranza a todo pasto.

—¡Zambomba! —repitió en aquel día—. ¿Qué pasa? ¿Te han cambiado el corazón por alguno de plástico, capaz de amar?

Brigitte se echó a reír. Volvió a probar la comida, y asintió con la cabeza.

—Deliciosa… Realmente deliciosa, Frankie.

—Vaya, vaya… Demonios… ¿De verdad me quedo a comer?

—Si tú quieres…

—¡Si yo quiero! ¡Oye, tú me estás tomando el pelo, vida mía! ¡Claro que me quedo! Esto… ¿En qué consiste el menú?

—Hoy toca… comida turca.

Minello quedó boquiabierto.

—No me digas, estrella celestial de todos los cielos…

—Menú exquisito, de veras. Vamos a ver… Primero, el plato nacional turco: *pilaf*. El *pilaf* es un guiso de arroz, con pimienta. Muy sabroso, de veras. Luego, asado de cordero… Después, un poco de un plato frío exquisito, llamado *helva*, compuesto por aceite de soja, avellanas y macedonia de frutas. Oh, y el *baklavas*, naturalmente, que es una exquisita tarta de miel y almendras… Todo esto, por supuesto, acompañado de un delicioso zumo de frutas que servirá de vino… Se llama *scherbet*. ¿Qué te parece?

Frank Minello había quedado tan boquiabierto que para cerrar la boca tuvo que subir la mandíbula inferior con una mano, hasta que sus dientes chocaron.

Y, entonces, dijo otra vez:

—¡Zambomba!

—¿No te seduce el menú?

—Hija de mi vida… —puso los ojos en blanco—, ¡a mí me seducen de ti hasta las medias sudadas!

—¡Por favor, Frankie, no seas ordinario! Otra ordinariez de ese calibre, y te irás a comer a Joe's. ¿Está claro? Pues ven a probar el *pilaf*. Pero te advierto…

Frank Minello había metido ya el cucharón, y se había echado toda la ración a la boca, engulléndola rápidamente. Primero se quedó blanco, luego amarillo, después morado, y finalmente enrojeció, como si fuese a estallar, mientras unas gotitas de sudor aparecían en su frente.

—… que el *pilaf* va siempre muy cargado de pimienta.

—Yo… Abu… Grrr… ¡Aggg…!

Y se lanzó como un loco a beber agua, y poco a poco pudo ir recuperando la voz y el color natural.

—Por… todos los demonios —jadeó—. Preferiría que esta semana la hubieses pasado en otro sitio, a miles de millas de Turquía…

Brigitte Montfort, alias Baby, sonrió suavemente.

—Yo también —musitó.

FIN

Istanbul, 1968

Notas

[1] El señor Europa», jefe de los servicios de la CIA en Europa, ha aparecido en ocasiones anteriores en novelas de esta misma colección, en las aventuras de la agente Baby. <<

[2] *Efendim*, en turco, significa «señora mía», palabras de respeto hacia una mujer, todavía en uso pese a que fueron abolidos tales rangos, como «aga», «bey», «bajá», etcétera. < <

[3] *Efendi* es la forma masculina de *efendim*. Significa, pues, el respetuoso nombramiento de «señor», o «mi señor». < <

[4] Véase *Voodoo*, la anterior aventura de Brigitte. < <

[5] El *archin*, medida rusa de longitud, equivale a 0,71 metros. Es decir, aproximadamente, dos «pies» ingleses. < <

[6] Se sobrentiende aquí que nuevamente se emplean medidas rusas. Mil trescientos serán, pues, referidos a *archins*. O sea, una profundidad de 925 metros y 1000 yardas aproximadamente. < <